RICARDO SAENZ HAYES

EL VIAJE DE ANACARSIS

NOVELA

EDITORIAL BABEL
BUENOS AIRES MCMXXIV

SERIE A

VOL. XX

4.2.11

A Atilio Chiaporri,

al escritor y al amigo,

muy cordialmente

Mario Sáenz Hayes.

Bs. Aires, 12 mayo 1924.

EL VIAJE DE ANACARSIS

4.2.11

DEL AUTOR

Almas de Crepúsculo.
El Arte Argentino.
La Fuerza Injusta.
De Stendhal a Gourmont.

Próximamente:

España (Meditaciones y Andanzas).
Ensayos.

RICARDO SAENZ HAYES

EL VIAJE DE ANACARSIS

NOVELA

EDITORIAL BABEL
BIBLIOTECA ARGENTINA de BUENAS EDICIONES LITERARIAS
BUENOS AIRES MCMXXIV

ES PROPIEDAD
Copyright by Babel 1924

I

I

CUANDO Anacarsis López anunciara su inminente viaje, por explicable asociación de ideas nos vino a la mente la obra del abate Barthélémy. Gracias a ello pudimos evocar horas lejanas, si no las mejores, las más afiebradas de nuestra vida. Reconstruímos el momento decisivo, el de la primera inquietud, el de la primera esperanza. Los que han pasado por análoga crisis saben cómo nace el afán de peregrinar por el mundo: asoma en el espíritu de manera espontánea y repentina, como el árbol que reverdece o como el cuerpo núbil que vibra a instancias de suaves angustias. ¡Edad de ensueños, de sobresaltos aquélla! Cuanto se hace responde al fin sagrado de alimentar la llama que nos devora. Es una idea fija, un diario tormento que no deja hablar sino del mismo tema, ni permite leer los libros que no traigan la imagen de los países por los cuales se siente nostalgia, indecible nostalgia, mucho antes de haber posado los pies.

Con todo, hay sensibles diferencias entre el Anacarsis de nuestra relación y el de clásica nombradía. A uno y a otro los separa la raza, el espíritu, la vida. Juventud, primavera florida, le sobra al peregrino surgido de la mente del erudito abate, como Pallas Athenea de la cabeza de Zeus olímpico. El hijo de Toxaris se presenta ornado de ponderables prestigios, los que da la cuna y los que la inteligencia ennoblece todavía más; sabe de libros, de filosofía, de retórica, de política, y sin cesar alterna, pues del jardín de Academo va al estadio de los juegos viriles, y lo propio platica con Sócrates, Platón o Alcibíades. Lleva a término su viaje a través de Grecia en la mitad del siglo IV, antes de la era vulgar; se adentra en el espíritu de aquella civilización para descubrir el milagro que dióle origen, y con una pasión, una elocuencia y una plasticidad únicas nos refiere luego, de retorno al patrio suelo, lo que viera y amara...

Anacarsis López ¡ay! va muy a la zaga del seductor hijo de Toxaris. Es menos bello, pero, de fijo, es más humano. Según justificadas presunciones, puede darse por sentado que ni su padre ni él tuvieron noticias de la obra del abate Barthélémy. ¿Cómo, entonces, fué bautizado de manera tan significativa? El pobre nunca lo preguntó, siquiera. Hijo único de un modesto matrimonio burgués, fué creciendo mansamente, sin asomo de cualidades ni sombra de defectos. Cuando llegó el momento de concurrir a la escuela, lo hizo sin entusiasmo, pero

tampoco sin temores. El primer día de clase, al tiempo de preguntarle la maestra por su nombre y apellido, con suma sencillez y acento ingenuo dijo llamarse Anacarsis. Los veinte galopines que le rodeaban en los bancos al punto dejaron oir una sonora y prolongada carcajada. Anacarsis no alcanzó a comprender el motivo de aquella burla intempestiva, pero la sensación del ridículo le abrasó las mejillas. Aunque confusamente, el instinto de conservación algo le hizo barruntar. De entonces en adelante iba a echar de menos la infinita tolerancia paterna; tendría que armarse de recelos para estar siempre a la defensiva y en casos obligados presto a llevar él mismo la agresión.

Bien es cierto que el continente de Anacarsis no era como para infundir temores a los demás. A los ocho años de su edad era más bajo que sus camaradas; harto menguado el cuerpo, enjuta la faz, desmedidas las proporciones de la cabeza, largas y gachas las orejas... De su personilla desprendíase un aire de prematuro abatimiento, impresión que confirmaba la mirada mortecina de los ojos. En todo caso sus maneras reposadas y la falta de entusiasmo por los juegos infantiles le alejaron cada vez más de la muchachada bulliciosa y exuberante de vida. Alguna vez llamáronle la atención al padre de Anacarsis sobre el carácter del niño. Pero tuvo el sano juicio de no alarmarse por lo que se le dijo. A esa edad los niños no son buenos ni malos, bellos ni feos, inteligentes ni tontos. Son una cosa blanda, co-

mo la arcilla, y van adquiriendo sucesivas formas a la manera de la estatua. Los hay que se hacen y deshacen de continuo hasta que un buen e inesperado día adquieren la forma definitiva; el alma se ha modelado ya y alienta y da calor. Otros, en cambio, nunca dejan de ser la arcilla blanda que para todo se utiliza, pero que jamás se concreta ni perdura. Sin ser filósofo, de esta guisa pensó el padre de Anacarsis.

II

Tiempo mediante, el carácter de Anacarsis fué formándose; tuvo curiosidades; despertáronle deseos y ambiciones. El abecedario iluminó su conciencia e hízole descubrir un panorama de la vida insospechado para él. Antes creía, con efecto, que el mundo empezaba en su casa y terminaba en la escuela. No pudo explicarse satisfactoriamente la extraña sensación que experimentara. De manera repentina parecióle que se le agrandaban los ojos y que se le alargaba la vista, gracias a lo cual veía múltiples cosas, percibía colores, distinguía matices, medía distancias, valoraba perspectivas.

Cada día traíale una nueva placentera dicha. Mas nada fué comparable al deslumbramiento que le produjo la primera lección de geografía. La maestra, puntero en mano, iba señalando las diferentes regiones de la República, las provincias y gobernacio-

nes y límites territoriales. Anacarsis vió cuanto se le dijo y mucho más.

De la visión desapareció el mapa y nítidamente representóse las regiones con sus caracteres físicos; en plena alucinación, creyó estar en presencia de lagos, ríos, selvas, sierras, montañas, cordilleras; experimentó los cambios de temperatura: traspiraba en las zonas tórridas, asaltábanle escalofríos en las zonas árticas. Iba de aquí para allá, recorriendo inmensas distancias sin conocer la fatiga, sin cerrar los ojos, sin comer ni beber, pues en el angustioso término de una hora tenía que estar en el Chaco y en la Tierra del Fuego, en las más elevadas cumbres de los Andes y en una isla del Paraná, en todas partes y en ninguna...

Anacarsis retornó a su casa dominado por una visible excitación nerviosa. Hablaba incoherencias y no lograba estarse quieto en ninguna parte. Tenía las mejillas encendidas y los ojos le brillaban como no era costumbre en ellos.

—¿Qué tendrá este niño? — interrogó la madre un tanto azorada.

—Nada, habrá jugado desaforadamente en la escuela — opinó el padre sin asomo de inquietud.

—Eso, eso mismo — afirmó Anacarsis — he corrido como un caballo sin freno, y, sobre todo, he viajado mucho...

El padre rió buenamente de lo último sin apreciar, desde luego, el verdadero significado. Poco después, dormido, Anacarsis prosiguió soñando lo que soña-

ra despierto. Con el corazón desbordando de júbilo, vióse salir de su casa. Iba en extremo apurado y sólo llevaba una cómoda maleta de mano. ¿A dónde iba? ni él mismo lo sabía, pero iba lejos, eso sí, muy lejos... En el coche asaltáronle profundos remordimientos a causa de no haberse despedido de sus padres. La culpa no era suya, sin embargo; el tren partiría en seguida y no había tiempo para nada. ¿Y si en llegando a la estación el tren ya había partido? Con efecto, una vez en la estación lo único que vió fueron las tres luces rojas de la parte trasera del convoy. Mas no fué eso un motivo para desalentarse. Antes al contrario, se calzó las botas de siete leguas y echó a correr por las vías. Su velocidad era sólo comparable a la del viento, de suerte que en un abrir y cerrar de ojos dióle alcance al tren y, algo más, le sacó una ventaja considerable. Era mejor así para no depender de nadie... De pronto las piernas se le convirtieron en ruedas y la cabeza en chimenea de locomotora. La cintura se le alargó sensiblemente a manera de furgón y a éste se le fueron agregando numerosos coches de pasajeros. Todo eso rodaba de manera inaudita. Pasaba por las estaciones como una exhalación, atronando el espacio, entre el espanto de las personas que miraban aquello como algo nunca visto. Mas nada era capaz de detenerlo. Si hallaba otro tren en la misma vía, pasaba por encima de él sin rozarlo. Cuando llegaba a una ciudad, ascendía a considerable altura, más allá de las torres de los rascacielos. Entonces llenábase de

gozo porque le era dable contemplar espectáculos singulares.

¡A qué poca cosa reducíase el amado Buenos Aires si se le comparaba con aquellas urbes tentaculares! El tiempo era escaso para emplearlo en reflexiones de esa índole. ¿Qué ciudad sería la que ahora tenía bajo los pies? Por el río que la dividía en dos márgenes podía ser Londres como París. A mil metros de altura todas las ciudades tienen la misma fisonomía. Anacarsis, sin embargo, se propuso saber si lo que veía era Londres o París, y empezó a bajar con una velocidad espantosa. De pronto sintió un ruido infernal en los oídos. Miró y anudósele de angustia la garganta al considerar que moriría enganchado en el pararrayo de una cúpula o se convertiría en picadillo al caer sobre la selva de torres de alguna iglesia gótica. Dióse cuenta, asimismo, de la proximidad del río — el Támesis o el Sena, tanto monta — hasta cuyo fondo se sumergiría de caer en él. Ya no era un tren, era una piedra la que caía. Entonces empezó a gritar: ¡Socorro! ¡Socorro! ¡El agua! ¡Las cúpulas! hasta rodar no ya al río imaginario, sino de la cama al suelo...

Los gritos de Anacarsis eran tan penetrantes que despertaron a cuantos dormían en la casa, de suyo pequeña. Corrió la madre a la habitación de su hijo y lo recogió del suelo. Al tiempo de ponerlo de nuevo en la cama, y mientras lo abrigaba amorosamente, no cesaba de repetir:

—¡Pero qué cosas tan extrañas le enseñan a este

niño en la escuela! ¡Qué pesadillas tan feas, Dios mío!

III

A poco de cumplir los veinte años Anacarsis sufrió la pérdida de sus progenitores. Aquella fué, en verdad, la primera pena intensa, que supo herirle en el hondón del alma. Hasta entonces no había pensado en tan afligente e inevitable eventualidad. La idea de que sus padres habrían de vivir siempre, o, por lo menos, mientras él necesitara de ellos, parecióle algo muy natural. Tampoco había pensado seriamente en la muerte. ¿Para qué llenarse de angustia con la visión de la hora postrera? En pleno amanecer, para nada se tiene en cuenta lo que puede sobrevenir en el discurso de la jornada.

Sin embargo, bastó que la muerte le llevara a sus dos seres más queridos, para que pensara en la enemiga. — «Yo también he de morir algún día— dijo—; en consecuencia, debo familiarizarme con esa idea, a fin de que no me anuble las horas de mi existencia». En seguida se puso a leer obras de moralistas y de filósofos; leía con frenesí, sin descanso, hasta que las primeras luces azuladas del crepúsculo penetraban por los intersticios de la ventana. Pronto adquirió la convicción de que la muerte no es un mal. ¿Qué más da dormir ocho horas cotidianamente o toda una eternidad? Prendóse sobremanera de un concepto de Baltasar Gracián. «Es

verdad que el hombre muere — dice el hondo aragonés — cuando había de comenazr a vivir, cuando más persona, cuando ya sabio y prudente, lleno de noticias y experiencias, sazonado y hecho, colmado de perfecciones, cuando era de más utilidad y autoridad a su casa y a su patria. Así que nace bestia y muere muy persona. Pero no se ha de decir que murió ahora, sino que acabó de morir, cuando no es otro el vivir que un ir cada día muriendo».

Anacarsis pronto echó en olvido cuanto leyera sobre la muerte. En su vida amanecía; todo era auroral; aurora de años, de propósitos, de esperanzas; y con la luz propia de esa hora veía las cosas. Aun cuando su continente no causara impresión de robustez — seguía siendo enjuto de semblante y magro de cuerpo — la salud no le había defraudado jamás. Poco locuaz, más bien tímido, sólo después de largo comercio lograba franquearse con los que buscaban su compañía. Sin embargo, el más dilecto de sus placeres era el soliloquio. Echado de espaldas sobre la cama, pasábase horas enteras con los ojos clavados en el techo, perdida la mirada en lejanías, mientras fumaba lenta, suavemente, perfumalos cigarrillos de Oriente. En aquella su postura habitual soñaba los más bellos sueños, interrumpidos, cuando sus progenitores vivían, con alguna reconvención.

—¿Piensas vivir siempre así, sin trabajar? — solía inquirir el padre.

Mas la madre, para quien Anacarsis no había dejado de ser un niño, al punto acudía en su defensa:

—Déjalo, hombre, el muchacho tiene todavía muchos años por delante para decidirse...

Contrariamente a ese vaticinio, Anacarsis en poco tiempo tuvo que tomar una determinación. ¿Qué haría con el dinero que le habían dejado sus padres? Bien que la suma efectiva no fuera mucha, bastaría para abrirse un camino en la vida. Pero a Anacarsis, idealista pasivo, faltábale el espíritu lúcido y práctico que requieren los negocios, por insignificantes que ellos sean. Ni era hombre capaz de especular en nada ni tenía paciencia para colocarse tras el mostrador de un comercio; pertenecía a ese linaje de seres que han nacido para no realizar el menor esfuerzo y para quienes el trabajo aburre y el ocio distrae. Lo que Anacarsis pensó fué en llevar a la práctica los viejos sueños de ambular por el mundo. Después, cuando se le agotaran los fondos, allá se las arreglaría él para seguir viviendo.

¿A dónde iría primero? Anacarsis tenía la pasión de Francia y de todo lo francés. Y dábase el caso de conocer París con riqueza de detalles sin haber estado jamás en él... Cuando alguna persona de su relación se embarcaba rumbo a Europa, trasladábase al puerto a presentarle buenos augurios de viaje. De esta guisa alcanzó pronto fama de hombre extremadamente cortés. Mas la cosa no paraba en eso. La curiosidad hacíale interpelar a los viajeros:

—¿Va usted a Londres? Ha de ir usted a París, seguramente...

Si la persona a quien despedía era la primera vez que abandonaba las playas nativas, entonces presentábasele la oportunidad de hacer lucir su erudición.

—Desembarcando en Cherburgo llegará usted a París por la estación de San Lázaro; en cambio si desembarca en Boulogne-sur-Mer, podrá estar usted en París en seis horas, llegando por la estación del Norte...

Cuando el viajero, por el contrario, era un ducho conocedor de Europa, Anacarsis, dándole palmaditas en el hombro, limitábase a decir:

—Feliz de usted, mi querido amigo, pues de aquí a veinte días se dará el gusto de pasear por la avenida de los Campos Elíseos... ¡qué maravilla! y por el bosque de Boulogne... ¡estupendo!

Después de una breve pausa, como si evocara algo, atrevíase a decir:

—Y cuando pase por la plaza de la Concordia déle recuerdos al obelisco en mi nombre...

El léxico castellano de Anacarsis distaba mucho de ser el autorizado por la Academia. Empleaba galicismos innecesarios y voces extrañas al propio idioma porque le parecía un rasgo de elegancia. Las lecturas serias las fué relegando mientras dejábase ganar por una literatura harto frívola o poco edificante: aventuras de Colette — las Claudinas hicieron su delicia — cartas de mujeres de Marcel Prevost, y en los mejores momentos agradábanle sobre-

manera los adulterios aristocráticos de Paul Bourguet. En suma, por libros o relatos de amigos, era tal la familiaridad que ponía en las conversaciones sobre asuntos franceses, que nadie llegó a dudar que alguna vez, por lo menos, habría estado en Francia. Empero, uno de los tantos a que fuera a despedir, no sabiendo qué decirle, le puso en mal trance preguntándole:

—Usted ha de conocer París como a sus manos ¿verdad?

Anacarsis enmudeció repentinamente. La sangre inundóle las mejillas y las orejas le picaron como nunca. Tuvo que confesar:

—Nunca he estado en París, dijo, pero lo conozco a través de los libros, de las referencias de amigos y del cinematógrafo. Hace diez años que sueño con esa capital. Mi caso en algo se asemeja al del hombre que se ha casado mediante poder con una mujer muy bella a la que sólo conoce por fotografías... y, es claro, arde en deseos de reunirse con ella para vivir como Dios manda...

El grupo de personas que oyeron estas palabras rieron de buen grado. Anacarsis, herido en su amor propio, tomó una firme determinación. Al estrechar la mano del amigo que despedía díjole casi al oído:

—Puedo asegurarle que el mes próximo estaré en condiciones de satisfacer mi pertinaz aspiración.

IV

Los diarios anunciaron que los amigos de Anacarsis López le ofrecerían una comida con motivo de su viaje a Europa. Escasamente vanidoso, en el fondo, resistióse primero, pero hubo de ceder al fin, ante la insistencia poco razonadora de sus compañeros.

—Puesto que vives en sociedad — díjole uno — tienes que ajustar tu conducta a las costumbres. Los actos sobresalientes en la vida de un hombre distinguido deben ser celebrados con el yantar jubiloso. Sólo de pública manera es dable exteriorizar las simpatías que inspira la persona que se doctora, se casa o se ausenta del país...

—Los motivos más diversos justifican la celebración de un banquete — le observó otro. — El escritor que publica un libro, el artista que realiza una exposición, la elección de candidatos, el otorgamiento de condecoraciones, el triunfo de un caballo de carrera, no tienen ni se les asigna importancia real cuando no son objeto de una exteriorización pública... Lo que no se ve pierde la mitad de su encanto, y en verdad, tampoco valdría la pena de tener ni alcanzar nada si los demás no tuvieran noticias de lo que somos o de lo que poseemos...

A ninguno se le pasó por la mente la idea de los griegos, que fueron, en los mejores días de su grandeza, organizadores de convites por excelencia.

Aquéllos sentábanse en torno a una mesa a platicar sobre cosas elevadas, de filosofía o retórica, de tópicos divinos o humanos, tan humanos algunos como la amistad, el amor y la muerte... Anacarsis algo barruntaba de esto gracias a sus desordenadas lecturas, y acaso por esa vaga conciencia de valores sintió un reproche allá en lo más hondo de su ser. Examinó a cada uno de sus amigos, y tan pronto como descendiera a la intimidad de sus vidas helósele la sangre. Ninguno de ellos había realizado el menor esfuerzo; sin profesión y huérfanos de hábitos de trabajo, pasábaseles la existencia en un ocio recalcitrante. Los padres y abuelos habían trabajado y sufrido luengos, oscuros, afanosos años, mas los hijos y nietos tenían un concepto harto sensualista de la vida.

Anacarsis comprendió todo eso y mucho más. Pero en lo más culminante de la plática que mantuviera consigo mismo sintió una voz de áspero acento que le interrogaba: «¿Acaso vales más que tus amigos? Te unen a ellos lazos de estrecho parentesco; os parecéis de tal suerte como si os hubiera parido la misma madre; el propio ideal que finca en no amamantar ninguno; vacíos de mente, secos de corazón, desprovistos de humana simpatía, sin honra ni provecho, andaréis por el mundo bostezando de continuo, asimilando cuanto nuevo vicio hallares por conocer, desparramando el mal sin recato, pues a fuerza de holgar seréis una personificación del mal y de la maldad»...

Cuando Anacarsis ya empezaba a agobiarse bajo el peso de tales reproches sintió pasos recios y voces destempladas en el corredor del hotel. Eran los amigos que venían en su busca. — «A olvidar, pues, y a no ser majadero» — se dijo mientras se ponía el gabán. — Llenóse de valor y volvióle el optimismo. ¿Quién pretendería hacer de él, en el umbral de los veinte años, un dechado de virtudes? La virtud no se hereda — prueba de ello es que a padres ejemplares les cabe la desgracia de tener hijos facinerosos—, tampoco se aprende en los libros si bien se miran las fealdades morales de muchos hombres de privilegiada condición intelectual. ¿En dónde hallarían correctivo sus flaquezas, perfección sus defectos, enmienda y olvido, sus yerros? En la vida, en esa insustituible escuela empírica que resulta del diario comercio con los hombres, y en el vasto mundo, dejándose llevar por sus accidentados e impetuosos torrentes, trepando empinadas alturas, descendiendo pendientes resbaladizas o perdiéndose en la noche lóbrega, sin luz ni esperanza de amparo... Meditaciones de quien tenía el espíritu henchido de afanes aventureros. Y todo resultaría vano para descaminarlo de la senda por la cual había echado a andar. La seguiría hasta finar, convencido de que ese era su destino, el de aprender sufriendo, el de mejorarse en el peligro, para cumplir el diabólico postulado de Nietzche, según el cual la existencia que no se vive peligrosamente tiene el valor de una sombra, el calor de un rayo de luna...

—¡Anacarsis! ¡Anacarsis! — gritaron los amigos dando golpes en la puerta.

Anacarsis abrió y reunióse a ellos. No eran más de seis y venían todos vestidos de etiqueta. Los demás aguardaban, unos en el club, otros en los «bares» de la calle Florida. A estos últimos, Cipriano Ponce, el más aventajado en años y en audacias, propuso recogerlos.

—Iremos haciendo estaciones — dijo Cipriano.

—Tenemos tiempo, son las ocho — contestaron de buen grado los de la comitiva.

Distinguíase el tal grupo por una extraña fraternidad como no se ve en gremio alguno. No les separaba la menor desinteligencia, odio o envidia, fenómeno explicable si se miraba en sus almas nulas. ¿En qué habrían de competir? El ocio nivela, apisona. Mas para ellos el supremo lazo de unión era el mostrador del «bar» americano. Allí se encontraban, de manera infalible, con más seguridad que en el domicilio legal de cada uno de ellos. La indicación que hiciera Cipriano Ponce era, pues, una medida eficaz para reclutar buen número de comensales. Empezaron por la avenida de Mayo y Florida hacia el Norte, y de cada «bar» fueron sacando, previa libación, uno o dos mozalbetes extremadamente locuaces.

El banquete empezó muy pasadas las nueve de la noche y hasta la fecha ninguno de los asistentes puede precisar a qué horas y en qué condiciones terminó. Que pasaron cosas inauditas ello es de pre-

sumir. En cuanto a Anacarsis, cuando se le hablaba del asunto, lo único que atinaba a decir era esto:

—¡Hombre!, no sé nada, nada, absolutamente nada. Lo único que recuerdo es el despertar. A las nueve de la mañana el gerente del hotel casi derribó la puerta de mi cuarto para que no perdiera el buque que soltaba amarras a las diez... ¡qué despedida, querido! ¡y qué dolor de cabeza! ¡y qué ansias de beber jarras de agua para aplacar las entrañas encendidas!

V

Una clara mañana de marzo. El sol deja sentir todavía sus rigores. El automóvil que conduce a Anacarsis desciende por la calle Viamonte y en llegando a la esquina del Paseo de Julio trepan a los estribos dos peones que ofrecen con insistencia sus respectivas chapas.

—¡El equipaje, caballero! ¡El equipaje, caballero! —dicen a una los postulantes.

Anacarsis no contesta. Va en un estado de semiconciencia y por momentos experimenta síntomas de fiebre. ¿Es él el que se marcha a Europa o es otro, una de las tantas personas de su amistad a las que tenía la costumbre de despedir? Sí, era bien él, a Dios gracias, después de tantas ansiedades. El automóvil iba lleno de baúles y de maletas en las que a simple vista leíanse su nombre y el puerto de destino. Palpóse el bolsillo derecho de la americana en don-

de tenía el pasaje y la carta de crédito. Hizo entonces un esfuerzo, adueñóse de toda su lucidez e inundóse su alma de alegría infinita.

—Sí, soy yo el que se va — decía Anacarsis, y de seguida, mirando el cielo azul y las verdes tupidas arboledas, el gozo interior subió de punto.

—¡Qué espléndida mañana para irse !— dijo automáticamente—para irse y no volver nunca más...

Anacarsis no conocía el amor de la tierra, como tampoco lo conocen los seres de su pasta espiritual, trotamundos sin enmienda a quienes la quietud apesadumbra como la más cruel de las dolencias. Y aun en el caso de que en él habitara el amor del terruño, ello no podía ser obstáculo para gustar de las otras tierras...

—¡El equipaje, caballero! ¡El equipaje, caballero! — volvieron a gritar nerviosamente los postulantes. El automóvil había parado en un extremo del dique número cuatro. La atmósfera era de bullicio, un tanto pesada. Numerosas familias descendían de otros vehículos, y aunque traían prisa no les era fácil abrirse paso para llegar hasta la escalerilla del buque. Iban y venían las mujeres aldeanas con los chiquillos en brazos, mientras los maridos cargaban sus propios bultos por la planchada de la tercera clase. Oíanse las voces de los vendedores ambulantes, los pedidos de los fotógrafos, el ruido ensordecedor de las grúas que trasladaban equipajes y cajones de mercaderías desde el galpón de la aduana al trasatlántico.

Anacarsis, sudoroso, latiéndole las sienes más que nunca, logró franquear la planchada. Al primer «stewart» que halló cerca dióle el número de su camarote.

—«All right» — dijo el «stewart» y de seguida púsose a llamar a otro: ¡Patrick! ¡Patrick! «the twenty seventh''...

Apareció finalmente Patrick; se hizo cargo del equipaje y Anacarsis entrególe el pasaje. Era un sirviente irlandés, alto y cenceño, de ojos celestes, rasurada la faz, roja y aguda la nariz. Anacarsis no pronunciaba una palabra de inglés ni Patrick una sílaba de castellano, eventualidad que aseguraría la mutua comprensión de ambos si es verdad que el lenguaje para lo único que sirve es para ocultar el pensamiento...

Una vez que hubo mirado su camarote y el cuarto de baño contiguo, Anacarsis quiso subir a cubierta para respirar y ver algo. Los pasillos estaban atestados de personas y lo propio las escaleras; el tránsito lo hacían más molesto los peones que pasaban cargados de baúles y maletas. De pronto dejóse oír una campana estridente y el bullicio subió de punto.

—Es la primera señal — decían las señoras un tanto nerviosas.

—¿Ya va a salir el buque? — inquirieron unos niños azorados.

Todo eso aumentó los apretujamientos en los vestíbulos y escaleras. Anacarsis, después de mucho,

pudo salir a la primera cubierta, mas no por ser ésta amplísima fuéle fácil caminar. Los grupos de personas eran más numerosos en el momento de las despedidas. Anacarsis, predispuesto a la tristeza por el abatimiento anormal que padecía, sintió como si se le humedecieran los ojos a instancias de una angustia repentina. Los abrazos y besos menudeaban de padres a hijos, y en más de un encantador semblante femenino transparentábanse desolaciones sin consuelo... Anacarsis pensó: «por más que nos agrade ausentarnos, nada es tan triste como partir...» En la parte más espaciosa de la cubierta, la orquesta tocaba una música enervante, valses lánguidos o canciones lloronas que estimulaban, de seguro, la crisis sentimental de la despedida...

La campana dejóse oir nuevamente.

—Es la segunda señal... Ahora es cierto, hay que bajar—oíase por aquí y acullá.

El público, lentamente, empezó a abandonar el buque. Los pasajeros, al punto, encontráronse más cómodos. Tenían todos el mismo pensamiento, el de acodarse en las barandas para mirar desde allí a sus familias y conocidos. Anacarsis hizo lo propio. Incalculable era el número de personas que esperaban frente al galpón aduanero. Armonioso y alegre era el espectáculo de las sombrillas abiertas. Los hombres se atajaban el sol con diarios y sombreros. Mas por grandes que fueran las molestias del calor, todos aguardaban y nadie dejaba de mirar, los de abajo a igual de los de arriba. Cuando se descubría

el semblante buscado, de los grupos estallaban las exclamaciones femeninas.

—Allá está Marujita, allá, al lado del señor de gorra...

—¡Adiós, Marujita, escribí pronto...

—No te olvides...

—Escribe con frecuencia, de todos los puertos...

—Envíanos postales, bonitas postales...

—No dejes de cumplir con lo prometido...

A veces las voces se cruzaban, y entonces era difícil oir. La sirena del buque, por su parte, imponía silencio con los toques reglamentarios, pero en seguida se reanudaban los diálogos:

—Dale recuerdos a Brigidita si la ves...

—En mayo iremos nosotras..., hasta el mes de mayo, sí...

Los fotógrafos ambulantes desplegaban extraordinaria actividad. Saludaban con insistencia a los viajeros.

—Un momentito, señor...

—Un segundo, señora... no se mueva..., así, ya está... gracias, señora...

Anacarsis, con ambos brazos apoyados en la baranda, miraba los grupos de personas, fija, lánguidamente. A él nadie había ido a despedirlo. De sus parientes no extrañaba la ausencia, pues hacía tiempo que no se veía con ellos, y en cuanto a los amigos, harto disculpados estaban después de la noche toledana que pasaran en común. «Bueno — díjose Ana-

carsis — acaso sea mejor así. La soledad tiene inestimables virtudes...»

El trasatlántico dejó oir el tercer toque de sirena, con inusitada potencia, como para que las señoras se taparan los oídos. La orquesta echó a tocar en ese instante el «God Save the King». Anacarsis ya no pudo dudar de que se iba; miró a sus pies y dióse cuenta de la distancia que ya separaba del muelle; miró a su derecha, y, rozándole casi los codos, vió a una joven de fresca y singular belleza sumida en un desesperante silencio de lágrimas. — «¿Quién será? — preguntóse. ¡Con qué amargura llora!... un novio, seguramente... ¡y qué linda es!...» La joven tapábase el rostro con la mano izquierda mientras agitaba, casi sin fuerzas, un pañuelo con la diestra diminuta, alba, de pronunciadas venas azules. «¿A quién saludará con esa insistencia y ese dolor?» — volvióse a preguntar Anacarsis, picado por la curiosidad.

En el muelle permanecía todavía el grupo de personas; de tiempo en tiempo oíase un adiós entrecortado, pero los pañuelos se agitaban de continuo, tenaces y melancólicos, como una esperanza postrera. «¡Cuántos de esos se morirán — pensó Anacarsis — o cuántos de los que aquí van dejarán de volver... En fin, valga lo uno por lo otro». Pronto abandonó ese género de reflexiones, al tiempo que el «Tommy Sanders» salía de la dársena Norte para enfilar el canal. La ciudad presentósele de golpe, como nunca la viera. ¿Esa es Buenos Aires? No es

un espectáculo de gran ciudad el que a simple vista se contempla. Diríase que todo se hubiera hundido, tan absoluta es la nivelación de los edificios. Aquí y acullá elévanse las cúpulas de las iglesias y las torres de las modernas construcciones. Cada torre evoca una fealdad... La urbe se va esfumando y sólo se columbran las columnas de humo que arrojan las chimeneas de las fábricas.

Anacarsis quedóse largo tiempo como abismado en la contemplación. ¿Volvería a Buenos Aires? Allí abrió los ojos a la luz y transcurrieron los veinte años de su vida. Allí quedaba la tumba de los padres, buenos y sencillos, que se esforzaron para que él, a su vez, fuera un hombre útil y pundonoroso. Allí quedaba, de manera imprecisa, etérea, el recuerdo de los juegos infantiles, el dolor de sus afanes, la espuma de sus ensueños... Y siguió mirando suave, dulcemente, como el que no ha de ver dos veces la misma cosa... «Urbe extraña y fría, pensó, babilonia de pueblos, crisol de razas, Eldorado de incautos. En tu vasto seno se hablan todas las lenguas, se confunden todas las patrias, se sufren todos los dolores del destierro. Los argonautas llegan hechizados, te ven y en ti se aposentan. Por ello te extiendes, te agrandas de continuo. Causas la impresión de una cabeza enorme y congestionada en un cuerpo magro y largo... En lugar de una tienes varias infinitas almas. Tampoco es la tuya una fisonomía propia, porque en ti se reflejan las más discordes ciudades del universo: el parque inglés, el barrio italiano, el

bosque francés, la calle turca, la casa española, la iglesia rusa... ¿Qué es lo que saldrá de ti? ¿Será una raza bella, fuerte, noble? ¿Hablarán tus hijos el mismo idioma?»

En la mente de Anacarsis tomaron cuerpo las más extravagantes conjeturas hasta que la silueta de la ciudad se le esfumara de las retinas...

VI

El primer día de navegación fué harto aburrido. Los pasajeros del «Tommy Sanders» apenas se dejaron ver en las cubiertas, ocupados como estaban en los camarotes para poner en orden el disperso equipaje. El comedor de la primera clase no estuvo más animado; las familias, en su mayoría, encontraban más cómodo recluirse en los compartimentos de lujo a las horas reglamentarias del almuerzo y la cena. Anacarsis tampoco se dejó ver a causa de la atinada determinación que se impusiera: la de dormir el día entero.

Caída ya la tarde, a eso de las siete, Anacarsis despertó a instancias de los rudos golpes que dieran en la puerta. Era el irlandés Patrick que tenía encargo de llamarle a esa hora.

—«The bath, sir, the bath...»—decía Patrick con voz enervante por la insistencia que ponía en repetir las mismas palabras, como si deseara martillarlas en el cráneo.

Anacarsis se restregó los ojos y lenta, perezosa-

mente, buscó en la mesilla de luz el pequeño diccionario. De no haberlo sospechado ya, era la primera oportunidad que se le presentaba para distinguir un baño caliente: «hot bath», de uno frío: «cold bath». De paso aprendió la manera de llamar al bañero: «bath keeper». Luego, al envolverse el cuerpo con la salida de baño: «bathing-grown», se interpeló de esta suerte:

—¿Para qué diablos me he metido en un barco de habla extraña, cuando pudiera haber viajado sin molestias en uno español o francés?

El «Tommy Sanders» estaba de moda por entonces, y como de ordinario acontece en tales casos, a un hombre distinguido, no le queda bien viajar en otra embarcación por buena que sea. En cuanto a la dificultad del idioma se subsanaría en poco tiempo. ¿Qué es lo que no puede aprender un hombre a los veinte años de edad? Si Catón aprendía el griego a los ochenta colmados, Anacarsis aprendería el inglés, valioso instrumento de comunicación universal.

—Hay que ir a Londres — pensó — y después, las inglesas... es claro...

Al día siguiente, con motivo de la llegada a Montevideo, las cubiertas del «Tommy Sanders» viéronse más concurridas. Fué esa la primera presentación de los pasajeros. Las familias que se conocían saludábanse y al punto formaban grupos. Las señoras relataban las impresiones de la partida, mientras los

hombres se quejaban de los primeros inevitables inconvenientes.

—¿Qué tal camarote tienen ustedes?

—Bueno, muy bueno...

—Como que lo reservamos con tiempo hace tres meses...

Las muchachas casaderas, después de mirar con insistencia en todas direcciones, se comunicaron el primer comentario sobre la perspectiva del viaje.

—No viene mucha gente conocida...

—A la verdad, che, hay la mar de caras extrañas...

—Ya no se podrá viajar en este buque, se está llenando de gentuza...

Anacarsis tenía relación con la familia de Adrián Ramírez, estanciero acaudalado que viajaba con su mujer, doña Clara, sus hijas Susana y Delia y su sobrino Pancho Sierra. Este Pancho era un folguín de cuentas que había intimado con Anacarsis en los «bares» de Florida. Alto, robusto, de veinticinco años poco más o menos, vestía con elegancia natural. Su mentalidad nada avizoraba más allá de las patas de los caballos de carrera. Prendábase de las mujeres de teatro, danzarinas de preferencia, y en Europa solía convivir con las llamadas estrellas de cinematógrafo.

Anacarsis inquirió:

—¿Quiénes vienen? Me presentarás, naturalmente...

—Este viaje será un opio—contestó Pancho—no viene ninguna artista...

—No hablo de eso, me refiero a la gente decente que viaja en el «Tommy Sanders»—repuso Anacarsis.

Pancho miró a su amigo con ojos burlones; luego, tomándole de un brazo, le dijo:

—Eres un lírico... vamos, no te quedes más tiempo aquí... hagamos la inspección que corresponde...

Pancho y Anacarsis echaron a andar por la amplia cubierta superior. Llevaban ambos el mismo paso recio y gimnasta. Las sillas de viaje habían sido extendidas ya las unas al lado de las otras. Los pasajeros entreteníanse en distinguirlas colocando sus respectivas tarjetas.

El ambiente era de serenidad. Diáfana la mañana y tibio el sol. En los semblantes notábanse ahora muestras de satisfacción. La hora triste de la despedida había sido olvidada, como si de los espíritus se hubiera adueñado la seductora ilusión de Europa, el acariciado encanto de los países por conocer.

En varias vueltas por la cubierta Anacarsis y Pancho todo lo observaron minuciosamente. De tiempo en tiempo parábanse en los ventanillos del salón de conversación o del jardín de invierno y miraban curiosamente.

—Che, aquí hay una linda mujer—dijo Pancho —parece francesa... ¿Vendrá sola?

—Ya lo averiguaremos...—contestó Anacarsis.

Con efecto, antes de que el «Tommy Sanders» abandonara el puerto de Montevideo los dos amigos

habían esclarecido toda suerte de cosas vedadas, de importancia o sin ella. La señora que por el indumento y la blonda cabeza parecióles francesa, no era tal, sino argentina. Viajaba sola, según costumbre; había divorciado de su marido; llamábase Alicia Fontanet y gustábanle el juego y otros placeres de difícil comento. Supo Anacarsis, además, que la gentil desconsolada del día anterior era Esther Sifuentes, cuyos padres llevábanla a Europa a causa de haberse prendado de un mal partido, un mozalbete con apellido, pero sin fortuna y lleno de vicios.

—Me la presentarás hoy mismo, dijo Anacarsis.

—Perderás el tiempo, hijo, está enamoradísima...

—No es para enamorarla de mí, hombre, yo no soy un don Juan... Es para que me cuente sus cuitas...

—Eres un lírico rematado, contestóle Pancho con su invariable tono burlesco.

—Es posible, repuso Anacarsis, mas nada me place tanto como ser el confidente de una mujer triste... Estoy cierto, por lo demás, de que la señorita Sifuentes ha de ser en extremo delicada y comprensiva...

—¡La juzgas antes de conocerla! ¿En qué lo deduces?

—Lo presiento, mejor dicho... Las mujeres inteligentes suelen enamorarse de hombres por demás nulos... Echa la cuenta entre las que conocemos y verás cómo es verdadera mi observación.

—En ese caso, replicó Pancho con ánimo de hacer un chiste, puede que Esther olvide al otro para enamorarse de mí...

—Es difícil, la vehemencia de estas mujercitas va en aumento cuanto mayores son las dificultades que encuentran en la realización de sus deseos. La llevarán a Europa, a la India, al fin del mundo, pasará el tiempo, mas todo será vano, mientras en torno suyo oiga pronunciar esta sílaba fatídica: ¡No!...

Los dos amigos prosiguieron la plática y las investigaciones iniciadas. Tomaron nota de los que embarcaron en Montevideo y se convencieron, después de todo, de que el viaje no sería tan aburrido.

VII

Antes de llegar a Santos la frialdad en las relaciones de los pasajeros del «Tommy Sanders» habíase desvanecido casi por completo. Ya nadie se miraba con la indiferencia de los primeros días. Antes al contrario, sentían todos la necesidad imperiosa de hablar con otras personas que no fueran las de la propia familia. Cundía el afán de confidencias. El confesáos los unos a los otros practicábase en aquella nave de manera casi religiosa. Raro era el que se resistiera a descorrer, por lo menos en parte, el velo de su propia vida. ¿A qué debíase ello? ¿Sería el mar el gran culpable de tantas indiscreciones? La onda marina ¿posee algún misterioso estimulante a fin de que los espíritus no se puedan pasar de sincerarse?

La soledad que cada uno siente les mueve a vencerla. ¿Cómo? Estrechando vínculos de amistad. El individualismo, por áspero que sea, sufre duras derrotas. Diríase que experimentan el imperioso deseo de agruparse, de formar un «clan», para cambiar impresiones y comunicarse esperanzas. El amor propio, dueño y señor de cuantos viven en sociedad, se agudiza más que nunca en el mar.

En vano Anacarsis se defiende de sus semejantes. Cuando escucha las exclamaciones admirativas de los pasajeros cada vez que el sol se oculta o cuando la luna asoma su redonda y afligente faz, viénele a la mente el recuerdo de Gustavo Flaubert. Los lugares comunes molestaban sobremanera al solitario de Croisset. El horror a lo vulgar, a lo ya dicho y pensado, a lo que todo el mundo expresa en las conversaciones familiares, convirtiósele en angustiosa idea fija...

El primer lugar común que se oye en el «Tommy Sanders» se refiere a la inmensidad del océano. El doctor César Battistini, italiano, desde luego, que se dice abogado, hombre de negocios y presume de filósofo, ha exclamado con aire grave:

—¡Y pensar que Cristóbal Colón, en frágil carabela, osó desafiar este desierto fértil en tempestades —dicho lo cual se retira satisfecho para dar lugar al elogio que la frase merece. El capitán del buque, que oyera, como muchos otros, la sandez, casi al oído de Anacarsis le habló de este modo:

—Mire usted, con el presente viaje realizo cient

treinta travesías entre el Río de la Plata y Europa; pues bien, el mismo número de veces he oído lo de Colón y la carabela...; es cosa vieja y debe venir repitiéndose desde la fecha del descubrimiento de América...

Y se alejó, a paso lento, saludando a cuantos encontraba en la cubierta, cuando no se paraba a conversar con alguna señora.

En la hora cárdena del crepúsculo, los pasajeros se agrupan para contemplar la puesta del sol. Cuando el disco de fuego comienza a hundirse, óyense deliciosos comentarios. Doña Petronila Borges mira extasiada. De repente no puede contenerse y le dice a Pancho Sierra:

—¡Y si un artista pintara ese cuadro dirían que es un capricho de la imaginación!

Battistini es hombre joven y en extremo nervioso. No sabe estarse quieto en parte alguna. Va y viene, sube las escaleras en pocos brincos, se sienta a leer y en seguida cierra el libro para conversar con el vecino. Cuenta su vida, refiere la naturaleza de sus negocios, hace conocer sus gustos de gran señor, da cuenta de sus vinculaciones con encumbrados personajes... En Londres se hospeda en el Cecil Hotel, en París en el Crillon, en Roma en el Excelsior. Habla numerosos idiomas, aunque en realidad los posee a medias, tan graves son las faltas en que incurre cuando echa a hablar... El carácter de Battistini es difícil de contentar. Todo le disgusta. De sus labios sólo brota la palabra de pro-

testa. Nunca ha viajado en un buque tan feo como el «Tommy Sanders». Si hay muchos pasajeros en cubierta se incomoda; si hay pocos lo mismo. Discute con el capitán sobre el número de millas que la nave recorre cada veinticuatro horas.

—Este no es un buque, es una carreta—se complace en decir para mortificarlo. Pero el capitán, cuyo autor dilecto es Swift, no se molesta por cosas de tan poca monta.

—El «Tommy Sanders» no es una carreta, pero tampoco un caballo de carrera—responde el capitán con risa infantil.

Battistini por veces se sulfura. Es una encarnación de la protesta humana. En el comedor lleva sus ataques al «maitre d'hotel» por la calidad de la cocina. Las sopas no tienen sal, los guisos no tienen gusto a nada, los postres son miserables. En los vapores italianos se come mucho mejor... Se indigna cuando alguno se marea en su presencia, muda de color cuando los niños juegan... Battistini en menos de una semana se ha ganado la antipatía de cuantos viajan en su clase.

—Este hombre es una verdadera desgracia—opinaba Adrián Ramírez.

—Podríamos costear una suscripción para desembarcarlo en Río de Janeiro—proponía Pancho Sierra.

Anacarsis ha notado que cierto señor entrado en años le persigue sin cesar. «¿Qué es lo que desea conmigo este viejo»?—pregúntase Anacarsis intri-

gado. Una nada es lo que busca. Desea decir quién es—don Eduardo Viola—de dónde viene y a dónde va.

La misma urgencia tiene una señora que pasea por la cubierta superior con sus dos niñas. Nótase en ella verdadero desasosiego; no se queda quieta un instante y habla en alta voz para llamar la atención sobre su persona. Mil cosas ha hecha hasta que Pancho Sierra se ha prestado a librarla de sus angustias con sólo oirla. Es doña Petronila Borges, la de las puestas de sol, viuda de un coronel.

—Tenemos dos propiedades en Buenos Aires, muy bien situadas, y además una estancia en el Azul—contó doña Petronila con los ojos que le brillaban de gozo.

Después habló de las hijas.

—A mí me habría gustado mucho tener un varón... figúrese lo útil que nos sería ahora en nuestros viajes, pero el destino no lo quiso... Las muchachas son buenas, eso sí, excelentes, como para merecer un buen marido... Esta es Domitila, la mayor, y Lucrecia esta otra, con dos años menos que la primera...

Pancho escuchaba todo oídos, con afectada seriedad, riendo en su interior de doña Petronila. Las muchachas no le desagradaban. Eran altas, de cuerpos armoniosos aunque de caras vulgares y expresiones de escasa vida espiritual. Veintidós años podía tener Domitila y veinte Lucrecia. Hablaban po-

co, preferían los monosílabos y reían nerviosamente de cualquier cosa.

—Son dos bobas—opinó Anacarsis, luego que Pancho se las presentara.

—No importa—respondió el otro—lo que a mí me interesa es que bailen como trompos... Ya les enseñaré lo que no sepan...

Alicia Fontanet, por su parte, guardó los primeros días la debida compostura como para desmentir cuanto de ella hubiera podido decirse por anticipado. Andaba por los treinta y ocho años, aunque representaba un poquito más, sobre todo si cometía la imprudencia de asomarse por las mañanas. Era elegante y esbelta de formas. La faz ya iba perdiendo la frescura y la belleza. Pintábase con exceso, lo cual dábale un aire de mujer de teatro. Los ojos eran grandes, saltones y un tanto cínica la mirada. ¿De qué manera vivía para demacrarse a hora relativamente temprana? Cuando hablaba, por lo general con los Ramírez y los Sifuentes, hacíalo en voz alta, casi a gritos. Decía cosas frívolas y su conversación solía degenerar en tamañas groserías. Su tema predilecto era el juego. El día que le presentaron a Anacarsis preguntóle repetidas veces si jugaba, y como aquél tuviera la ocurrencia de contestarle negativamente, tratóle de «infeliz»... Otra mañana—ya empezaba a aburrirse y a perder la paciencia—interpeló a Ramírez:

—¿Y usted cree que vamos a llegar a Europa mirándonos la cara?

Ramírez y Sifuentes echaron a reir diciendo: ¡qué Alicia ésta! Sin ánimo de contrariarla, pues en el fondo teníanle recelos.

Alicia Fontanet era la comidilla de todos. Hombres y mujeres tenían siempre algo que contar de ella. Pancho Sierra, que era algo así como el diario de a bordo, dijo haber hecho un gran descubrimiento; al tiempo de salir del cuarto de baño oyó que el médico del buque golpeaba en el camarote de Alicia Fontanet y decía: ¡My dear, the dinner is on the table!

—¡Eso es escandaloso!—exclamaron a coro las señoras.

Nadie dejó de contar su historia. Anacarsis escuchó toda suerte de relatos a cual de ellos más extraño. Una noche, en el bar, se puso a jugar a los dados con un pasajero. Era un brasileño, según podía verse por el continente y la dicción. De pronto suspendióse el juego y ambos se miraron inquisidoramente como si el uno pensara del otro: «¿quién será este hombre?» El brasileño cedió.

—Vengo de Montevideo y voy a Río de Janeiro—dijo mientras sacaba su tarjeta y se la ofrecía a Anacarsis—Xavier dos Santos Vargas, médico, para servir a usted...

Anacarsis agradeció cumplidamente, aunque se olvidó de corresponder de la misma manera. Pero a

dos Santos Vargas no le interesaba saber con quién platicaba. Dos Santos Vargas tenía necesidad de decir quién era él, cómo vivía, cuánto dinero ganaba. Eso para empezar. Después experimentó deseos de contar detalles de otra índole, y como en el bar había demasiado bullicio de conversaciones lo invitó a salir.

—Bueno, salgamos — contestó Anacarsis.

La cubierta superior no estaba menos concurrida. Las familias caminaban lentamente ponderando la marcha serena del buque y la placidez de la noche. En el salón, la orquesta tocaba los consabidos valses lánguidos y algunas parejas bailaban, entre las cuales Pancho Sierra con Domitila Borges. Sin más tardanza dos Santos Vargas se puso a contar la trivial historia de su vida. Por momentos se detenía, como para que no le oyeran los que pasaban. Luego, acentuando el acento de misterio, proseguía el relato. A pesar de sus treinta y cuatro años, dijo ser viudo con dos hijas de ocho y diez años recoletas en una escuela de religiosas en Montevideo.

—¿Y por qué no en Río de Janeiro?—atrevióse a preguntar Anacarsis.

—Porque soy un hombre moral—repuso dos Santos Vargas. Entonces, casi al oído, díjole que en Río estaba prendado de una mujer extraña, maravillosa, sibilina, la causa de su tormento y de su felicidad... una pecadora como Thais, que bailaba, para él solo, la danza de los siete velos con la magia de Salomé...

El brasileño prosiguió diciendo despropósitos, delirando a instancias de la pasión amorosa. Le salían las palabras como un torrente y mezclaba expresiones vernáculas con voces francesas y castellanas. En un transporte, el más desordenado de los suyos, prometióle a Anacarsis presentarle a la hechicera pecadora, pero en seguida cambió de idea, miró fijamente en los ojos de su interlocutor como si quisiera descubrirle algún pensamiento recóndito y se puso sombrío...

Anacarsis, ligeramente inquietado, pensó: «¿cómo podré sacarme a este loco de encima?» La fortuna prestóle auxilio. En grupo compacto y bullanguero, venía Adrián Ramírez con su familia. Al pasar frente a él Ramírez sacóle del mal trance.

—Nos falta una pierna... ¿no viene con nosotros?

Anacarsis aceptó de buen grado y despidióse del brasileño.

—Bajaremos mañana en Santos, si le place—díjole Vargas con un acento de simple cortesía.

—Estoy comprometido... pero, en fin, ya veremos—contestóle Anacarsis alejándose.

En el salón que serviría de juego, estaba Esther Sifuentes con sus padres.

—¿Pócker o bacarat?—inquirió don César Sifuentes.

—Lo que ustedes gusten—dijo Adrián Ramírez—

es el caso de pasar el tiempo lo mejor posible, y con el calor que hace es imposible acostarse temprano...

Las hijas de Ramírez, Susana y Delia, observaron que eran demasiados para el póker.

—Eso no importa, se puede formar una mesa de póker y otra de bacarat—indicó doña Estela de Sifuentes.

—O dos mesas de póker—apuntó jubiloso Pancho Sierra, que en ese momento llegaba.

Se prepararon dos mesas. Tendióse el tapete verde. Al ruido de las fichas asomaron varias cabezas por los ventanillos. Pancho invitó a los mirones a que pasaran, jóvenes todos de su pasta espiritual, que sólo a esas horas y con tal motivo se dejaban ver.

—Ahora sobran dos—observó Ramírez.

—No importa, yo me elimino—se apresuró a decir Esther Sifuentes.

—Lo propio hago yo—dijo Anacarsis.

Al punto inicióse el juego, mas ninguno de los circunstantes echó de ver la situación de Esther y de Anacarsis que habían quedado faz a faz, sin que nadie les hiciera la presentación de estilo. Ella, no obstante, simulaba indiferencia, como si nada pasara de particular. El no pudo ocultar su nerviosidad. Salirse del salón sin decir palabra parecíale desairado; por el contrario, si se quedaba solo tras las sillas de los jugadores no disminuía la ridiculez de su papel. Anarcarsis tomó entonces la única deter-

minación oportuna: acercóse a Pancho y le dijo:

—Preséntame a la señorita...

Adrián Ramírez y Pancho Sierra contestaron casi a una:

—¡Pero hombre! Si creíamos que ustedes se conocían...

Hecha la presentación, Anacarsis acercóse algo más que un tonto. ¿De qué le sirve la inteligencia, A poco el silencio llegó a ser un suplicio para ambos. ¿A qué vendrá? pensó ella. «Creerá que vengo a cortejarla», pensó él. La joven tenía una novela francesa entre las manos. Hablar de ese libro o de cualquier otro sería una manera de iniciar la conversación. «Me tomará por un pedante» — se dijo Anacarsis. Esther, por su parte, reprimió los nervios, serenóse y echó a discurrir consigo misma: «en más de un caso el hombre inteligente no vale más, pero el embarazo fué el mismo, sino mayor. por ejemplo, a este chico?» Anacarsis, con una marmórea frialdad externa, inició una serie de mudas reflexiones. «Si el lenguaje interior pudiera comunicarse sin el apremio de abrir la boca y de mover la lengua, esta mujercita daríase cuenta de que no soy tan tonto como acaso lo supone.» Esther llevaba adelante el silencioso comentario: «¿y quién me dice a mí que este muchacho no sea uno de esos tontos con fama de inteligentes?» «Es hermosa — confesaba Anacarsis.—No tiene un rasgo que no sea delicado, pero hasta ahora se porta como una pa-

va...» «Así es—añadió ella.—Si piensa de mí lo que yo de él estamos lucidos...»

Había transcurrido un cuarto de hora sin que Esther y Anacarsis, abstraídos en sus conjeturas, cambiaran una palabra. Los jugadores poco caso hacían de lo que no se relacionara con las cartas. Sin embargo, doña Estela de Sifuentes de hito en hito alzaba los ojos y miraba hacia el lado donde estaba su hija. La madre solícita comenzó a preocuparse hasta el extremo de comunicar quedamente su inquietud a Adrián Ramírez.

—¿Ha notado usted la locuacidad de aquella pareja?

Pero Ramírez en aquel momento esperaba una reina para formar una escala real, de suerte que contestó en voz alta lo primero que le acudió a la mente.

—¡Sí, ya los oigo, hablan una barbaridad!...

Esther sonrió burlonamente, mientras a Anacarsis encendíasele el semblante, de suyo pálido...

—La verdad es que cuando más se habla es cuando mejor se calla — dijo Anacarsis obligado por las circunstancias.

—Sí, a veces — replicó Esther con un airecillo de superioridad.

—Y en los buques, si no se habla, la gente llámase a escándalo — prosiguió él. — En un ambiente de indiscretos los discretos pasan por descomedidos, como que los más dan la pauta e imponen la ley a los menos.

Esther aprobó de buen grado y a partir de aquel instante la conversación trabóse con un calor que contrastaba con la frialdad inicial. Hablaba ella de manera un tanto afectada, como las personas que se dan gusto escuchando el propio metal de voz. En punto a los que a bordo desesperaban por contar la historia de sus vidas, Anacarsis arriesgó este comentario:

—Esa gente desconoce el placer de pasar inadvertidos, el encanto de guardar para sí mismos el tesoro de las propias emociones. Viven para los demás. Trabajan, luchan, sufren y mueren para que el prójimo contemple el espectáculo de la prosperidad personal...

—La soledad tiene sus virtudes pero también sus inconvenientes. ¿Sabría usted vivir solo? — preguntó Esther maliciosamente.

—No lo sé; en el comienzo de mi vida no puedo saber lo que me conviene más.

—Volviendo a la indiscreción de los hombres, recuerde usted una máxima de la Rochefoucauld — dijo Esther.

—¿Le agradan a usted los manjares amargos? — observó Anacarsis en tono de simulada alarma.

—No, pero lo amargo contribuye en mucho a que lo dulce sea más dulce — replicó ella riendo esta vez coquetamente.

—Bueno, pues, según la máxima...

—Según la máxima de Rochefoucauld, el hombre —y quien dice hombre dice mujer, desde luego, —

se confía frecuentemente por vanidad, por ganas de hablar, por el deseo de atraerse la confianza de los demás, para negociar un cambio de secretos...

—Ello es verdad en muchos casos, pero hay otros en que sucede lo contrario. Por ejemplo, en este buque viaja un brasileño que me ha contado la historia de su vida sin la menor esperanza de reciprocidad. Hablaba obedeciendo a un imperio categórico, a una necesidad casi orgánica, como si de esa suerte acortara distancias y estrechara al ser amado...

—¿Y después? — interrogó Esther con visible curiosidad.

—Después cayó en un silencio pasmoso. Libertado del secreto que le oprimía comprendió, sin duda, el alcance de su indiscreción...

—¡Qué bueno! — exclamó Esther con un aire de persona que se propone decir algo y que sólo busca la manera apropiada. — ¿De modo que usted se pasa los días en el «Tommy Sanders» escuchando las confidencias de los pasajeros?

—Algo hay que hacer, pero no deseo envanecerme pensando que hay en mí una fuerza de atracción irresistible. Tampoco tengo cara de confesor ¿verdad? Si así fuera, me resigno y aguardo...

Esther rió entonces sonoramente. Entretanto, los jugadores de poker ponían fin a la partida, explicando unos la razón de sus pérdidas y los otros la de sus ganancias. Un reloj dió doce campanadas.

—Mañana hay que madrugar, llegamos temprano a Santos — dijo la señora de Sifuentes.

Y a medida que se repetían menudos comentarios fueron abandonando el salón.

Anacarsis se quedó solo en cubierta. Era una noche tranquila y diáfana. La luna, a la sazón abría su abanico de plata sobre la vasta extensión dormida del mar. El cielo estaba cuajado de parpadeantes estrellas. Sin el ruido incesante de las máquinas el silencio habría sido profundo y delicado. Anacarsis apoyóse en una de las barandas y miró el cielo y el mar. De manera repentina asaltóle una sensación extraña, angustiosa. Sintió miedo... ¿Miedo de qué? Miedo de todo... Horror del espacio... Entre su minúscula persona mortal y el infinito se le atravesó la magra y afligida silueta de Pascal...

VIII

Los pasajeros del «Tommy Sanders», al salir de Río de Janeiro repitieron los mismos conceptos que la deslumbrante bahía les inspirara al entrar. Tanto el Pan de Azúcar como el Corcovado recogieron el mayor sufragio de alabanzas. El espectáculo de la avenida Beira-Mar, por la noche, al encenderse las luces, produjo efectos feéricos en las retinas de muchos. La vegetación exuberante, la fragancia que emanaba de los parques y jardines, la atmósfera tibia y sensual, contribuyeron sobremanera a exaltar la

imaginación de los más predispuestos al vuelo de las ensoñaciones.

Cada cual dábase gusto mentando su propio paseo como el mejor: Tijuca, Botafogo, Nickeroi. Alguno tuvo tiempo para llegar hasta el Pan de Azúcar y de subir al alambrecarril. Pero lo que con más visible satisfacción se comunicaban, eran las fantásticas sumas gastadas en automóviles, en almuerzos y cigarros.

Anacarsis se propuso desembarcar solo. De esa manera buscaba la libre expansión de sus emociones sin que nadie se las turbara. ¡Es tan agradable andar sin importuna compañía en una ciudad que por vez primera se visita! — pensó.

Vagar según el propio albedrío, sin plan determinado ni prisa; posarse a mirar lo que más viene en gana: si un edificio es alto o bajo, si la estatua de una plaza es bella o fea. Perderse por las callejas pobres, alejarse hasta los suburbios, compenetrarse del vivir de las gentes humildes, y después, tornar al centro de la urbe, a sus más transitadas arterias y perderse entre la multitud que va y viene afanosa.

¿Qué hora es? Todavía hay tiempo para llevar adelante el «vagabondaggio». Hay tiempo de entrar en la tienda de libros. Para el bibliófilo no hay placer comparable a ese: leer los títulos de las obras que aguardan en los anaqueles, revisar las páginas, leer aquí un párrafo, acullá otro, consultar los índices para formarse cabal idea del conjunto; gustar la calidad del papel, apreciar la nitidez del tipo de

imprenta o la piel primorosa que sirve de encuadernación; piel que para el bibliófilo posee el encanto de un cuerpo femenino.

Ninguno de esos goces pudo procurárselos Anacarsis. Al tiempo de trasponer la planchada sintió voces detrás de él. Era Adrián Ramírez que con su familia desembarcaba bulliciosamente.

—Estiraremos un poco las piernas — decía el ganadero — y usted se acoplará a nuestra caravana...

Anacarsis se inclinó, sin muestras aparentes de disgusto, tan blanda era la pasta de su carácter.

La señora de Ramírez, harto pesada y entrada en años, advirtió que ella caminaría lo necesario hasta conseguir un automóvil.

—Yo no puedo estirar las piernas como Adrián, porque el reuma me tiene loca, murmuraba doña Clara.

—Iremos a almorzar al Internacional — afirmó Ramírez.

—Sí, pero antes tenemos que ir al correo — dijo Susana.

—Estamos llenas de cartas y de postales — agregó Delia.

Pancho Sierra, que no sin esfuerzos había logrado madrugar, anunció que él los dejaría en la avenida Río Branco, a la altura del palacio Monroe. De seguida hablóle quedamente a Anacarsis como si tratara de persuadirlo.

—No te arrepentirás, te lo aseguro — insistía Pancho, sin que Anacarsis se dejara convencer.

En pequeños menesteres perdieron mucho tiempo. A partir de las once el automóvil de los Ramírez rodó durante más de una hora en todas direcciones bajo un sol abrasador. A las doce tuvieron que renunciar al Internacional por estar situado demasiado lejos, a mitad del camino según se asciende al Corcovado. El «Tommy Sanders» levaría anclas a la una y media y apenas disponían, con mucho apuro, de treinta minutos para almorzar en el Grand Hotel.

—Mejor sería volver al buque para no tener ningún sofocón — observó prudentemente doña Clara.

—¡Qué buque ni que buque! — contestó Delia ofuscada — ya lo tendrás a tu buque quince días más hasta que lleguemos a Europa...

—Siempre te sofocas... por cualquier cosa te sofocas — dijo a su vez Susana irritadísima.

Entre la madre y las hijas se produjo un altercado que Ramírez no pudo evitar. La madre trató a las hijas de incorregibles «guarangas». Ellas no se quedaron cortas y trataron a la madre de ridícula, de egoísta y aguafiestas.

Anacarsis limitóse a pensar en la suerte de Pancho...

Llegados al Grand Hotel les fué imposible hallar una mesa libre en el comedor, lo cual colmó la irritabilidad de doña Clara.

—Lo preveía — decía doña Clara a regañadientes

—nos quedaremos sin almorzar y perderemos el buque por añadidura.

Susana y Delia, con los ojos airados, dieron esta vez la callada por respuesta. El padre, con tono conciliador, no dejaba de decir:

—Ya nos arreglaremos, un poco de paciencia, ya nos arreglaremos...

Ramírez ofreció una buena propina por una mesa. El *maitre d'hotel,* inclinándose respetuoso, respondió:

—No hay una sola por ahora, mucho lo lamento, señor...

¿Qué hacer entonces? Doña Clara volvió a la carga:

—Lo más prudente es irse. ¿Qué vamos a hacer aquí? Es la una y el buque sale a la una y media...

El argumento de la hora fué decisivo. Ramírez y los suyos renunciaron a la idea de almorzar y tornaron al puerto, demudados por el fastidio y no sin cierta inquietud por la partida del «Tommy Sanders».

Ya en el buque les comunicaron dos noticias: la una, prevista de antemano, que no había comida para nadie, y la otra, que les aumentó el furor, pues, se les dijo que el trasatlántico partiría a las dos de la tarde.

La discusión entre doña Clara y las hijas estalló de nuevo no bien llegadas a sus camarotes, con una violencia tan inusitada que hizo perder la habitual bonhomía de Ramírez.

—En Madeira y en los demás puertos bajaré solo ¿me oyen? y comeré en la primera fonda que encuentre si me da la gana...—amenazó el ganadero, frenético.

Cuando el «Tommy Sanders» estaba a punto de salir de la bahía de Río, Anacarsis trasmitióle sus impresiones a Esther Sifuentes de la manera más sencilla y humorística.

—Ya ve usted a lo que se redujo mi primer desembarco en tierra extranjera, dijo Anacarsis.

—Consuélese ahora con la esplendidez de la bahía, observó Esther. Ya volverá usted y apreciará lo que no le han dejado ver... Mire... mire bien el Corcovado... y el Pan de Azúcar... Fíjese ahora en esa montaña... ¿no le parece la cara de Napoleón?

—Sí, en efecto, pero hace un instante un pasajero me decía que era la cara del último Borbón...

—Para otros será un Borbón, pero para mí... Mire, mire ahora si no es la cara de Napoleón, la nariz, la frente, hasta el sombrero...

Esther y Anacarsis echaron a andar por la cubierta de paseo. Las relaciones entre ambos habíanse estrechado hasta el extremo de provocar el malicioso comentario de la gente moza. Las hijas de Ramírez con manifiesto desagrado miraban esa relación. Delia, la más expresiva y enérgica de las dos, no ocultaba su pensar. Para ella Esther era una coqueta,

pues teniendo un novio en Buenos Aires, «flirteaba» en grande con otro.

Las muchachas de doña Petronila Borjes portábanse de distinta manera. Tanto Domitila como Lucrecia tenían sus defectillos, desde luego, ¿quién no los tiene? mas no conocían el torturante aguijón de la envidia. Soñadoras, huecas de mente, leían increíbles novelones y vivían, como es de suponer, el papel de «María» o de «Dora», aunque no deseaban morir sin satisfacer antes sus amores.

Domitila se ilusionó en un principio con Sierra, pero pronto echó de ver que las intenciones de Pancho no eran del todo santas a estar a las libertades que se tomaba so pretexto de enseñarle el tango.

Lucrecia era fatalista. Creía en el destino y hasta en las líneas de las manos. En su sentir vano sería buscar ni tratar de seducir a los hombres si el destino es adverso. En el caso de ella la línea de la vida era muy corta y se interrumpía bruscamente, lo cual en lenguaje sibilino significaba muerte prematura y por accidente.

Nadie tenía un juicio exacto sobre las relaciones de Esther y Anacarsis. Intrigóse la madre los primeros días. Sabíala a su hija voluntariosa y pertinaz como para no olvidar al folguin de su novio, por mucho que se prolongara la ausencia. Doña Estela llegó a alarmarse ante la tristeza silenciosa de Esther. Conjeturó toda suerte de extravagancias, pero el marido le ridiculizaba sus desatinos, diciéndole que no confundiese la vida con las novelas.

—Yo quemaría todas las novelas, sin que escaparan del fuego los novelistas, pues ellos nos enloquecen las mujeres y las hijas... — decía el señor Sifuentes con la mayor buena fe del mundo.

La sorpresa subió de punto en doña Estela cuando notó que Esther mudaba de continente. ¿Habría reflexionado o se debería ello a la exclusiva influencia de Anacarsis? ¿Sería ese un mozalbete seductor? Ahora Esther reía como en sus buenos tiempos y por las mañanas hasta cantaba canciones francesas en el baño...

Lorsque l'amour est finit...

Ni ellos mismos acertaban a definir sus relaciones cuando a sí propios se interrogaban. Ambos sentían gusto dándose compañía y largas horas pasaban hablando de tópicos asaz diversos: de libros en primer término, de viajes, de emociones estéticas, de añoranzas, de anhelos de porvenir.

¿Sería aquella una amistad amorosa? Enrojecía ella con sólo pensarlo. La amistad amorosa parecíale una invención de los románticos y una hipocresía, porque de esa suerte encúbrese el verdadero amor. Ahondando más, tampoco hallaba el sentimiento que por amor se entiende. No, no era amor, porque el amor no razona; antes bien era una simpatía, una viva simpatía intelectual.

Anacarsis, por su parte, sostenía parecidas parlerías en sus frecuentes soliloquios. A los veinte años todo es amor y todo en amor se convierte. Con la mujer que pasa a nuestra vera pasa también el

amor. No cabe averiguar por su idiosincrasia, si es ardiente o fría, espiritual o negada. Ese linaje de enamorados no repara tanto; sea como fuere, el apasionado del amor se forja una imagen casi divina, sin el menor punto de contacto con la realidad.

Bien se le alcanzaban a Anacarsis los peligros en acecho. Era la suya la edad más impresionable y peligrosa de la vida. Cuando menos lo pensara podía estallar la crisis sentimental.

—En todo caso que sea con cualquiera, pero no con Esther — díjose en un momento de clarividencia.

¿Por qué de cualquiera antes que de Esther? Habíase acercado a ella, no para enamorarla, sino de la manera más desinteresada; para inquirir detalles —incorregible curioso en el fondo—y saber de aquella guisa el dolor de una mujercita hermosa.

Esther le recibió con prevenida frialdad en un principio. Luego, con el trato, echó de ver que Anacarsis — caso extraño — no iba en su conquista, y que era lo que de ordinario se dice un «buen chico». Sellóse entrambos la amistad. En prueba de ello, y para no ser menos que los pasajeros del «Tommy Sanders», confiáronse sus secretos... En esas confidencias díjole ella que tarde o temprano se casaría con el novio que había dejado en Buenos Aires.

—¿No es un desatino que una mujer inteligente ligue su existencia a la de un hombre a todas luces inferior? — atrevióse a preguntarle Anacarsis.

—Al contrario, el desatino consiste en que dos seres de la misma talla intelectual y moral se obliguen a vivir bajo el mismo techo — respondió ella gozosa ante la perplejidad que sus palabras producían.

—Uno de los dos debe ser superior al otro para que no se abrumen o aniquilen — agregó Esther — o, en el mejor de los casos, las cualidades que a uno le falten deberá poseerlas el otro...

—Desconfíe usted de las paradojas, ni se acostumbre a pensar paradojalmente — observóle Anacarsis.— La vida se encarga pronto de castigarnos cuando nos alzamos contra los cánones sencillos y comunes.

—¿Paradoja? No, amigo mío, es de la vida que recojo mi obesrvación. He mirado en torno mío, y, casi sin excepción, las tontas se unen con hombres superiores y a la inversa. Ahora, si quiere usted ejemplos brillantes vayamos a la historia... El caso de Rousseau con Teresa Le Vasseur, ¿qué le parece?

—Cite usted casos normales — dijo Anacarsis.

—Bueno, vaya entonces el de Goethe que se casó con la doméstica. ¿Por qué hizo eso el grande hombre? Parece haber confesado que sólo de esa manera le respetarían su libertad y sus gustos — acentuó ella, burlonamente.

—Carlyle, en cambio, casó con una mujer intelectual — apuntó él sin entusiasmo.

—Ha elegido mal ejemplo — replicó ella con vi-

vacidad. — Carlyle y su mujer fueron muy desgraciados.

—De cualquier modo que sea, no es admisible que los valores semejantes no armonicen y se confundan — dijo Anacarsis un tanto herido en su amor propio. — El mismo Goethe sentó el principio de que la afinidad electiva existe en la naturaleza tanto como en los seres. Sin afinidad no hay amor, sin amor no hay vida en común que sea duradera. Pero no me vaya usted a sostener, por Dios, que hubo afinidad electiva entre Rousseau y Teresa o entre Goethe y la mucama. La prueba está en la conducta que tuvieron con ellas...

—Si no sentían amor por ellas no comprendo por qué se casaron — objetó Esther, firme en su teoría.

Anacarsis volvió a titubear. No era cómodo discutir con tan astuta interlocutora.

—Se casaron con ellas para no cambiar de mucama a cada rato... — respondió finalmente Anacarsis.

Aquella plática maduróle el propósito de defenderse, no sólo de Esther, sino de cuantas mujeres intelectuales conociera en el discurso de la vida. Esther habría sido perfecta con menos libros en la cabeza. ¿Un poco más frívola? Acaso, pero que no le mentara temas trascendentales. Hablar con una mujer hermosa del binomio de Newton o de la crítica de la razón pura es una miserable manera de perder el tiempo...

Sucediéronse los días sin sensibles variaciones. Quince, veinte, veintidós... ¡Qué largos y monótonos parecieron al cabo de ellos!

Los pasajeros sufren ahora la monotonía de la navegación. Nada les distrae, ni la maledicencia... Se han cansado de hablar, de bailar, de cantar, de caminar, de acostarse y levantarse a las mismas horas. Se han fatigado de todo, hasta de verse cotidianamente.

Anacarsis se ha preguntado innúmeras veces: ¿qué humanidad es ésta? Los hombres se buscan para comunicarse esperanzas en el mar. Desesperan por contarse los pormenores de sus vidas. Mas no bien se adentran en la intimidad, ya no pueden tolerarse.

A medida que la nave se avecina al puerto postrero, la urgencia de sincerarse, amengua. Anacarsis es por demás ingenuo. ¿Qué se puede ser a los veinte años sino un dorado incauto?

Con el barco que llega a su destino va acercándose Anacarsis a la vida múltiple que le aguarda. El también es un barco. Navegará en las más opuestas direcciones. La tempestad le hará andar, por veces, sin gobierno. Y acaso naufrague en la noche negra bajo un cielo sin estrellas...

II

CUANDO el rápido de Cherburgo iba aproximándose a París, Anacarsis sintió que el corazón se le llenaba de gozo. Pocas veces en la vida, acaso nunca, habíale embargado una emoción semejante. Era la realización de un sueño, de la más bella de las esperanzas. En el mismo compartimiento viajaban con él algunos pasajeros del «Tommy Sanders», los Ramírez, los Sifuentes, Alicia Fontanet. Como de costumbre, hablaba cada cual de asuntos menudos. La Fontanet pregonaba sus ganancias en el juego, las cuales habíanle permitido sacar gratis el camarote de lujo. Los demás puntualizaban las propinas distribuídas entre los «mozos» o hacían referencias sobre los hoteles en que se aposentarían una vez llegados.

—Nosotros vamos al Astoria... Nos gusta tener a la vista el Arco de la Estrella — decía Adrián Ramírez.

—No es malo, pero nosotros paramos en el Majestic — contestaba el señor Sifuentes.

Un tanto silenciosa estaba Esther y si despegaba los labios era para decir cosas sin importancia.

Alicia Fontanet, cansada ya de las cinco horas de ferrocarril, empezó a bostezar como pudiera hacerlo una mujer ordinaria.

—¡Qué horror! este viaje no acaba nunca — decía Alicia entre bostezo y bostezo.

—Ya se ve la torre Eiffel — dijo Pancho Sierra.

Anacarsis se levantó para asomar la cabeza por la ventanilla.

Era una tarde de comienzos de abril. El cielo borroso y el sol, entre amarillento y cárdeno, denunciaban las postreras intemperancias invernales. Florido estaba el campo, a la manera de un jardín verde azulado.

Anacarsis puso el alma en la mirada hasta columbrar en la lejanía una ciudad de radio inmenso.

—¿Ves la torre — insistía Pancho — allá, a la derecha, y atrás de la torre, la gran rueda?...

Un tanto esfumada, Anacarsis divisó la torre. A poco presentósele nítidamente con los detalles más característicos, desde la bandera tricolor que en lo alto flamea minúscula, hasta el basamento. ¡Habíala visto tantas veces desde su niñez en los álbumes de postales! Hay cosas, es verdad, que son familiares aunque nunca se haya tenido su realidad material ante los ojos. Las torres sobre todo. Ciudad que no

tiene torres no la recuerda el peregrino ni se graba en la retina del que sólo se acompaña con el capricho de la propia fantasía. ¿Por qué?

No sólo se ha edificado la torre para atisbar en la lejanía y aprestarse a contener la embestida enemiga. La ciudad se desposa con la torre. Se espiritualiza y corporiza en ella, de suerte que el intento de separarlas equivaldría a borrarlas de la mente humana, o lo que es lo mismo, a destruirlas. ¿Qué sería de Venecia sin el campanario de San Marcos y qué de Pisa sin su torre inclinada? ¡Cuánto señorío perdería la dulce Florencia sin la torre del Castillo Viejo! En España, ¿puede concebirse la existencia de Sevilla sin la Giralda y de Toledo sin las torres del Alcázar? No, una ciudad sin torres vale tanto como un hombre sin personalidad... El París legendario a cuyo seno acudían de los cuatro puntos del planeta, a estudiar ciencias, artes, letras, pudo simbolizar su existencia en la delicada torre gótica de Saint Jacques. Sólo después de convertirse en agitada cosmópolis, en Meca de la ola epicúrea, mudó de torre — valga decir que mudó de alma — adoptando el armazón de hierro del ingeniero Eiffel...

Con estruendo atravesó el tren por un puente. Anacarsis vió una avenida de ondulante multitud en las aceras y de tráfico abigarrado en la calle. Cambió en seguida el espectáculo. A ambos lados de la vía férrea veíase la parte trasera de los edificios: cocinas ennegrecidas, cuartos de baño, cuerdas de ropa tendida en las ventanas.

Moderó el tren la marcha y penetró en un largo túnel oscuro.

—Prepará tus bultos, che, tenelos a mano — díjole Pancho a su amigo.

Anacarsis obedeció prontamente, mientras el convoy, sin el menor ruido de silbato, hacía su entrada en la estación de San Lázaro. Abriéronse simultáneamente las portezuelas. Antes de parar descendieron los más arriesgados.

Como anonadado sintióse Anacarsis. A partir de aquel instante, era tal la rigidez de sus músculos que los menores actos parecía realizarlos en plena semiconciencia. Hizo un esfuerzo para recobrar el dominio de la voluntad abolida y marchó a la par de los demás sin preguntarles a dónde iban...

En la aduana, ante la urgencia de reunir el equipaje para que lo revisaran, logró la reacción deseada. Iba de aquí para allá, seguido de un peón, buscando los baúles que le faltaban.

Los pasajeros del «Tommy Sanders» andaban en el mismo trance. Las hijas de Adrián Ramírez, según la costumbre en ellas inveterada, discutían en alta voz con la madre.

—Te digo que traíamos diez sombrereras — decía Delia.

—Y yo te digo que traíamos ocho — contestaba doña Clara.

Adrián Ramírez, que había alineado ya sus baúles, como oyera la disputa dijo amenazante:

—Pueden seguir nomás, pero conmigo no harán otro viaje a Europa, se los aseguro...

Cuando Anacarsis, libre de las exigencias aduaneras, se disponía a salir de la estación, enfrentó con doña Petronila Borges a la que encontrara en un estado de aflicción desesperante.

—Fíjese usted lo que me pasa — confesó compungida doña Petronila. — Creía yo que mis hijas hablaban el francés como que durante varios años han tenido profesora...

—A nosotras nos han enseñado así — dijo Domitila avergonzada.

—Pero eso no es francés ni cosa que se le parezca — respondió la madre. — Los empleados de la aduana no entienden nada de lo que ellas dicen y echan a reir no bien las oyen...

Doña Petronila suplicóle a Anacarsis las sacara del apuro en que se hallaban al no poder despachar el equipaje. Resignóse él e hizo lo más elemental: reunir primero los baúles de la familia Borges y hacerlos abrir después.

Entretanto, doña Petronila le seguía, diciéndole en voz baja cosas triviales. Con el marido en vida, con el hijo varón que no pudo tener o si las chicas hubieran logrado hablar el francés de Francia, no le pasarían, de seguro, esas contrariedades. Por lo demás, Pancho Sierra, tan solícito y que tanto bailara con Domitila en el buque, cuando debía ser gentil con ellas las plantaba sin despedirse.

—Y sin dejarnos las señas... — observó Domitila resentida.

Las de Borges fueron las últimas en salir por la puerta de la estación que da a la calle Amsterdam. Anacarsis las dejó en un automóvil, no sin antes repetirles, a instancias de doña Petronila, que pronto iría a visitarlas al hotel.

—Hotel Friedland... en la avenida Friendland — dijo Lucrecia.

No serían más de las cuatro de la tarde.

La atmósfera era suave, promisora de los inminentes días primaverales. El sol teñía de rojo las buhardillas de los edificios.

Anacarsis prefirió subir a un coche descubierto con su equipaje liviano.

—Vamos al Grand Hotel — indicóle al auriga.

El vehículo se puso en marcha al paso lento del único jamelgo que tiraba de él.

—Ahora ya no cabe dudar, «estoy en París» — se dijo embebido. Y todo lo miraba, la multitud, el tráfico de carruajes y de ómnibus que dificultaban el movimiento en la calle estrecha. «No es un sueño, he llegado a la «Ciudad Luz» — repitióse, sin quererlo, el socorrido lugar común. Nada escapaba a sus retinas ávidas. Leía los letreros de los comercios: «Café Biard», «Tabac», «Hotel de l'Arrivé», «Coiffeur», «Au bonnheur des dames», «Restaurant Duval». Se interesaba por los letreros de los ómnibus: «Clichy», Opera», «Montparnasse», «Jardin des Plantes», «Champ de Mars».

Anacarsis sintióse inundado de contento cuando el coche atravesó la plaza del Havre. Entonces, en la exultación de su gozo, cuanto veía, aún lo positivamente feo, le agradaba. Todo lo enaltecía él con la pureza de su juvenil alegría. Luego, más entrado en años, sabría que sólo se ve lo que se mira y sólo se mira lo que está en el espíritu. París estaba en su espíritu. Disponía, además, del más preciado elemento psíquico: de la ilusión.

París, sin embargo, no defraudaría los sueños dulcemente forjados a través de los libros. Anacarsis reconocióse feliz, inmensamente feliz. Iba solo, aunque experimentaba la sensación de una compañía grata. Un cortejo de sombras le abría y cerraba el camino. Un cortejo de sombras de autores dilectos y de amadas ficciones...

II

Anacarsis no quiso comprometerse con nadie para salir la primera noche. Además de sentirse físicamente agotado, deseaba quedarse a solas con su emoción. ¡La soledad! Desde que abandonara el nativo solar, iba gustando los ignorados placeres que el hombre encuentra cuando sabe ecompañarse de sí mismo. Lope lo expresara de manera justa en su romance. Sin asomo de prematura desventura, Anacarsis sabía acompañarse con los pensamientos y fantasías de su edad florida. Dorada soledad la suya porque lograba poblarla de imágenes bellas.

A diferencia de los que piensan cuando hablan, escriben o caminan — para Nietzsche sólo en la marcha se conciben pensamientos elevados — la facultad de cerebrar aguzábasele entre cuatro muros, echado de espalda, con las manos entrecruzadas bajo la nuca y errante la mirada en el ámbito.

La curiosidad, sin embargo, pudo más que la fatiga. Concluída la cena, a las ocho y media, aguijoneóle el deseo de salir. Había soñado demasiado para inferirle a París el agravio de acostarse la primera noche a hora temprana. Sin alejarse mucho del hotel, daría una vuelta hasta las diez.

Anacarsis salió por la puerta de la calle Scribe y echó a andar en dirección a la calle Auber. Encontróse a poco en la plaza de la Opera entre el ondular de una multitud que iba y venía del bulevar. Propúsose mirar el templo lírico, observar el conjunto arquitectónico, la disposición de las lámparas encendidas, el detalle de los balcones y columnas, pero la multitud le atrajo y se perdió con ella. Caminaba entonces con más lentitud. Se detenía en las vidrieras llamativas de los comercios, en los quioscos de periódicos o ante los escaparates de las librerías todavía abiertas.

¡Qué extraño parecióle aquel incesante desfile de hombres y mujeres por una sola acera, desde la Opera hasta la Puerta San Martín! En la terraza de los cafés otro público abigarrado contemplaba a los que pasaban o se complacía con el cinematógrafo que las agencias avisadoras hacían funcionar en la parte

más alta de los edificios. Veíanse las más extrañas fisonomías. ¿Qué idioma hablaba esa multitud? Qué idiomas, mejor, pues oíanse todos los acentos del mundo. Era una Babel de pueblos que no renunciaban, algunos, a sus prendas características: ni el turco a su fez, ni el chino a su trenza, ni el árabe a su blanca y pesada vestimenta. Las hijas de la noche deslizábanse por entre los grupos como aves de presa. Anacarsis presenció estupefacto aquel alucinante ir y venir. Las había escuálidas, quebrantadas por el hambre y la enfermedad, de ojos cavernosos y mirar sombrío, contrastando con las obesas, de carnes flácidas y deformes líneas. Acentuaba la pintura los rasgos fisonómicos, irritados los ojos, duras las pestañas, encendidas y abultadas las mejillas, de fuego las bocas, los labios gruesos, caídos...

Mucho distaba esa visión de cuanto concibiera el buen Anacarsis. Había idealizado otra ciudad, con un tipo de mujer incomparable por su bondad y desinterés. La mujer ensoñada llamábase Ninón, Manón, Sucy, Suzette; graciosa sin ser precisamente bella, bien que la belleza fulge más cuando espiritual que cuando física. ¡Ah! sí, paciente y amorosamente la buscaría él en los parques y jardines, o en los bailes de estudiantes del Barrio Latino.

¿Sería rubia o morena? De poca monta es el color del cabello para un enamorado del amor. Sería encantadora y tanto él como ella enamoraríanse perdidamente. Buena, amante, habilidosa, cuidaría de la casa, en la que no falatrían flores frescas todas

las mañanas. Juntos irían a los museos y a la campaña a gustar de los perfumados días primaverales... ¡Cuántas cosas más tejía la férvida fantasía!

Armóse de valor y renacióle el optimismo. ¿Acaso puede apreciarse una ciudad en las pocas horas que llevaba él desde el momento de la llegada? Quien juzgara de París sin otro elemento de juicio que el bulevar, en grave error incurriera. El bulevar es una nota, un matiz, una página...

III

La satisfacción acentuóse al día siguiente. Anacarsis se levantó temprano. A las nueve y media ya estaba en la calle. Y era serena la mañana, como las que en abril abundan. Azul el cielo, dorado el sol, verdes las arboledas, amable la sombra que proyectaban sobre las aceras.

En llegado a la avenida de la Opera no pudo resistir al deseo de recorrerla hasta finar. Todo le aguzaba los sentidos en aquel instante, el más feliz e inocente de su vida. Supo admirar la armonía que emana del estilo uniforme de los edificios, y la nobleza de las líneas y ángulos rectos. Nada choca ni desentona en esa simetría de buen gusto. Mirando a diestra y siniestra, y deteniéndose por modo especial en las librerías, llegó Anacarsis al Teatro Francés. Cuando se disponía a cruzar la calle, frente a la estatua de Alfredo de Musset, vió una chicuela de humilde aspecto que en él fijaba los ojos.

—¿Será Manón, Ninón, Suzón? — preguntóse candorosamente, como si creyera en las apariciones. ¿Por qué no? El amor sale al encuentro, de improviso se presenta, y como el rayo hiere.

Anacarsis fué a pararse cerca de ella. No es fea, pensó; es tierna como un brote recién crecido. ¡Pero cuán pobremente vestida estaba! Mejor. Era un buen indicio. En la pobreza se escuda la virtud más que en la lujosa ostentación. Anacarsis confesóse poco ambicioso. Una chicuela como esa bastábale para su felicidad.

La imaginación obró milagros. Sin dirigirle la palabra, comenzó a representarse la vida de la desconocida. En punto a pureza de costumbres no cabía la menor duda. Grande debía de ser la fortaleza de ánimo de quien sabiéndose bonita se mostraba con vestidos tan usados. Suponía él de qué manera la acecharían los hombres, especialmente los viejos libertinos. Recibiría, de fijo, cartas con seductoras proposiciones y hasta obsequios que ella, zahareña, se apresuraba a devolver. Ya le parecía verla, en una casa oscura y húmeda, sin comer las más veces, a causa del escaso jornal cotidiano. Y sin embargo, eso era lo único para atender a los padres desvalidos. Con un semblante como el suyo y unos ojos de amorosa ternura, purísima tendría que ser el alma que alentara en aquel frágil cuerpecito...

Un estridente autobús que vino a detenerse en la esquina, hizo finar las ensoñaciones de Anacarsis. La heroína de su novela descendió de la calzada pa-

ra incorporarse a un grupo de hombres y mujeres que en la parte trasera del vehículo ofrecían al guarda un número de orden.

—¡Muestren los números! — gritó ásperamente el guarda. Quinientos uno, quienientos dos, tres, cuatro...

Como Anacarsis, por ignorancia, no tuviera número, debió aguardar a que subieran los demás.

—Cuatro asientos en primera solamente — dijo el guarda con imperio.

Eso bastó para que muchos se retiraran a esperar el próximo coche, coyuntura que Anacarsis aprovechó para trepar y sentarse.

¿A dónde iba ese vehículo? No lo sabía Anacarsis ni se inquietaba por tan nimio detalle. El iría en seguimiento de ella hasta el fin del mundo.

El autobús en marcha distaba de ser cómodo. La trepidación hacía sonar los vidrios y crujir las maderas. Los pasajeros se estremecían de continuo. Pero ¿qué importaba eso? El amor tiene dulzuras inefables. Anacarsis no reparó en molestias ni pudo apreciar, al tiempo de atravesarla, las bellezas de la explanada del Louvre. Apenas vió la estatua de Gambetta y el arco del Carroussel, la majestad del edificio y la belleza de los jardines que se extienden hasta las Tullerías... Ya volvería a los mismos lugares con más propicio estado de ánimo y en dulce compañía. Ahora tratábase de otra cosa, de la primera salida y de la primera conquista...

—¿Volverá después al punto de partida? — pen-

só mientras cruzaban el Sena por el puente de Saints Péres.

Desbordó entonces su férvido romanticismo. La visión del Sena, venerable, le humedeció los ojos. ¿Por qué habríale llamado Verlaine río sombrío si de él y de sus márgenes emanaba la dicha de vivir? Desde luego la dicha de vivir en todas partes florece para un corazón de veinte años. El alma de Anacarsis vibraba como el cordaje de un instrumento armonioso. El sol enaltecía las perspectivas. Las arboledas cubrían de sombra los muelles sobres los cuales se alineaban las cajas de libros viejos. Y bajo el cielo azulado y sereno se destacaban, aquí la cupula del palacio Mazarino y las torres de la fatídica Conserjería, acullá, severas y pensativas, las torres truncas de Nuestra Señora. Experimentó en aquel instante la emoción que París produce en quienes han de sufrir por su causa como a las veces se sufre por una mujer hechicera a la que nunca se maldice demasiado...

IV

En las galerías del Odeón, de cara al Jardín del Luxemburgo, detúvose el estridente vehículo. Presta descendió Mimí — de algún modo tenía que apodarla el soñador — y tras ella fuése él, sacando valor de su habitual flaqueza de ánimo.

¿De qué suerte justificaría Anacarsis su apocamiento siendo tan suave el sol mañanero? Del jardín

vecino, de la perfumada sombra de las arboledas, de la sonorosa fontana Medicis, de cuanto le circundaba salían incitaciones sentimentales. Parecióle que todo despertaba y se embellecía de continuo. Rebozó en el pecho un gozo inexpresable y la sangre empezó a correrle por las venas como un río de fuego... ¿Qué era eso sino el amor de la vida, la dicha de vivir? Comprendió a la sazón la hondura de un verso afamado: «Juventud, divino tesoro»... Sí, eso mismo, y su alegría infinita explicábasela al darse cuenta de que él poseía tan preciado tesoro...

La desconocida, mucho antes de bajar del autobús, advirtió que Anacarsis era forastero y que había puesto en ella su atención. ¿En qué advirtió que Anacarsis era forastero? La pregunta es innocua. ¿En qué? En todo.—Distaba mucho la faz de Anacarsis de los rasgos galos; y la prestancia, las maneras, el indumento, lo denunciaban antes de que abriera la boca para pronunciar palabra.

Iba ella mirando de soslayo y sentía, cada vez más próximos, los pasos de su perseguidor.

—¿De qué país será? — Preguntóse, encendida ya por la curiosidad.

—Es joven... y rico.

Deducía el estado de fortuna tan sólo por la apariencia. Un hombre pobre mal podía trajearse de elegante manera; ni llevar esa perla en la corbata, ni lucir esa cadena de reloj y mucho menos el ani-

llo de la mano derecha. Todo pudo verlo, con una rápida mirada, la pobrecita...

Anacarsis púsose a la par y con un aplomo desconocido en él dijo dos o más cosas triviales.

Sonrió ella, no tanto por lo que se le decía como por el extraño acento que revelaba el francés de Anacarsis. Mas guardóse bien de contestar. Insistió él. Preguntóla infinidad de cosas: si iba a casa de sus padres o si tornaría a salir. Ante los desmedidos interrogantes, hizo ella un gesto como de abrumador fastidio.

—Laissez - moi tranquille je vous prie — dijo ella ruborosa y queda.

¡La impresión que produjo el metal de aquella voz en los oídos de Anacarsis! Cuanto conjeturara de su Mimí acababa de comprobarlo con esa negativa. ¡Buena, llana, púdica! ¡Qué diferencia con las que se adelantan y toman la iniciativa!

Apresuró el paso la muchacha y después de correr breve trecho entró, sin darse vuelta, en una casa de amplio portal.

La desaparición de Mimí no supo atemperar el entusiasmo de Anacarsis. Antes al contrario, tonificólo más aún. La fuga de la hembra ante la persecución del macho, es voz sagrada de la Naturaleza, es la Naturaleza misma. Defiende ella, sin saberlo, el tesoro que posee, tesoro ideal que jamás se recupera cuando se pierde. — como la belleza, como el amor, como la vida—mientras se afana él por alcanzar, a fuerza de todo, lo que se le niega...

Anacarsis apostóse, a la guisa de un colegial, frente a la casa. ¿Saldría pronto o no volvería a salir en el resto del día? Miraba con ansiedad. El edificio era un añoso caserón de cinco pisos al que le servía de entrada un largo y obscuro zaguán.

¿Sería esa la casa de Mimí? Las personas que de continuo franqueaban el portal no tenían aspecto de trabajadoras. Notó primero la entrada de un cobrador de Banco — detalle, pequeño — y en seguida la de un coronel. Salieron después un cura y una criada — el cura clásico, obeso y coloradote; magra, vejarrona y haraposa la criada.

A cada minuto sacaba el reloj. Eran las diez y treinta, las diez y cuarenta, las diez y cuarenta y cinco. ¡Qué lástima! ¿Marcharíase, acaso, sin verla aquella mañana? ¿Y si la casa tuviera una puerta hacia otra calle por donde Mimí pudiera burlarse de su vigilancia? Sin embargo, cuando más desesperaba, repentinamente lograba calmarse. Si había aguardado lo más, aguardaría lo menos. ¿Qué hacer? Buscó toda suerte de dilaciones. Contaría el pasaje de diez automóviles y después se marcharía. La calle, hasta entonces tranquila, como por encanto llenóse de vehículos y en un par de minutos desfilaron los diez convenidos... Propúsose contar hasta cien. Y así lo hizo, como en los buenos tiempos infantiles. Mas todo fué en vano. La esquiva Mimí no apareció, ni asomóse siquiera. Anacarsis, al cabo de dos horas largas, tuvo que abandonar el campo

de observación. Como nunca habíanle traspirado las manos. Sintióse agotado por la tensión nerviosa...

V

El mismo día, entre seis y siete de la tarde, Anacarsis apostóse frente a la casa misteriosa. ¿Tendría más suerte que por la mañana? Empezaron, de nuevo, las febriles conjeturas. ¿Vivía o trabajaba allí? Pero en uno u otro caso, ¿no habría salido ella mientras él se hallaba ausente?

De pronto latióle el corazón desordenadamente. Era Mimí la que estaba en el portal. Miráronse ambos, sorprendida ella de verle, aunque sin ocultar esta vez un mohín de satisfacción.

Anacarsis apeló a su audacia—mediocre en extremo—para ser lo más expresivo posible mientras caminaban rumbo a las galerías del Odeón. Limitóse ella a reir nerviosamente y por veces con algún descaro.

Como ya les faltara breve trecho para llegar a la estación del ómnibus, sin dominar el estado de ánimo hilarante que la poseía, formuló ella la pregunta que le ardía en los labios:

—¿De qué país es usted?

Comprendió él. En lo sucesivo, adonde fuera, haríanle sentir su forastera condición. En el hotel, no bien llegado, oyó la pregunta: ¿de qué país es usted? Lo propio en la casa de comercio, en el «res-

taurant», en la librería: ¿de qué país es usted? Y no escaparía a ello ni en el trance sentimental.

Mortificado, contestó:

—De la República de Trapalanda...

La muchacha rió entonces de buen grado.

—¡Qué nombre tan gracioso!—dijo ella al tiempo de subir al ómnibus.

Magüer la burla, complacióle a Anacarsis que la conversación no decayera más.

—Es burlona, pero tiene cara de buena—pensó él, perdonándola y sentándose en la misma banqueta.

—¿A dónde va usted?—inquirió Anacarsis.

—Muy lejos de aquí, a Saint Ouen.

—Yo también voy.

—Usted no hará eso.

—¿Por qué?

—Usted se bajará en La Fourche... No deseo que le vean en mi barrio—contestó ella con imperio.

Anacarsis pagó los boletos. En el discurso del viaje tuvo una pequeña disilusión, pues Mimí dijo llamarse Juana. En español, Juana, es nombre poco propicio para enamorar. Pero con todo, en francés, parecíale más suave. Jeanne o Jeannette no quedaba mal, bien que sin el valor expresivo y simbólico de Manón, Ninón o Mimí... ¿Y si Jeannette cambiara de nombre? Arriesgó tímidamente la proposición.

Juana le miró sin sorpresa.

—¿Juana o Mimí?... me es igual, como usted quiera.

Cuando el ómnibus, al paso lento de sus pesados caballos atravesaba el puente de Saints Péres, Juana conocía ya, en todos sus pormenores, la vida verídica de Anacarsis. Inició ella, de seguida, el relato de una vida lúgubre, mas aunque novelesca halló un eco de simpatía en el corazón de Anacarsis.

Habló Juana de sus padres, de una hermana, de cierto amigo que solía frecuentar la casa. Los progenitores—tal como lo presintiera Anacarsis—vegetaban en la indigencia y en la enfermedad. La hermana salió un día y no volvió más; lo propio hizo el amigo... Ella, según se presume, había quedado sola, con la obligación imperiosa de subvenir a las necesidades de la casa... A esta altura del relato, inundáronsele los ojos de lágrimas y en un minúsculo pañuelo ahogó un sollozo...

Anacarsis conmovióse hasta lo más íntimo. «Ya presentía yo tu bondad y tu desgracia»—se dijo, mientras, impulsado por la piedad, le cogía una mano afectuosamente. Pero tuvo ella un movimiento brusco y retiró la mano... «Tan pulcra, tan pura es»... pensó Anacarsis enternecido y satisfecho.

Juana no pudo terminar su historia. Habían llegado a La Fourche y exigía que el acompañante la dejara en ese punto.

—No quiero que me vean en el barrio con usted. Nunca me han visto con un hombre—díjole ella casi al oído y suplicante.

Anacarsis se inclinó.

—Pero nos veremos mañana, ¿verdad?

—Sí, mañana.

—¿En dónde?

—En el Teatro Francés, como hoy, a las diez—contestó ella.

Al día siguiente encontráronse en el punto convenido.

—Ya estoy libre—le dijo ella, jubilosa, al estrecharle la mano.—He trabajado dos horas en una casa de la rue Richelieu.

Anacarsis invitóla a un paseo en automóvil por el bosque de Bolonia, que aun no conocía. Juana aceptó.

—Pero a las doce me dejará usted en La Fourche.

—¿Por qué?

—Es la hora de volver a casa...

—Almorzaremos juntos.

—¡Ah!, no, es un imposible.

—No hay imposibles cuando sobra la voluntad—dijo Anacarsis.

Juana bajó los ojos y confesó la causa de la negativa: tenía que cocinar para sus padres...

Anacarsis dejó oir exclamaciones de ternura. Esos eran los detalles que más le conmovían. Su Mimí presentábasele como un dechado de virtudes. El relato de las privaciones del hogar miserable, las tor-

turas de la infeliz cuando por motivos ajenos a la propia voluntad quedaba sin trabajo, hacían vibrar la piedad del buen chico. Tenía Juana diez y seis años. ¿No era un crimen dejarla en semejante abandono en una ciudad de vicio como París?

En el paseo que realizaran aquella mañana por el bosque y en días sucesivos, fué estrechándose la intimidad de ambos. Gracias a Juana, Anacarsis conoció París y los aledaños, bien que a vuelo de pájaro. Visitaron el Louvre y el Luxemburgo, el museo Cluny, el Panteón, los Gobelinos. Hablaba ella, en todas partes, con una locuacidad de «cicerone», por veces fría, automática, aunque demostraba, por lo menos, el conocimiento de los lugares y la lectura de las guías apropiadas, lo cual no es poco en un gorrión de Lutetia.

Anacarsis, transportado de felicidad, díjole otro día:

—Me mudaré del hotel y viviremos en un departamento.

A Juana se le encendieron las mejillas como a la más pulcra de las doncellas.

VI

Recién al finalizar la primera semana de estada en París, Pancho Sierra pudo verse con Anacarsis. De manera afectuosa recriminóle su proceder. Hasta dos y tres veces por día pasaba a buscarle e invariablemente recibía la misma respuesta:

—El señor ha salido...

—No ha almorzado en el hotel...

—El señor no ha vuelto esta noche...

—Pero en dónde te has metido, ¿quieres decirme? —inquiría Pancho.

—He estado en todas partes sin meterme en ninguna cueva—respondió Anacarsis.

—¡Infeliz! con eso quieres decir que no has ido todavía a los «cabarets» de Montmartre. ¿A qué has venido, entonces, a París?

—He ido al Louvre y al Museo del Luxemburgo —dijo Anacarsis con alguna timidez como para justificar el empleo del tiempo...

—La tienda del Louvre vale más que todo eso— interrumpió Pancho.—Es un museo de esculturas humanas a las cuales es dable sacar de las vitrinas...

—¡Hereje!—balbuceó Anacarsis.

—¡Cómo! ¿Entre una vendedora del Louvre y «el abrazo imposible» de la Venus de Milo prefieres...

—Calla, salvaje, sobre ciertas cosas no deben hablar los profanos, es como entrar en la iglesia con el sombrero puesto...

Pancho, según su costumbre, echó a reir.

—Está bien, pero en el camino me contarás las aventuras de tu semana... Salgamos, son las doce y los muchachos almuerzan a las doce y media.

Una vez afuera, en pleno bulevar de los Capuchinos, los dos amigos siguieron en dirección a la iglesia de la Magdalena en cuyo frente deberían tomar

el autobús de Montparnasse. Confesábase Pancho partidario de tales vehículos como asimismo del Metropolitano. Una ciudad, en su opinión, no es dable conocerla bien cuando se anda en automóvil todo el tiempo. Desde el automóvil se aprecia la realidad exterior, la fisonomía fugaz, mas no el corazón, la realidad interna. Hay que caminar por las aceras, entre los apretujamientos de la multitud. Hay que ir a los parques y plazas; y en los días festivos al bosque de Bolonia a echarse sobre el césped...

—Eres muy ordinario... — le dijo Anacarsis.

—Che, yo no busco princesas... yo quiero conocer al pueblo — defendióse Pancho.

—No es el caso de buscar princesas, pero el pueblo se conoce sin necesidad de frecuentarlo. Zola, por ejemplo, escribió «Naná» sin haber sido jamás un libertino...

—¿No crees que «Naná» sería más verídica en el caso de haber vivido Zola los episodios que le relataron? — objetó Pancho.

Anacarsis le miró sonriendo desdeñosamente. No discutiría él con Pancho ni con nadie. ¿Para qué? Sólo discuten los necios...

Al atravesar la plaza de la Magdalena divisaron el autobús. Corrieron ambos para no perderle y treparon en seguida a la parte alta, preferida por Anacarsis para dominar perspectivas. Irían ahora por la calle Royal hasta la Concordia. Toda vez que pasaba por esa plaza, el espíritu de Anacarsis rebosaba de contento. La evocación histórica brindábale

magníficos espectáculos. Volaba la fantasía y gracias a ella veía desembocar de los Campos Elíseos, en tiempos de Luis XV, regios cortejos rumbo a las Tullerías. ¿Quién era esa mujer de riquísimo traje, empolvada la cabeza, esbelta de prestancia, resplandeciente de alhajas y hermosura? ¿Quién habría de ser sino la Pompadour?

Mudaba al punto de visión y se representaba, en el mismo sitio, las jornadas de la Revolución. Sentía, clarísimo, un redoble de tambores. ¿Traen a alguien? La multitud, haraposa, corre por las aceras. Hombres y mujeres escuálidas se apretujan en torno al suplicio para apreciar de qué suerte hiere la hoja de la guillotina. La cabeza que va a rodar ¿será la de la reina o la del rey? Aumenta el redoble de los tambores. Ya se acercan. Ya llegan. Brillan al sol las espadas. ¿A quién han traído? Al rey, Entonces un prolongado grito jubiloso escapa de todos los pechos: ¡Libertad, Igualdad, Fraternidad! Los tambores redoblan de nuevo. Ha caído ya la cabeza del monarca. Y la multitud vocea una vez más los postulados de la trilogía republicana: ¡Libertad, Igualdad, Fraternidad!

Andaba el autobús por el bulevar de Saint-Germain cuando Pancho Sierra interrumpió la evocación de Anacarsis.

—En ese piso bajo vive Alicia Fontanet... Sabrás que ahí se juega todas las noches hasta las cuatro de la madrugada. Los hombres, para no incomodar al conserje, entran y salen por la venta-

na... Vendremos una de estas noches, quedas invitado...

—Gracias, no pondré yo los pies en la casa de esa señora — contestó Anacarsis.

—Si te obstinas en seguir así, pronto te aburrirás. París es una ciudad de placeres y quien no sabe disfrutarlos, pierde el tiempo lamentablemente.

Anacarsis no contestó, o, por mejor decir, contestó mentalmente, como lo hacen los grandes reconcentrados. La primera semana de París habíale bastado para presentir que él no conocería el tedio en una ciudad de ese linaje. Era demasiado imaginativo para que no se le llenara la mente con la diaria sugestión de las cosas. Todo habla y canta, se colora y anima para el que sabe peregrinar por las amplias avenidas de la tradición de un pueblo. Los seres de su pasta espiritual morirían, de fijo, si se les condenara a vivir en la realidad que les circunda. Lo presente les deja fríos e inmutables lo porvenir. En cambio, la mirada brilla y el corazón se remoza ante la edad pasada. Un ínfimo detalle, una piedra, un portal desvencijado, las páginas amarillosas de un libro, sirven de incentivo para avivar los siglos fenecidos. Es una reconstrucción repentina, un renacimiento maravilloso...

—Hemos llegado — dijo Pancho al tiempo de entrar el autobús en la plaza de Rennes. Ahora sólo tenemos cinco minutos de marcha.

Los dos amigos se pusieron a caminar por el bulevar de Montparnasse, de más en más alegre a esa

hora. Por las aceras transitaban tipos de estudiado indumento. Melenudos y barbilampiños, sin sombrero y con sandalias. De no hablar inglés, el aire forastero les denunciaría a simple vista: americanos del Norte.

Notábanse asimismo las mujeres de idéntica nacionalidad, y rusas, y holandesas, bellas algunas, aunque masculinas de maneras, signo inequívoco de libertad femenina.

Anacarsis apreció la nueva faz que se le presentaba; y sin quererlo estableció el contraste entre los dos cosmopolitismos, el de los grandes bulevares y el del barrio artístico y bohemio.

—Aquí se trabaja, se sueña, se vive feliz — pensó.

Era lo que tanto había deseado él. En la vecindad del Luxemburgo y del Barrio Latino, en un ambiente de arte, de estudio y de alegría, alimentaríase de continuo su esperanza. Mas ¿era acaso pintor, escultor u hombre de letras para instalarse entre esas gentes? Dióle un grito la conciencia: «tú eres un vago que busca pretextos para no trabajar». No, en contacto con los demás, para no sentirse disminuído, él se afanaría por hacer algo útil. Como todo recién llegado tenía que adaptarse a la ciudad. Para no sentirse extranjero en la fría pieza del hotel, buscaría una casa, un pequeño departamento que sabría amueblar con amor. Compraría libros, cuadros, «bibelots», cortinas y alfombras que matizaran la luz y atenuaran los ruidos. Y después ven-

dría la buena de Mimí, porque un hombre sin mujer no es completo, es la mitad de un hombre...

—Aquí es — dijo Pancho Sierra con naturalidad.

Anacarsis miró a su amigo como para cerciorarse de si decía la verdad. El «restaurant» era una fonda de cocheros que ostentaba, en grandes caracteres, el siguiente letrero: «Au rendez-vous des cochers».

—¿Y aquí comen los artistas? — interrogó Anacarsis sin ocultar su estupor.

—No te asustes, entremos...

VII

En la parte delantera del «restaurant», sobre mesas de mármol, almorzaba buen número de cocheros engalerados y de «chauffeurs». El humo que despedían las pipas de tabaco negro, el olor a vino y a las frituras ordinarias hacían pesada la atmósfera y daban cuenta de los gustos y de los bolsillos de los parroquianos.

—En la vida hay que conocerlo todo, decíale Pancho a Anacarsis, mientras pasaban por la cocina.

Pancho se adelantó y asomóse a una pieza interior de la que salían animadas voces de personas que hablaban en español.

—Aquí les traigo un amigo, Anacarsis López — dijo Pancho haciendo la presentación.

En torno a una larga mesa, y en número de diez, estaban sentados los artistas. Eran sudamericanos

y españoles. A juzgar por los semblantes, no podía dudarse de la juventud de la mayor parte. Algunos, barbilampiños, no habían cumplido los veinte años. Un poco más hombres parecían los menos, con excepción de dos, visiblemente cuarentones.

Ante las palabras de Pancho callaron todos de improviso para mirarlo de arriba abajo al recién venido. Este limitóse a saludar con una sonrisa, cohibido, como solía ocurrirle cuando se hallaba entre personas que no eran de su intimidad.

Familiarizado Pancho con el ambiente y las personas, sacóle del apuro.

—Sentémonos aquí — dijo tratando de poner dos sillas en la ya apretada mesa. Ché, Subirán, movete un poco más allá.

Entretanto reanudóse la conversación con el mismo desorden de antes. ¿De qué hablaban con tamaña animación? Los temas variaban al infinito, pero tres eran los predominantes: el arte, las mujeres y las deudas.

—Vamos a comer primero y después te diré los nombres de estos personajes... Loizaga, pasame la lista...

Dicho lo cual Pancho se puso a consultar los gustos de Anacarsis.

—Aquí no se comen los platos del Café de París — observó con acento despectivo Alberto Bazail, un pintor melenudo que imitaba físicamente al Rodolfo de Mürger.

—Pero se come, que es lo principal — respondió

Montalbán al tiempo de atacar el plato que le servían.

Pancho, lista en mano, preguntábale a Anacarsis:

—¿Qué es lo que te gusta más?... Mira, te recomiendo unas tripas a la moda de Caén...

El mozo de servicio apuntó los platos elegidos, formulando luego la consabida pregunta:

—¿Y, como bebida?

—Una jarra de vino rojo.

En seguida, aprovechando el desconcierto de las conversaciones, Pancho hizo la presentación nominal de los comensales. Conocíalos íntimamente de tiempo atrás. No bien llegaba a París, lo primero que hacía era buscarles por razones especiales. En la compañía de pintores érale fácil trabar relación con las modelos reales o simuladas.

—Los argentinos están aquí en mayoría — empezó diciendo Pancho. Hay, sin embargo, un chileno, un peruano, un uruguayo, un mexicano, y a veces, como hoy, un español.

—Te guardarás bien de hablar mal de mí — le interrumpió Subirán, a quien tenía sentado a la izquierda.

—No he empezado todavía, pero ya te llegará el turno.

Mas, por esfuerzos que hiciera, Pancho no pudo hablar. Los pintores habíanse puesto a discutir sobre las diferentes escuelas de arte.

—La pintura moderna no vale la antigua y de

la clásica ninguna vale la española — opinaba Aníbal Ramos, blandamente, sin mucha energía.

—No digas disparates, hombre, los antiguos pintaban sin vida interior y sin la riqueza cromática de los modernos — replicaba Subirán.

La cita de nombres y la oposición de unas escuelas a otras, enardecieron de tal modo los ánimos, que los gritos llegaron hasta la calle. Cada cual, para defender el respectivo punto de vista, acudía a los peores dicterios. Los modernistas calificaban de cortesano vil a Velázquez, de zurdo al Greco, de caricaturista a Goya. Los clasicistas devolvían los insultos, tratando de farsante a Manet, de loco a Degas, de cínicos y mercaderes a Gauguin y Matisse. Pero el escándalo subió de punto cuando interviniera el pintor español Felipe Villagrán.

—Es ocioso discutir — dijo Villagrán — y mucho más con niños... ¿No saben ustedes que el impresionista Manet imitaba las telas de Velázquez y Goya? ¿Y el tan decantado Zuloaga no copia también a Velázquez y al Greco? Tienen mucho que aprender ustedes todavía, criaturas...

Tales palabras indignaron a Subirán. Es verdad que él había cumplido ahora sus veinte años, pero no consentiría que le trataran de ignorante y menos de criatura.

—Usted es un «raté» — vociferó Subirán aplicando un puñetazo en la mesa. Con la violencia del golpe derramóse un botellón de vino que fué a sal-

picar a varios. Rieron algunos, mientras los más maduros aconsejaban la mesura.

Villagrán era un hombre de carácter agrio y de pensamientos sombríos. Alto y cenceño, andaba ya por los cuarenta, bien que prematuramente envejecido. Negra y abundosa la cabellera, magra la faz poblada de barba entrecana, duros y pequeños los ojos, afiladas las palabras. De su persona trasuntábase la amargura de vivir. Era un vencido, aunque no tenía clara conciencia de las causas que determinaban su oscuridad y miseria. Toda la culpa echábasela al destino. «Unos nacen con estrella y otros estrellados» — decía en las peores circunstancias. Con su rudimentaria cultura érale difícil comprender que el triunfo acompaña a los más aptos y audaces. Creía él que todo era obra del azar; que sus fracasos debíanse, no a su falta de talento, sino al frío egoísmo de los demás. Veinte años llevaba ya en París, de lucha continua, de sufrir incesante, sin que el éxito le favoreciera una sola vez. Cuando no le cerraban las puertas de los «salones», transcurrían penosas temporadas sin coger los pinceles por carencia de medios para comprar colores y retribuir modelos. ¿Qué sería de él? La realidad, por veces, hacíale columbrar el porvenir que le aguardaba. Concluirían las penurias por agobiarle y vencerle. Cuando menos lo pensaran sus amigos encontraríanle yerto de hambre o de frío y le arrojarían al osario como a un perro muerto... En cambio, los otros, los elegidos, dábanse una vida re-

galada; vivían en casas suntuosas, bebían, comían todos los días, gastaban el dinero con las peores cortesanas... El alma de Villagrán encendíase de odio con tales reflexiones. El dinero que malgastaban los demás le parecía que se lo quitaban a él... ¡Si el derroche de los ricos llegara hasta los pobres — pensaba otras veces — la Humanidad sería feliz!

El almuerzo terminó con ese escándalo.

—Como de costumbre — opinó jovialmente monsieur Ravardel, el dueño del «Rendez-vous des cochers». Esta noche empezarán de nuevo...

Pancho apretó el brazo de Anacarsis y le susurró al oído:

—Este Villagrán es un envenenado, cuando viene lo echa todo a perder...

Anacarsis no abandonó el mutismo en que cayera desde su entrada en la fonda. Habíase limitado a observar silenciosamente. Una amargura repentina le nubló el optimismo que trajera. ¡Los que tienen la misión superior de embellecer la vida, llevan una existencia miserable!... — pensó.

Ya en la calle el escultor Loizaga les invitó a su taller.

—Vengan a las cuatro, les prometo algo interesante — dijo maliciosamente el escultor.

VIII

Pedro Loizaga tenía su taller de escultor en el

bulevar Raspail, en las proximidades del León de Belfort. Era joven y astuto. Se distinguía, entre todos, por el don de simpatía. Sociable en extremo, consideraba que a ninguna parte se llega sin el apoyo de los demás. El hombre más inteligente y capaz se anula en la soledad. Acaso ignorara la psicología del doctor Stokmann; pero si alguien le hubiese mentado la conducta del personaje ibseniano, habría respondido, de seguro, que el hombre más fuerte no es el que está más solo, sino el que mejor se hace acompañar.

Loizaga recién iniciaba su camino. Poseía cualidades innegables: clara inteligencia, capacidad de trabajo, pertinacia en el esfuerzo. No dudaba de que en poco tiempo lograría destacarse. Pero su concepto de la gloria distaba mucho de ser una preocupación sentimental; antes al contrario, traducíase en una ambición tan enérgica como positivista. Nada dejaba para después de la muerte... La vida es demasiado preciosa para no gozarla en su plenitud. Es un árbol cuyos frutos deben comerse en sazón. Es una mujer incitante que pasa y no torna jamás...

La primera impresión que se recogía en el taller de Loizaga era de abandono y de frío. Buena parte del espacio ocupábanlo los bocetos concluídos o por hacer y alguno que otro estudio de grandes proporciones cubierto de trapos húmedos. El piso estaba pegoteado de arcilla endurecida, que nadie barria, y en un extremo veíase la tarima con el taburete para el modelo. Altos eran los muros, tapizados

a retazos en la parte baja. En los días invernales adquiría aquello un sombrío aspecto. La luz mortecina apenas hendía los grandes cristales que miraban al cielo desolado como almas sin esperanza... Cobraban, entonces, vida extraordinaria los objetos. Animábanse, misteriosas, las figuras. Y el silencio era sólo interrumpido por el crujido de los muebles...

Acaso por la lobreguez del ambiente invitaba Loizaga a sus amigos cuando se avecinaba la hora taciturna del crepúsculo. En veces retenía a uno o más, con los cuales charlaba hasta altas horas.

Tenía el taller un rincón más íntimo, menos frío, Reducíase el moblaje a dos canapés cubiertos con mullidos almohadones, a un piano y a una lámpara de pantalla chinesca. De las paredes pendían reproducciones de cuadros afamados: la «Olimpia»,deManet; la «Madre», de Whistler; el «Verlaine», de Carriére. En un ángulo la rígida mascarilla de Beethoven...

Entre cuatro y cinco de la tarde empezaron a llegar los invitados. A falta de campanillas, golpeaban en la puerta con el puño del bastón o con el nudo de los dedos. Si se daba el caso de tener que presentar a alguien, Loizaga lo hacía burlonamente, pronunciando el nombre o poniendo motes, sin olvidar la profesión de cada uno.

Anacarsis fué presentado a los miembros conspicuos de lo que Pancho llamara la banda. Subirán y Ramos, a quienes tuviera cerca en el «restaurant», le acogieron con deferencia, haciéndole sentar al lado

del piano. Estos, a su vez, le contaron la vida y milagros de cuantos fueron entrando.

La satisfacción se traslucía en el semblante de Loizaga. Atendía a todos sin dejar de chancear.

—Siéntense en donde quieran — les decía. — En el canapé caben ocho... y aquí hay bancos y dos sillas que me ha prestado un vecino...

Las conversaciones se anudaron al punto.

—¿De quién hablaremos mal? — preguntó Pancho.

—De Montalbán, o, si ustedes prefieren, de la pulsera de escarabajos de Montalbán — apuntó Carlos Miranda, escritor mediocre y despechado.

Montalbán encogióse de hombros.

—Pueden hacerlo; me tiene sin cuidado lo que ustedes puedan pensar de mí — agregó después con despectiva sonrisa. Nunca se enaltece mejor a una persona como cuando de ella se habla mal... Empiecen... soy todo oídos...

Los amigos de Luis Montalbán no eran los más indicados para comprenderle. Poeta hasta la médula de los huesos, por aquella sazón había hecho suyos los conceptos estéticos de Oscar Wilde: «La estética sólo manipula apariencias agradables — decía con el autor de la «Balada de Reading». La estética es independiente y superior a la ética. Es menester comenzar por hacer de la propia vida una obra de arte». En eso estaba empeñado, en hacer de su vida la más preciada de las obras de arte. Especie de «dandy» baudeleriano, habíase impuesto, de manera inflexible, algunas normas de conducta que fueron,

también, las del poeta de «Las Flores del Mal». Ante todo, no hablar, ni pensar ,ni vestir como los demás. De retorno de un viaje por Oriente, Montalbán era ya un personaje exótico, especie de Des Esseintes, y, por veces, temprana reencarnación de monsieur de Phocas. Su elegancia era extravagante. Lucía un ópalo en la corbata y en la mano derecha una pulsera de escarabajos. Por donde pasaba iba dejando una estela de perfumes capaces de producir mareos... El barrio de su predilección era Montmartre pasada la media noche. Desde la plaza Blanche hasta la de Pigalle no había rincón que no conociera. Así consideraba que debía vivir un poeta de su linaje. Día tras día representaba una comedia con la cual a nadie engañaba, pero con el único riesgo seguro de engañarse a sí mismo... Había, sin embargo, una diferencia entre Montalbán y el Des Esseintes de Huysmanns: la que media entre la realidad y la fantasía. Eso era lo que no alcanzaban a comprender sus amigos. El rasgo heroico de Montalbán consistía en el empeño de darle vida a las más perversas ficciones literarias.

Subirán dió muestras de impaciencia:

—No hemos venido a hablar mal ni bien de nadie, sino a ver lo que nos prometiste—observó.

—¿Has concluído «Los Segadores»? — inquirió Ramos.

—Si tienes algún muñeco que enseñar ya estamos listos — agregó Bazail.

Loizaga limitóse a mirar la hora con cierta inquie-

tud. Mas al propio instante dieron en la puerta dos golpes menudos.

—¡Ah! bueno—exclamó mudando de fisonomía y dirigiéndose a abrir.

En el marco de la puerta apareció una mujer de baja estatura, aunque no era fácil distinguir el semblante semioculto bajo el ala de un amplio sombrero. Loizaga invitóla a entrar. Al verla, un tanto cohibida, hablóle de afectuosa manera.

—No tema nada; los que están aquí son artistas y amigos míos.

Declinaba la tarde. El taller iba llenándose de sombras. La semioscuridad propicia alentó a la desconocida, que avanzó lentamente hacia la tarima iluminada aún por un pálido reflejo de luz natural. Callaron todos. Desde el rincón, ya en tinieblas, miraban ellos con avidez creciente. ¿Quién es? ¿qué se propone hacer? — cuchicheábanse los unos a los otros. Pensaron los pintores en una modelo; pero Montalbán, gracias a su férvido ingenio, admitió la posibilidad de una bailarina que danzara, como Salomé, entre dos luces... ¿Por qué no?

En la tarima detúvose la mujer, indecisa. Pero Loizaga, que no le perdía el menor movimiento, le habló con el mismo tono cordial:

—Ya puede empezar... no tema nada.

Entonces, sin dar el frente, comenzó ella por quitarse el sombrero, que arrojó al suelo como algo que careciera de valor .La cabeza, diminuta, y la cabellera negra, lacia y recortada en la nuca, acen-

tuaban la impresión infantil que causara en un principio. Después, con una perezosa lentitud de movimientos y con las manos puestas en la espalda, fué desprendiendo uno a uno los botones de la bata y del corpiño. Libróse luego de ambas prendas y quedó el cuerpo desnudo hasta la cintura. Los más materialistas de entre los espectadores sufrieron una desilusión. Parecióles que los brazos eran demasiado largos para una espalda corta y estrecha como esa. Habrían deseado contemplar otra cosa, por ejemplo, una holandesa de vida exuberante, de carnes rosadas y blandas como las «Tres Gracias» de Rubens.

Loizaga, que deseaba satisfacer la avidez de sus amigos y para quien todo cuerpo humano es bello cuando se le mira con ojos de artista, dirigiéndose a la modelo le dijo:

—Continúe... continúe... no basta eso...

No obedeció ella al punto, lo cual hizo despertar en Anacarsis un sentimiento de piedad. ¿Cómo interpretar aquella irresolución, aquella lentitud, aquella timidez manifiesta, sino como la ruda lucha que la infeliz sostenía con su conciencia y los últimos restos de pudor? Honrado debía de ser el corazón de quien sufría ante la menor vislumbre de ajeno dolor. Según su ingénita predisposición, representóse la presunta vida de la modelo. ¡Qué miserias y traiciones no habría sufrido para llegar a la penosa situación de ganarse la vida con la desnudez de su cuerpo! Quién sabe si, a pesar de todo, no se

conservaba pura de alma. Por extraña analogía terminó pensando en el coprófago escarabajo de oro...

A esta altura de las reflexiones de Anacarsis, subió ella a la tarima y con el mismo desgano anterior reanudó la tarea. Al desprenderse la falda, la ropa fué cayendo hasta formar un ruedo en los pies. Pudo apreciarse entonces lo que ganaba con la desnudez completa. Distaba mucho de ser un desnudo primoroso como los que pintara Ingres o Henner. Pero ni parecieron ya largos los brazos ni enjuta la espalda. Correspondía todo a una discreta proporción de formas y de líneas juveniles que no habían afrontado aún la prueba de la maternidad. Amarillosa la piel y salpicada de lunares, afinábasele el cuerpo con exceso en la cintura. Ningún detalle escapó a los ojos. Subirán reparó en las caderas contorneadas y Ramos en la solidez de las piernas. Bazail se decidió a comprometerla para pintar una Diana Cazadora. Por el contrario, grande fué el desencanto de Montalbán. El placer estético habíasele malogrado.

—Una mujer que se desnuda sin quitarse las medias verdes y las ligas rojas es una desgracia—dijo el poeta con voz lastimera.

Loizaga quiso ahondar más la emoción que descubriera en algunos semblantes, y al efecto pensó que la modelo, antes de vestirse, debía dar el frente.

—Bueno, ahora dese vuelta un momento — ordenó Loizaga.

De nuevo se hizo el silencio. Nadie habló, ni murmuró más. Los que estaban sentados en el canapé hundieron la cabeza entre las manos. Recogiéronse de manera extraña, profunda, como si se aprestaran a un acto religioso. La sacerdotisa, dueña ya de si misma por la unción de los fieles, giró sobre los talones, natural, sencillamente. Miró a los espectadores, pero de ellos sólo vió los ojos que brillaban en la oscuridad y el palpitar de la llamita roja de los cigarros.

Anacarsis, subitáneamente, sintió una angustia que le hizo saltar el corazón del pecho. Demudado el semblante, levantóse sin noción exata de cuanto ocurría y avanzó hacia la tarima. A un metro de distancia ya no dudó más:

—¡Jeanne!... ¡Jeanne! — gritó Anacarsis con acento de estupor.

Ella, al reconocerle, lanzó a su vez un grito y se cubrió la cara.

La escena, por lo inesperada y rápida sorprendió a todos. Loizaga, Pancho Sierra y Subirán fueron de los primeros en rodear a Anacarsis para inquirirle sobre lo sucedido, mientras Juana, presurosa, se vestía presa de la mayor agitación.

—¿Qué ha sido?

—¿Qué ha pasado?

—¿Se puede saber?

Entonces, tarde en extremo, midió Anacarsis la magnitud de su imprudencia. Una emoción no domi-

nada a tiempo lleva al ridículo lo mismo que al abismo.

Los demás, entretanto, libráronse a las más risueñas conjeturas. Con respecto a Juana ¿quién de entre ellos y en el barrio no la conocía? ¿Con cual de ellos no se había divertido más de una vez?

Cuando Anacarsis logró reaccionar limitóse a decir:

—Ha sido un error o un caso de alucinación, como ustedes quieran.

Y salió, cubierto de verguenza y amargura, seguido por el experimentado Pancho, que no cesaba de decirle:

—No te aflijas, viejo... Las cuenteras salen aquí de todas partes, hasta de las ramas de los árboles...

IX

Pancho se propuso desvanecer la pesadumbre de Anacarsis.

—¿Crees tú, viejo, que una muchachita de esa clase vale la pena de un mal humor?—le preguntaba cariñosamente mientras se dirigían a la estación del ómnibus para regresar a los bulevares. —A mí me dejan frío estos chascos... La vida es así, una serie de mutuos engaños... ¿Hoy me engañan a mí? Muy bien... Como todo se paga ya me llegará la hora de vengarme... Los engañadores serán a su vez engañados...

—Esa es la moral de los bribones—limitóse a contestar Anacarsis. De tal manera aplican la antigua ley del Talión al mundo moral...

Pancho no se dió por ofendido. Era ignorante, rudo y rústico, pero en las reconditeces de su alma solían despertar sentimientos ponderables, el de la amistad, por ejemplo, que no había perdido aún en los entreveros del mundo. Placíale sobremanera, magüer las diferencias de carácter, la compañía de Anacarsis.

—Yo quisiera ser él sin ser del todo como él—se decía. No acertaba a definir claramente su ideal de hombre, su héroe. Pero es seguro que admiraría sin reticencias al hombre inteligente—la inteligencia como adorno—pero astuto, capaz de tremendas audacias y cínico según los casos.

—Cenaremos esta noche en un «restaurant» italiano—propuso Pancho al subir al ómnibus.

—En cualquier parte, es lo mismo — respondió Anacarsis.

—Como hemos almorzado «indignamente» esta mañana en el «Rendez-vous des Cochers», tenemos que reponernos. Este «restaurant» está situado en las proximidades de la Opera Cómica... Ya verás qué artistas van, ayer ví una espléndida... Y se come bien, eso sí, se come bien... Los miércoles hacen puchero a la criolla y raro es el día que no sirvan unos ravioles que hacen chupar los dedos... En cuanto a vinos, ni que hablar, número uno... En un ay, se suben a la cabeza y se dicen

mil barbaridades sin que nadie diga nada... Es lo bueno que tiene París, che, aquí puede uno cambiarse de hombre en mujer o de mujer en hombre sin que nadie diga nada... Y tiene razón, porque si vamos a ver...

—Me mareas, Pancho, me mareas—protestó Anacarsis con un gesto y ademán de fastidio.

—Hombre, algo hay que hablar y sobre todo para sacudir tu tristeza—se disculpó Pancho.

—Te equivocas, no estoy triste... La tristeza es un estado de ánimo especial que dista mucho de ser el mío presente... La tristeza envuelve y sutiliza el espíritu en las más agudas dolencias, alarga las miradas con un algo de ensueño y de lejanía, pone en los ojos las notas del último crepúsculo entrevisto, unge de melancolía las conversaciones... Es un sentimiento que los seres por él afectados no alcanzan a definir, suerte de orgullo, de modestia, de renunciamiento; languidez ante el sol que alumbra, ante la lluvia que cae, ante la estrella que fulge; dolor que infunde la placidez de la luna, la serenidad de la noche, el misterio insondable del cosmos; desesperanza del amor que se disfruta, incierto anhelo de vivir y de morir a un tiempo mismo; estado mórbido, angustioso, que nos devora en silencio... No, no es lo que siento en mí... Antes al contrario..., lo que me inunda el alma es una sorpresa más que un desencanto... incontenibles ímpetus de gritar antes que de llorar... de gritar a voz en cuello.

—Mimí, amor de Mimí, bella, dorada mentira, embuste de Mürger y de sus congéneres...

La cena de Pancho fué abundante y bien regada con generosos vinos. Desde la mañana habíase prometido un desquite. Los artistas cuyo trato frecuentaba hacían, en su concepto, una vida envidiable en punto a libertad de costumbres; pero comían poco, y algunos de ellos corrían el riesgo de morirse de hambre... Para él la buena mesa constituía uno de los grandes placeres de este mundo. Hay platos que nunca se ponderan lo suficiente, manjares suculentos, combinaciones de salsas exquisitas que incitan a la gula. Pero que nadie osara decirle que la gula es la madre de todos los pecados. Parecíale muy dentro del orden natural de las cosas que el apetito despertara y avivara los demás apetitos...

—El ayuno es un suicidio, decía en el trance de justificar sus peores excesos. Y dirigiéndose a Anacarsis que apenas había probado dos platos:

—¿Te propones ayunar? ¡Suicida!

Al finalizar la comida, Pancho ya no era dueño de su voluntad. Reía de todo, soltaba chistes que él celebraba con exceso, dábale bromas al «maitre d'hotel» y de vez en cuando arrojaba migas de pan a los amigos que comían en mesas próximas.

—Te voy a divertir, Anacarsis, ya verás...

—Me vas a comprometer, es lo que ya veo—respondía Anacarsis de mal talante.

—Míralo a Napoleón III, dijo de pronto.

A espaldas de Anacarsis estaba sentado un matrimonio burgués. Tanto el hombre como la mujer no eran del todo jóvenes y discurrían tranquilamente de asuntos menudos. Seca de cuerpo ella y de semblante inexpresivo, podía ser una institutriz o una maestra de escuela. El, por el contrario, denunciaba una obesidad progresiva, y, acaso por el corte del bigote y de la barba, se pareció al último Bonaparte.

Anacarsis miró disimuladamente. Si es verdad, como afirmaba Rops, que cada persona tiene la fisonomía de su tiempo, era indudable que ese hombre vivía cincuenta años atrás, número relativamente nimio si se tiene presente a los que viven con un atraso de varios siglos o a los que habiendo nacido no se han dado cuenta todavía de su estada en el mundo.

—¿Qué profesión puede tener un hombre con esa cara?—preguntó Pancho.

—Lo dejarás tranquilo, te suplico—repuso Anacarsis alarmado.

—Con esa cara no se puede ser gran cosa, ni poeta, ni escritor, ni artista lírico—prosiguió Pancho, sirviéndose una copita de «chartreuse».

—¿Lo dejarás en paz a ese hombre?—insistió Anacarsis sin ocultar su creciente fastidio.

—Con una cara semejante sólo se puede ser via-

jante de comercio, o boticario, o cobrador de Banco, o director de banda... si después de todo no resulta un diputado bonapartista...

Sin decir más, Pancho arrojó violentamente una tremenda pelota amasada con migas de pan, de modo tan certero, que fué a dar en la cabeza del buen burgués.

Recibir el golpe y levantarse todo fué uno.

—¿Quién ha sido el miserable?—preguntaba frenético, congestionada la faz y buscando en todas direcciones.

—Ese, ese que ríe atrás tuyo, ha sido, díjole su mujer igualmente indignada.

El escándalo que entonces se produjo asumió proporciones descomunales. Trémulo de furor, el francés convirtió un pan en proyectil que no dió en el blanco deseado, yendo en cambio a pegar a un inocente espectador. Generalizóse la confusión. Los compatriotas de Pancho le prestaron solidaridad formando con él un bando y dejando oir toda suerte de denuestos, que eran debidamente contestados por el francés y sus connacionales adictos. El conflicto asumió el aspecto de una contienda internacional.

—¡Canallas, detestables, abominables!—vociferaban los franceses.

—Son extranjeros, son extranjeros, ¡abajo los extranjeros!—exclamó varias veces la mujer de Napoleón III.

—«A la porte les étrangers, a la porte!»—hacían coro los hombres.

Así estaban, como dos líneas de combate tendidas frente a frente cubriéndose recíprocamente de insultos y amenazas, cuando llegó, abriéndose paso por entre las mesas y sillas volcadas, el dueño del «restaurant».

—Por favor, señores, cálmense ustedes, me obligarán a llamar a la policía y, francamente, me violenta ver a los agentes en mi casa—decíales el dueño a unos y a otros.

Entonces, todo el mundo quiso explicar lo sucedido.

—Permítame...

—Permítame a mí...

—Escuche primero...

—No es cierto, no fué así...

—Sí, sí, fué así...

—¡Miente!...

—El que miente es usted...

El émulo de Napoleón III intentó golpear a Pancho, pero éste, más joven y rápido logró esquivarlo, propinándole en cambio un certero puñetazo en pleno rostro a su adversario.

Los amigos del argentino, expertos en semejantes grescas, maniobraron de tal suerte que le facilitaron la fuga al culpable. Cuando Pancho y Anacarsis bajaban las escaleras, la policía subía atraída por el tumulto de voces.

X

Por callejas oscuras llegaron a la plaza de la Opera. Pancho, en el trayecto, no había dejado de reir, exasperando de esa manera a su compañero.

—Será ésta la última vez que sales conmigo, te lo aseguro—amenazó Anacarsis con acento enérgico.

Pancho no prestó oídos. En ese momento miraba hacia un grupo de personas que venían en dirección opuesta, y miraba con insistencia como para cerciorarse de si era víctima de una alucinación. Luego, cogiendo a su amigo del brazo le dijo:

—Che, hermano, esta noche estamos de suerte... Fíjate quiénes vienen ahí.

Anacarsis miró en la dirección indicada y reconoció a doña Petronila Borges con sus hijas.

—Nos paramos...

—No, sigamos de largo—repuso Anacarsis, en vano, porque Pancho ya se había parado y saludaba.

—Señora, qué feliz encuentro...

Doña Petronila les miró un tanto seria, pues se proponía expresar de esa guisa su resentimiento para con ellos por haberla abandonado no bien llegados. Domitila y Lucrecia también quisieron simular enojo, pero el contento era demasiado grande y se les trasparentaba en las fisonomías.

—Se han portado muy mal con nosotras—dijo finalmente doña Petronila. Nos han plantado y así andamos tres mujeres solas, durante una semana,

sin que nos entiendan y con el corazón lleno de nostalgia...

—Bueno, mamá, pero ahora hablamos mejor que el primer día...—observó Domitila.

—Ayer, por ejemplo, en Lafayette hicimos las compras sin intérprete—agregó Lucrecia.

—Vamos a celebrar el encuentro y a enterrar las nostalgias—dijo Pancho con ánimo de proponer algo.

El grupo salió de la plaza de la Opera y echó a andar por la rue Auber rumbo al bulevar Haussmann. En un principio todos a una querían hablar y dar explicaciones. Los muchachos se disculparon, asegurándoles que al día siguiente ya tenían determinado pasar a buscarlas por el hotel. En cambio, Domitila y Lucrecia proponíanse contar lo que compraran en las grandes tiendas. Pero la voz de doña Petronila se impuso y durante largo rato fué ella quien tuvo la palabra.

—¿París?—interrogaba doña Petronila, gozosa de poder comunicar a extraños sus emociones. Como ciudad es espléndida, naturalmente, pero en punto a costumbres, ya es otra cosa, deja mucho que desear... Figúrense que los hombres besan a las mujeres en plena calle y en pleno día, sin que nadie se asombre ni intervenga la policía...

—Pero, señora, un beso en pleno día no puede ser más inocente, el pecaminoso es el nocturno y a hurtadillas...—arriesgó Anacarsis.

—¿Inocente? No me venga con esas, Anacarsis,

no me venga con esas... La inocencia dura poco y aquí me parece que no dura nada—contestó doña Petronila.

Pancho reía groseramente y se complacía en preguntarle a Domitila:

—Diga..., diga sin miedo... ¿Son o no inocentes los que se besan de día?

Doña Petronila abordó otros temas.

—¿Han visto ustedes cómo se pintan las mujeres? ¡Es un escándalo!... Ya no es como antes, un poquito de «rouge» en los labios y de carbón en los ojos... Y lo más afligente del caso es que en los ocho días que llevamos, Domitila y Lucrecia han gastado más de quinientos francos en peluqueros y masajistas... Me las están pintando como a mascaritas... ¿No les parece a ustedes? ¡Ah! Si Borges las viera...

Anacarsis mentó la influencia del medio y la capacidad vital de quienes se adaptan prontamente.

—En pocos meses Domitila y Lucrecia serán tan francesas como las francesas, ya verá usted—dijo sonriendo Anacarsis.

—Justamente, en Francia hay que ser y hacer como las francesas—apoyó Pancho.

—¿Hacer?... ¡Ah! no, eso sí que no—contestó doña Petronila airada.

—Y usted también, doña Petronila, usted también se afrancesará y parecerá hermana de las muchachas—dijo Pancho, avanzando cada vez más en sus bromas.

—¡Dios me libre de un tal desacierto!—exclamó ella sin ocultar un gesto de horror.

Así llegaron al cruce de la rue Tronchet con el bulevar Haussmann. Doña Petronila había caminado mucho y empezaba a cansarse, por lo que pensó en volver al hotel. Mas no bien expresara ese deseo, las muchachas se apresuraron a disuadirla.

—Es muy temprano, mamá, las diez de la noche apenas.

Pancho aprovechó esa coyuntura para formular la proposición que venía madurando.

—Es claro, a las diez de la noche no se acuestan en Francia ni las gallinas...—observó Pancho.

—¡Qué disparate!—interrumpió doña Petronila.

—Sí, señora, las gallinas francesas son muy trasnochadoras... Les propongo ir a divertirnos a la feria de Montmartre... ¿No han visto la feria de Montmartre? El que ha ido una vez jamás la olvida... Y después, para contar en Buenos Aires... Es necesario, hay mucho para contar, señora...

Domitila y Lucrecia, entusiasmadas, acosaron a la madre a ruegos.

—Todavía no hemos visto nada...

—Nada, nada que valga la pena—apoyó Lucrecia.

Doña Petronila comprendió que sus hijas tenían razón. Pero ella, viuda, y sin el hijo varón que tanto deseara, sólo contaba con su enorme malicia para defenderse en la vida. ¿Sería un lugar apropiado para señoras y niñas la tal feria de Montmar-

tre? La duda hízole formular la pregunta. Pancho contestó con el cinismo en él característico:

—¿Si va gente decente?... Anoche, por ejemplo, estaba la reina de España...

Doña Petronila examinó el semblante de ambos amigos. Dudaba de Pancho, no así de Anacarsis. «De todos modos, si hay algo demasiado inconveniente, nos retiramos»—pensó.

—Bueno, pero nada más que una media hora, porque estoy realmente cansada—dijo doña Petronila accediendo.

Pancho, gozoso, en seguida hizo parar un automóvil. Anacarsis abrió la portezuela.

—Suba, doña Petronila, ya se le pasará el cansancio... Suban, chicas...—repetía Pancho con una picaresca cordialidad.

El automóvil, por lo pequeño, no era como para llevar cinco personas. La madre con las hijas sentáronse atrás y frente a ellas Pancho y Anacarsis.

—Vamos a la plaza Clichy—ordenó Pancho.

El breve trayecto se hizo no sin algunas molestias. Las rodillas de Pancho chocaban con las de Domitila, sin que ésta lograra evitarlo. Anacarsis habíase sentado torcido para no incomodar con las suyas a doña Petronila y a Lucrecia.

A medida que el coche ascendía la empinada calle de Amsterdam, se divisaban los reflejos de la feria iluminada. Una suerte de rumor llegaba a los oídos.

—Me parece oir una música como de «calesitas» —dijo doña Petronila.

—Sí, señora, hay muchas «calesitas»—contestó Anacarsis.

—Entonces será una diversión para chicos, volvió a decir doña Petronila.

—Juegos de niños para los grandes... No está mal..., la mejor manera de combatir la vejez consiste en no dejar de ser un niño grande...—apuntó Anacarsis.

El automóvil se detuvo a pocos pasos del lugar que indicara Pancho. En el centro de la plaza de Clichy, con singular estruendo, movida por una máquina a vapor, giraba la primera calesita, compuesta de automóviles. Cada coche iba lleno de mujeres que gritaban como locas, toda vez que los vehículos descendían por una leve pendiente. La luz era profusa y polícroma, predominando, sin embargo, los colores irritantes, los verdes y rojos. La música de los órganos automáticos destemplados y rudos, producía sensaciones depresivas en el espíritu sensible y dado a la melancolía.

—Vamos a recorrer la feria de un extremo al otro, ¿quieren?—propuso Pancho.

—Sí, sí, promete ser interesante—respondieron a una Domitila y Lucrecia.

—Me parece que hay mucho pueblo...—observó, severa, doña Petronila.

Pancho echó a andar con Domitila, y los demás le siguieron. Iban por el centro mismo de la feria, entre la ola de gente curiosa, que desfilaba a paso lento. A diestra y siniestra, levantábanse las

pequeñas barracas de madera, desde las cuales los pregonadores llamaban la atención. Deteníanse los grupos según los casos: frente a los muñecos de trapo o en el tiro, para contar las veces que el tirador lograba echar abajo el huevo sostenido por un hilo de agua. Las ruletas tenían, también, mucho público que aguardaba la ansiada suerte, una jarra o un espejo con sólo arriesgar un franco.

Pancho dábase vuelta de vez en vez, para decir sandeces.

—Aquí se ven cosas extraordinarias; hay, por ejemplo, un fakir que se atraviesa el cuerpo con una espada de tres metros, sin que le salga una sola gota de sangre... ¿Quieren verlo?

Doña Petronila se negaba por sistema, so pretexto de que ya era tarde. Las muchachas, entonces, la reconvenían.

—Hay que divertirse un poquito, mamá, de lo contrario la feria sería muy aburrida.

—Y ¿desde cuándo un fakir con una espada de tres metros de largo puede divertir a la gente?—replicaba la madre, medio sorda ya con las músicas y los silbatos.

—Aquí hay para todos los gustos..., ya encontraremos algo que le agrade a la señora—contestaba Pancho, reanudando la marcha, esta vez del brazo de Domitila.

—Si le tomo el brazo—decíale a ella por lo bajo—es para que no se me pierda entre tanta gente...

En una de las barracas de lona, Anacarsis ad-

virtió un teatro. En la parte alta leíase, con letras luminosas, el letrero: «Teatro del amor feliz». Los elementos de la compañía, que no pasaban de seis, hallábanse apostados en la escalerilla que servía de entrada. Uno de los hombres vestía indumento de acróbata, el otro de polichinela, de payaso un tercero que no cesaba de batir el parche de su ronco tambor. Había, además, dos mujeres, blancos de albayalde los semblantes, acompañadas de una chiquilla, menuda, frágil, con cara de hambre, vestida de bailarina.

—«¡Entrez, entrez, messieurs, mesdames!» invitaba el acróbata, después de lo cual el payaso estallaba en tres redobles de tambor. Entonces la bailarina adelantábase unos pasos y con voz debilucha procuraba hacerse oir.

—«¡Entrez, entrez, la comédie va commencer!...»

La mente de Anacarsis llenóse de reminiscencias. El acróbata le trajo el recuerdo de los hermanos Zimgano, deEdmundo Goncourt y la barraca de lona parecióle un símbolo de lo que en un principio debió ser el teatro francés. Los primeros cómicos no tuvieron siempre un refugio como ese, debiendo representar sus farsas en pleno día, o en la noche, bajo el titilar de las estrellas. Anacarsis no se esforzó mucho para representarse la vida de cada cual. «Se parecen a sus antepasados, como una gota de agua a otra», pensó. Son hermanos de los que pintara Scarron. Los hombres pueden ser: Destino, Larancune y Donguin: las mujeres no valen

menos que La Caverna y Mlle. L'Etoile. Como ellos, ríen y lloran según lo exija el papel, fríamente, sin emoción, sin alegría, sin dolor...»

Mas no fueron muy lejos las divagaciones de Anacarsi. El ruido y los gritos eran ahora extraordinarios.

—¿En dónde estamos?—inquirió Lucrecia.

—En la plaza Blanche—contestó Pancho.

—En la plaza del infierno, mejor—dijo doña Petronila.—Ya no puedo más... me muero de sed y de cansancio.

—Ahora empieza lo mejor, señora... fíjese qué maravilla la «calesita» de los chanchos aquí y el «tobogán» allá, del otro lado—hizo notar Pancho. Luego agregó:—En cuanto a la sed hay un remedio... vamos a tomar algo...

La proposición fué bien acogida.

—Pero, ¿a dónde?—inquirió Anacarsis.

—Aquí, no más, enfrente...

Adelantóse Pancho y desde la terraza de un «bar» exclamó:

—Aquí hay asientos para todos.

Doña Petronila prefirió un sillón de paja más adecuado para su cuerpo voluminoso. Abanicábase de continuo, sudorosa, presa de la mayor agitación.

Domitila y Lucrecia pidieron, como doña Petronila, helados. Mas sólo bastó que expresaran ese deseo para que Pancho se opusiera tenazmente:

—¿Helados?... no faltaba más... conmigo na-

die toma helados... ya les dije, además, que festejaríamos el encuentro...

—Bueno, cualquier cosa, pero que sea helada... —repuso doña Petronila con suplicante tono.

Según el pedido de Pancho el «mozo» sirvió champaña «frappé». Los dos amigos se animaron al instante y dijeron toda suerte de futilezas a manera de brindis. La madre bebió con fruición y lo propio las hijas. Una vez vacías llenánrose las copas de nuevo, no sin alarmarse ligeramente doña Petronila.

—Tengan cuidado, chicas; el champaña se sube fácilmente a la cabeza...—advirtió prudentísima.

—¡Qué esperanza! no sube ni baja—contestó Pancho.—El champaña no le hace daño ni a los chicos...

—A tí ya se te ha subido hace rato—díjole por lo bajo Anacarsis.

—De ser yo médico—proseguía el otro—les daría a los chicos champaña en lugar de leche, y para tonificarlos, todavía más, los bañaría en champaña y hasta los peinaría con lo mismo.

Domitila y Lucrecia rieron de buena gana.

—El champaña es un remedio para el cuerpo y para el alma—continuaba Pancho.—Cura la neurastenia radicalmente. Convierte el pesimismo en optimismo, el apocamiento de ánimo en fortaleza, la tristeza en alegría...

Entre cuento y cuento, Pancho bebía y no dejaba de hacer beber a los demás. Una hora después,

reían todos con cierto descaro y sentíanse dominados por una expansiva sinceridad, por un afán de contarse gustos propios e íntimos, de acuerdo con la idiosincrasia de cada cual.

De pronto Pancho comunicó la idea que le trabajaba en la mente afiebrada:

—¿Y si para terminar la fiesta diéramos una vuelta en la «calesita» de los chanchos?

Doña Petronila reaccionó abriendo tamaños ojos:

—¿Ahí, entre todas esas mujeres que gritan?—preguntó horrorizada doña Petronila.

—Pero, señora, ¿no sube usted a un buque, a un tren, a un automóvil? Lo mismo da sentarse en el lomo de un chancho...—dijo Anacarsis con ánimo de convencerla.

Domitila y Lucrecia, dueñas de una voluntad extraña en ellas, aceptaron con entusiasmo la proposición y ante la resistencia de la madre llegaron a ponerla en una situación afligente:

—O subes con nosotras o subimos solas...

La buena señora cedió finalmente. Los cinco dirigiéronse entonces hacia el centro de la plaza y unos tras otros fueron subiendo y acomodándose en la «calesita» entre risas y chanzas. Había cuatro minúsculos lechones colocados juntos en la misma hilera, sobre los cuales montaron Domitila y Pancho, Lucrecia y Anacarsis. Para que la crueldad de la farsa tuviera mayores proporciones cúpole en suerte a doña Petronila un cerdo de tamaño imponente, pintado de rojo, distanciado de los demás,

como la madre de los lechones, pronta a romper la marcha.

Cuando la «calesita» empezó a dar vueltas entre el estruendo del órgano eléctrico y el escándalo de gritos de la multitud, doña Petronila tuvo la visión clara del ridículo. Se le encendieron las mejillas, se le oprimió el pecho y exclamó:

—Si me viera Borges, ¡qué vergüenza!

III

I

El tiempo ha corrido con pasmosa prisa. ¿Un año ya? Anacarsis contempla, meditativo, el calendario. ¿Un año ya? — torna a repetir. Desde su partida del suelo nativo poco o nada ha reparado en la sucesión de los meses. Y, sin embargo, ¡cuántas cosas le han acontecido, y cuántas otras, como consecuencia de ello, le ha sido dable aprender!

El carácter de Anacarsis, sin que él lo advierta, ha sufrido sustanciales mutaciones. Los soliloquios, como en sus mejores años, ya no le complacen; antes al contrario, la forzosa soledad que a las veces supiera imponerse es ahora fértil. motivo de pesadumbres. La compañía de los demás, en cambio, le alegra y levanta el ánimo. No hace cuestión de calidad ni de intenciones. Cualquiera amistad, real o ficticia, es buena para no estar solo. Aunque él se aposenta en un lujoso departamento del Campo de

Marte, casi a diario va en busca de los artistas de Montparnasse. Ese frívolo ambiente bohemio no le disgusta. Los bohemios que reciben mil francos mensuales, como Subirán y Ramos, le divierten. En cuanto a Montalbán le ha resultado de una encantadora sencillez magüer la artificiosidad, sólo aparente, de su espíritu.

Cuando Anacarsis iniciara su amistad con Montalbán, le plugo, por aquella en él acentuada tendencia a la contradicción, presentarle la faz contraria de las premisas que pregonara. Si el poeta mentaba las ideas estéticas de Oscar Wilde, Anacarsis le rebatía con el propio Wilde. ¿Hasta qué punto pudo ser una obra de arte la vida del autor de «Dorian Grey»? No, cuando la miseria moral asoma, la vida dista mucho de ser una obra de arte...

Ante la cara de disgusto de Montalbán, sonreía gozoso Anacarsis.

—No son cosas mías—agregaba—. Pero como entre mis palabras y las del poeta hay una diferencia sensible—en lo que toca al grado de persuasión—ya que no prestas oído amable a lo que yo digo, te inclinarás ante lo que él mismo confiesa...

Anacarsis, que había coleccionado un buen número de libros selectos, en apoyo de la tesis sustentada escogía el «De Profundis» de Wilde. Pero Montalbán, por anticipado, se defendía:

—No, eso no vale nada... lo escrito en la adversidad carece de importancia para mí.

—Justamente, la premisa contraria es la verda-

dera—replicaba Anacarsis. En la hora de la adversidad es el momento de poner a prueba las afirmaciones de la edad feliz...

Montalbán se fastidiaba y se disponía a marcharse para no oir, según él, consejos de viejo.

—No, no te me vas a escapar antes de oir la página que subrayé anoche... Escribía Wilde en la cárcel: «Los dioses me lo habían dado casi todo; pero yo me dejé extraviar y caer en largos encantamientos de ociosidad insensata y sensual. Me divertía ser un «flaneur», un «dandy», un hombre a la moda. Fuí pródigo de mi propio genio. Despilfarrar una eterna juventud me proporcionaba curiosa alegría. Cansado de estar en las alturas, descendí deliberadamente a los abismos, en busca de nuevas sensaciones. La perversidad en la esfera de la pasión fué para mí lo que la paradoja en la esfera del pensamiento. Más y más indiferente hacia la vida ajena, jugué con cuanto me placía, y seguí adelante... Acabé en horrible desgracia».

Anacarsis repetía una y más veces, con mortificante insistencia:

—¡Y acabé en horrible desgracia!... ¡en horrible desgracia!... ¡en horrible desgracia!

—Lo único que demuestra eso es la triste claudicación de Wilde. Baudelaire habríase cortado las manos antes de escribir semejante página—contestaba Montalbán, ofuscado, mientras sacaba de uno de los bolsillos una cajita de misterioso contenido.

—El calumniado Baudelaire no escribió una pá-

gina semejante, es verdad, pero hizo algo mejor: después de ponderar los paraísos artificiales, los condenó de categórica manera.

Montalbán encogióse de hombros.

—También tengo el pasaje a mano—prosiguió Anacarsis yendo a la busca de otro volumen.—Aquí está. Escucha el sano consejo de quien pasa por redomado perverso: «El que recurra a un veneno para pensar, pronto no podrá pensar más sin veneno. Es fácil suponer el espantoso destino del hombre cuya imaginación paralizada se niega a funcionar sin el auxilio del «haschich» y del opio». El mismo concepto lo repite en otro lugar: «Para ganar el cielo el hombre no se halla tan privado de medios honestos como para obligarse a recurrir a la farmacia y al embrujamiento; ni tiene necesidad de vender su alma para pagar las caricias embriagadoras y la amistad de las huríes. ¿Qué puede ser el paraíso que se compra con el precio de la salud eterna?»

Después de todo, aquellas pláticas y lecturas no dejaban la menor huella en la mente de Montalbán. Anacarsis, satisfecho el espíritu de contradicción, también las olvidaba y ambos echaban a vagar, en llegada la noche, por los «cabarets» y las llamadas «boites» montmartrenses. Conocieron en tales lugares mujeres alucinantes, neuróticas, desvergonzadas, crueles, almas secas de sensibilidad, ojos de abismo y locura, cuerpos glaciales de los cuales había huído el último resto de frenesí... Con las primeras luces

del alba se recogían. Y al día siguiente, con la esperanza de vencer el tedio y la depresión nerviosa, volvían a empezar...

II

No era propiamente un «cabaret». Pertenecía, más bien, a la categoría de las «boites» y se denominaba «La Nuit Blanche». Con las doce campanadas de la media noche abríanse las puertas y madame Valentine se acomodaba en el pequeño mostrador. Blancas eran, con efecto, las noches que allí se pasaban. Los frecuentadores habituales recién se recogían cuando los primeros reflejos mañaneros atravesaban los cristales de las ventanas. El ámbito, minúsculo, daba una sensación de intimidad. No más de veinte personas tenían holagda cabida en aquella pieza cuyos muros tapizados de azul oscuro lo amortiguaban todo. No habían luces deslumbradoras. Lo tenue era el tono predominante, de suerte que el desnudo de las mujeres apenas se dibujaba en los espejos, cual vagas sombras.

Madame Valentine, propietaria y directora de lo que con cierto orgullo llamara el «establecimiento», representaba, sin esfuerzo, unos sesenta años. Gruesa, flácida, baja, rubia y sospechosa la cabellera—con apariencias de peluca —, en extremo pintados los ojos y la boca, reía de continuo, enseñando dos hileras de dientes blancos y duros... Decíanle la «mére Valentine», sin ofenderla por ello; mas si

por acaso alguno se atrevía a tratarla de abuela, perdía entonces la serenidad habitual para irrumpir en hilarantes denuestos...

Los amigos de la casa ocupaban siempre la misma mesa que la «mére Valentine» les reservaba con encomiable celo. Conocía los gustos de todos y si a las veces elevaba la voz, era a causa de los dos únicos camareros de servicio al pecar por falta de diligencia. Nadie como ella para ser cariñosa, melosa, empalagosa con quienes más champaña bebían o más platos encomendaban en el discurso de la noche. En cambio, la risa trocábase en aspereza y helaba la frialdad de sus ojos con los que medían los gastos. Era una madre, no sólo por lo vieja como por lo experimentada. En punto a astucia, era fértil en recursos, motivo por el cual hombres y mujeres solicitaban su consejo. Ella escuchaba las confidencias con aire de Sibila, seria, dilatados los ojos, acariciando el lomo de su blanco gato de Angora y fumando cigarrillos orientales.

—¿Y después?—solía decir cuando el relato se interrumpía. Mas si notaba algún ocultamiento, simulaba disgusto y exclamaba, encogiéndose de hombros.

—No sé para que me pides consejo si no me lo cuentas todo...

Los consejos por ella dados eran breves y reducíanse por modo invariable a estos términos:

—Te conviene, «mon petit»... No te conviene, «mon petit»...

La «mére Valentine» no podía expresarse sin aplicar el «mon petit» a todo el mundo y sin hacer diferencias de sexo ni de edades. A monsieur Dubois, el decano de los clientes de «La Nuit Blanche»—algunos le daban hasta sesenta y cinco años—lo distiguía de la misma manera. Y monsieur Dubois, personificación de la gentileza, correspondía a su vez llamándola «ma petite».

Sobre quienes tenía verdadero imperio la «mére Valentine» era sobre las mujeres. De seguro, ella era el único ser al que no engañaban en este mundo. Hijas sumisas, le obedecían sin discutir sus proposiciones. ¿De dónde venía ese dominio de la vieja decrépita sobre las otras, jóvenes y esbeltas aún? Los hombres no descifraban el secreto, bien que se libraban a toda suerte de conjeturas.

—Algo tiene la vieja...

—Algo les da la vieja, algo que les procura contento...—cuchicheaban los maliciosos.

Anacarsis y Montalbán seis meses hacía que frecuentaban «La Nuit Blanche». Después de asomarse por los «cabarets» de la rue Pigalle, se dirigían al rincón predilecto que la «mére Valentine» les reservaba en la rue Fontane. Cuando entraban, por lo general a la una y media, el local estaba ya casi lleno. Al punto quitábanse los abrigos, tan cálida era la atmósfera a causa de la calefacción, de las respiraciones, del humo de los cigarros. Entre las notas del único violín que ejecutaba una lánguida sonata, cruzábanse los saludos. Lucían las mujeres

sus mejores indumentos, harto sencillos es verdad, de telas finas, bajo las cuales trasparentábanse las formas corpóreas. Algunas, las más enjutas, escotaban la espalda hasta la cintura. Tan sin recato mostrábanse las partes desnudas que a nadie sorprendían. Lo que se ve incita menos que lo que se oculta o semivela. Por lo demás, entre los clientes de «La Nuit Blanche» y las hijas de la «mére Valentine» habíase establecido una suerte de comunidad en la que los sexos copulaban sencilla, naturalmente. Montalbán elogiaba ese sistema, según el cual todas las mujeres eran de todos los hombres sin pertenecer a ninguno de manera exclusiva. «La Nuit Blanche» resultaba de esta guisa una orden más efectiva que la Abadía de Théléme...

No bien sentados se les acercaba Renée, a quien Montalbán conocía en la intimidad. Podía ser una mujer de veinte y cinco años, aunque tenía, gracias a la cabellera corta y al cuerpo menudo, un aspecto de garzón vicioso. Anacarsis no la miraba con mucha simpatía por su falta de maneras femeninas.

—Los hombres que se enamoran de esta clase de mujeres cometen un pecado contra natura — dijo Anacarsis alguna vez en presencia de Renée. Rió ella descarada, cínicamente. Y sin vacilar más, levantóse la falda y enseñando las piernas desnudas exclamó:

—¿Contra natura con esto?

Mas no por eso dejaba de ir a la mesa de ellos, sobre todo cuando le faltaba compañía.

—Esta noche estoy sola...—decía, acercando una silla. En seguida pedía algo:

—¿Se puede beber una copa de champaña?

O sino:

—Tengo hambre... comería con gusto unas chuletas de ternera...

Montalbán asentía. Pero la conversación se animaba de veras cuando monsieur Dubois, que acostumbraba a sentarse en la mesa inmediata, comenzaba a beber su wisky. Renée saludábale familiarmente:

—¿Ca va mon vieux?... ¿toujours jeune?

—Sano, sí... amante de la vida, de la alegría, de la juventud y de las cosas bellas, también, pero la juventud, ah, no hija mía, la juventud no vuelve cuando ha pasado ya...

Monsieur Dubois era un profesor de la Sorbona. Vestía de frac, usaba monóculo y en el ojal lucía la condecoración de la legión de honor. Esbelto a pesar de los años, animoso, gustábale conversar suave, largamente, de asuntos de suyo amenos. Las chicas de la «mére Valentine» le decían «el filósofo», porque, en efecto, había enseñado filosofía durante más de treinta años. Y después de tanto vivir con los libros y en las aulas, dióse cuenta un día, como el doctor Fausto, que en el mundo hay placeres más allá de las ventanas de los gabinetes de estudio... Se miró en el espejo y exclamó horrorizado: ¿qué has hecho de tu vida? ¡Cómo he envejecido, Dios mío!... ¿En dónde está tu mujer?

Nunca la he tenido... ¿En dónde tus hijos? Nunca pensé en perpetuarme... Ahora ya no tienes tiempo para nada como no sea para morir...» Y presa de un terror pánico se puso a gritar: No, no, no, yo no quiero morirme, yo no quiero morirme sin conocer algo, sin ver algo de la vida, del amor, de la mujer...» Desde entonces empezó a frecuentar los lugares de placer, pero comprobó, muy pronto, que la mujer, para él, era una ilusión... Mas no por ello dejaba de concurrir todas las noches a «La Nuit Blanche». Bebía lentamente una copa de wisky, y de vez en vez, cuando alguna de las muchachas se sentaba a su lado, se complacía en tocarle, por abajo de la mesa, las manos finas y pecadoras...

Ellas se dejaban hacer, ¡tan inocente era aquello! Lo que no impedía que Renée, la más cínica de todas, aprovechara esas libertades seniles para pedirle, quedamente, una moneda de diez francos...

Anacarsis, por decir algo y a fin de iniciar la conversación, le habló a monsieur Dubois de este modo:

—Aquí nos tiene, hoy como ayer, transitando por la senda de Epicuro...

El viejo se acarició la luenga barba plateada, encendió un cigarrillo que le ofreciera Montalbán, desdespués de lo cual dijo lentamente:

—No lo creo... ustedes no transitan por la senda de Epicuro... La senda de Epicuro conduce al bien, a la virtud, a la vida inteligente... Ustedes, por lo que veo, no llevan esa dirección...

—Sin embargo, buscamos, como el griego, el su-

premo bien: el placer—replicó Anacarsis molestado.

—Ah! no—interrumpió monsieur Dubois con vivacidad—el griego buscaba el placer de muy distinta manera... La concepción epicúrea ha sido villanamente adulterada hasta el punto de creerse que ella autoriza todas las libertades y depravaciones. Es un error, uno de los tantos errores que pasan como verdades inconcusas. ¿Qué hacer? Nada, hijo mío... Cuando un error se incrusta en la conciencia colectiva durante siglos y siglos, cuanto se haga para desvanecerlo será vano...

—Con todo—dijo Montalbán muy alcoholizado a esa hora—la personalidad moral de Epicuro no vale la de Cristo.

—¿Y a qué viene eso? — preguntó sorprendido monsieur Dubois. La comparación entre valores desemejantes es siempre odiosa—agregó—pero ya que ha sido traída diré que Epicuro, en punto a moral, afronta sin desmedro la compañía del judío... La superioridad del griego es incuestionable y ni los estoicos escapan a su influencia. Séneca y Epicteto tienen la mente llena de máximas epicúreas. El hombre más bondadoso que haya nacido en este mundo, Marco Aurelio, le admira, hasta procura imitarle, y el más cruel de los mortales, Luciano, le respeta y señala como a un ser divinizable. Es verdad que el cristianismo logró dispersar a los discípulos de Epicuro. ¿Por qué? La doctrina del griego no prometía nada ultraterreno, antes al contrario, pregonaba una vida feliz, serena, ordenada, pero

aquí abajo, sin fijar los ojos en el cielo. Hacer el cielo en la tierra, he ahí el supremo anhelo. Pero los hombres no supieron ser felices en la tierra y se dejaron ganar por quienes prometían las venturas del Paraíso. ¿Qué quieren ustedes? Epicuro, además, difundía la realidad de la muerte. Los cristianos, en cambio, eran de opinión que en la hora de la muerte corporal empieza otra vida, la verdadera vida, la del espíritu. Los hombres acogieron de buen grado a los recién venidos porque de ningún modo desean morir...

—Tú tampoco deseas morir, ¿verdad mi viejo?— le decía Renée al oído, recordándole después la moneda de diez francos.

—Pero cuando una doctrina se inspira en la vida, vano será el afán de destruirla. El cristianismo impera, mas no muere la doctrina epicúrea. Se cree que ha desaparecido, pero cuando menos lo esperan renace victoriosa. Han pasado los siglos como las nubes por el cielo. Cambian los hombres de trayectoria. Se han cansado de sufrir, de esperar, de rezar. La moral de Epicuro alienta de nuevo en los grandes filósofos. El pirroniano Montaigne, maestro de la duda, admite, sin embargo, que el placer no puede ser desdeñado. Se multiplican luego los sistemas basados en los principios epicúreos, con Gassendi y Helvecio en Francia, con Hobbes, en Inglaterra, y en los tiempos modernos con Bentham y Stuart Mill. Pero la lucha proseguirá, indefinidamente, entre estas dos antagónicas concepcio-

nes del mundo que obedecen, según se echa de ver, a dos temperamentos adversos, pues se nace estoico o epicúreo, flemático o bilioso...

—A la bonne heure!—exclamó alborozada Renée. —Han llegado las chuletas... ¿Están bien cocidas, Francisco? Que me hablen a mí de Epicuro con dos chuletas como estas... El supremo placer es el del estómago...

—Epicuro proclama el placer como fin de la vida —prosiguió monsieur Dubois. El placer es bueno. Bueno es lo que armoniza con la Naturaleza y malo lo que va en contra de ella. Los animales que viven en estado de naturaleza, ¿qué es lo que buscan ante todo? Buscan el placer. El instinto, en consecuencia, es más seguro que la razón. El instinto no se engaña. La razón, por el contrario, yerra de continuo.

—Pero la inteligencia puede servirle de guía al instinto—observó Anacarsis.

—La inteligencia humana es un producto, el más complejo, de la sensación. Saturada está de placer y dolor, de cuanto gozamos y sufrimos. La inteligencia es inseparable de los sentidos. Si no educáramos los sentidos, moriría todo, las ciencias, las artes, la civilización. Y para que las sensaciones sean cada vez más delicadas, el hombre se empeñará en la educación de los sentidos. De ello depende la felicidad, porque sólo por ese camino se alcanza la suma de los placeres, sabia e inteligentemente disfrutados...

Monsieur Dubois se detuvo un instante, entornó los ojos como para evocar algo y luego prosiguió:

—¡Cuán exquisitos son los placeres que nos procura el gusto... beber agua cristalina cuando tenemos sed... paladear manjares suculentos cuando tenemos hambre... qué dicha la del oído cuando percibe ritmos musicales o las cadencias de una voz armoniosa!... y qué decir, cómo ponderar los encantos que la vista nos da con el panorama excelso del mundo y los mil cambiantes matices de la luz... y las delicias del tacto... y el frenesí que infunde Venus a los labios y a los cuerpos trémulos... Sin el disfrute de estos placeres Epicuro no podía formarse la menor idea del bien. Yo agregaría, sin el disfrute de esos placeres la vida sería indigna, miserable...

Montalbán balbuceó entonces varios desconceptos para demostrar que él disfrutaba de todos los placeres.

—No, no, ustedes buscan los placeres, pero de manera extremada. Ahora bien, extremar un placer equivale a privarse de él. Son ustedes intemperantes, es decir, día tras día marchan hacia la enfermedad: beben, comen, aman demasiado. Eso es lo que Epicuro condena, pues el placer inmoderado es un agente de dolor... Se parecen más bien a Aristipo: no creen en lo porvenir, de ahí que todo lo circunscriban a la hora presente. Es un error. Podemos morir ahora mismo; sólo así no tendríamos mañana. Pero en el caso de despertar una y mil

veces más, procuremos hacerlo sin el dolor que abate los sentidos... El desorden que ustedes llevan destruye en poco tiempo la tranquilidad epicúrea, la divina ataraxia...

Monsieur Dubois apuró el fondo del vaso que bebía. Luego, mirando a Montalbán, casi caído sobre la mesa, agregó:

—Yo hablo como un viejo, es verdad, y como jóvenes proceden ustedes... Ni ustedes se hallan en condiciones de pensar como yo, ni podría yo, tampoco, obrar como ustedes... La vida es así...

—Vino, Francisco, vino! para apagar un incendio—empezó a gritar Renée. A las chuletas le han puesto una salsa que parece de fuego...

La «mére Valentine» salió de su observatorio:

—Un poco de compostura, «mon petit», en el establecimiento no se grita de ese modo...—dijo, autoritaria, la vieja. En seguida, reparando en el estado lamentable de Montalbán, pidióle a Anacarsis que lo llevaran.

—Tu amigo ya no sabe beber sin embriagarse, «mont petit»—comentó naturalmente la «mére Valentine».

Levantóse monsieur Dubois y mientras le ponían el abrigo, hizo un último comentario:

—Yo bien me sé que los consejos no se siguen porque la experiencia sólo se adquiere en cabeza propia... Sin embargo y a pesar de todo, el consejo de Flaubert sigue siendo sabio: tomarás el vino, el

amor, las mujeres, la gloria, a condición de no ser borracho, ni amante, ni marido, ni estúpido...

—Un coche para monsieur Montalbán—ordenó la «mére Valentine».

—Ya está, espera a la puerta, contestó Francisco.

El mismo cochero recogía todas las madrugadas a Montalbán. Le cogía por los brazos, le cargaba a veces como un fardo y le colocaba luego convenientemente en el vehículo. Anacarsis le miraba llever, apesadumbrado. Repentinamente llenábasele el alma de amargura y con la ilusión de combatirla decía:

—Mére Valentine... deme otro wisky...

III

Desde los balcones de la casa de Anacarsis, en el Campo de Marte, gozábase de una vista panorámica que serenaba el ánimo de quien la contemplara. Reverdecían los árboles en primavera y de los canteros de la explanada subía una leve fragancia de flores recién despiertas.

En los primeros tiempos placíale a Anacarsis sentarse en el balcón de su quinto piso, eligiendo, de preferencia, la hora cárdena del crepúsculo. Llenábanse sus pupilas de visiones.

—No es bello todo lo que se ve — pensaba — pero a fuerza de mirar algo feo nuestros ojos terminan por embellecerlo.

Esas reflexiones solía aplicarlas al Trocadero

y a la torre Eiffel, cuyo inmenso cuerpo de hierro erguíase a escasa distancia. El Sena, indolente, se deslizaba bajo los puentes. De cuando en vez pasaban embarcaciones de carga y los «bateaux mouche» atiborrados de pasajeros. En los dias claros, de límpida atmófera, divisábanse los altos de Passy con sus verdes y apretadas frondas, las chimeneas del industrioso barrio de Javel, y más allá, las cúpulas y las quintas de Auteuil.

Al operarse la repentina mutación en el carácter de Anacarsis, aprendió a mirar todo eso sin apreciarlo ni verlo. La Naturaleza enmudeció para sus sentidos; borróse luego de sus retinas. Fué habituándose a vivir en ámbitos cerrados a los que ja más llegaba la luz del sol. Salía a la calle con las primeras sombras de la noche. Los ojos se le animaban por modo extraño cuando los focos del alumbrado comenzaban a reverberar.

—¿Por qué sale usted únicamente de noche? — pregúntole en cierta ocasión madame Tellier.

—Porque de noche todas las mujeres son hermosas.

—¡Charmant! — respondió ella con afectado acento.

Anacarsis trabó relación con madame Tellier en una casa de te de la rue de Rivoli. Era una mujer físicamente seductora, bien que artificiosa, de fría prestancia y pintada como una muñeca de cera. La edad variaba según los momentos aunque podría tener alrededor de treinta años. Algunos días

la mirada denotaba cansancio. Entonces los ojos tornábanse más negros y más hondas las ojeras.

¿Quién era madame Tellier? Anacarsis lo ignoraba. ¿Y para qué habría de saberlo? Si de las personas se sabe algo suelen perder la mitad del encanto, cuando lo tienen.

Madame Tellier usaba lujosos vestidos de los grandes modistos. Sus alhajas reducíanse a un collar de magníficas perlas que le atraían las miradas femeninas. En la mano derecha agradábale llevar una perla azul. Fumaba cigarrillos egipcios, y si por capricho, pretextando calor, quitábase el sombrero, la cabellera corta de tinte marrón encendía el comentario de los forasteros...

Anacarsis, meditando en las afinidades electivas de Goethe, dedujo que una tal mujer se prendaría infaliblemente de un hombre de la psicología de Montalbán. Hay seres que se buscan la vida entera sin hallarse, de ahí que se les vea pasar tediosos, sin que nada logre despertarles un sentimiento de atracción y alegría. Bien podría ser ella lo que deseaba él, la mujer ideal, independizada del nivel común, extravagante, variable, peligrosa como un abismo... Bien podría ser él lo que ambicionaba ella, un tipo sustancialmente distinto de los demás, la quinta-esencia del refinamiento epicúreo... Preparóles, al efecto, una entrevista en su departamento del Campo de Marte. Puesto el uno enfrente del otro miráronse con profunda indiferencia.

—Se estudian... se defienden—pensó Anacarsis.

No mejoró la situación, sin embargo. Madame Tellier se puso a mirar los cuadros y Montalbán los libros.

—«Hace bien» este paisaje—dijo ella alzando el impertinente.—Sí, no está mal... parece un Sisley, ¿verdad?

Como Anacarsis se le acercara en ese instante, le susurró al oído:

—¡Quel imbécile votre amí, mon cher!

Montalbán, entretanto, revisaba voluptuosamente las páginas de una edición de «Salomé» ilustrada por Aubrey Beardsley e impresa en añejo papel «vergé» inglés.

Una hora más tarde, cuando los amigos quedaron solos, Montalbán formuló la pregunta que no pudiera hacer antes, con afligente desesperación:

—¿En dónde has conocido a esa idiota?

Anacarsis se confesó derrotado. Sin embargo, la teoría de Goethe... No, no es la afinidad electiva la que impera en el trato humano, es la ley de los espíritus desemejantes la que gobierna... Y sin sospecharlo siquiera, mentalmente repitió un concepto a Heráclito atribuído. Los contrarios se buscan con imperio, obedeciendo a un impulso irresistible, natural. Cada ser desea para sí las cualidades que le faltan, no las que le sobran. Mas como notara que ese género de reflexiones iban en camino de ponerle grave, para defenderse, echó a reir como el caso lo merecía...

IV

Anacarsis recibió varias cartas de madame Tellier. Placíale escribir, y a las veces lo hacía con algún ingenio. En una de esas misivas decíale que el hombre no sabe mirar a una mujer hermosa sin el pensamiento de enamorarla. Y nunca se escuchan mayores tonterías como en ese trance. Para ella,—¿por qué ocultarlo?—nada es más expresivo que el hombre inexpresivo... Callar es la mejor manera de hablar... La indiferencia, acompañada de un airecillo de «spleen», seduce por lo distinguida y enigmática. En suma, madame Tellier deducía que Anacarsis habíase prendado de ella. ¿En qué fundaba la deducción? En el silencio que guardaba ante su presencia. Cuando pasaba a su vera, apenas la miraba, y si el azar los ponía frente a frente, no hacía el menor esfuerzo para animar la conversación.

«¿Por qué recibe usted a sus amigos el día de mis visitas?»—preguntábale en otra carta.—«Soy más mujer de lo que usted supone... Iré el viernes a las tres»...

Anacarsis pensó:

—Madame Tellier no puede sufrir a quienes la cortejan, y se enamora, no, se encapricha de quienes la desdeñan.

Para cortar esa correspondencia que ya empezaba a disgustarle y con el propósito de no llevar más

adelante unas relaciones tan equívocas como absurdas, determinó recibirla según el deseo por ella expresado.

Cuando madame Tellier vió la salita de Anacarsis sin los amigos que solía encontrar, no supo disimular su contento. Al tiempo de estrecharle la mano con una cordialidad detonante en ella, de suyo afectada y fría, repetía con insistencia:

—Es usted amable, muy amable, amigo mío.

Anacarsis ya no dudó más. En el semblante de madame Tellier leíanse claramente sus caprichos e intenciones. Aquellos ojos negros de afilado mirar tenían dulzuras y ardores desconocidos. La vida circulaba por ese cuerpo que de ordinario causara una impresión de rigidez estatuaria. Conmovíase el seno al respirar y las manos nerviosas y finas denunciaban la naturaleza de sus emociones.

—¿Prefiere usted la biblioteca o la salita?—preguntóle Anacarsis.

—La salita, mucho más—respondió ella sentándose en un sillón de estilo gótico.—Cuanto hay aquí se aviene mejor con mi espíritu.

Era una tarde gris, en las postrimerías de octubre. Gracias a la media luz de la hora comenzaban a semivelarse los objetos de la estancia.

—¿Desea usted que encienda la lámpara?—inquirió Anacarsis.

—No, así es más agradable, más íntimo...

—Por fin ha comprendido usted que la sombra tiene más encantos que la luz—contestó él. Ya está

usted en camino de gustar las cosas por medio de la imaginación. Los temperamentos objetivos tienen la frialdad de una máquina fotográfica. Son incapaces de ver si no se sitúan en frente de los objetos. Adivinar, presentir, imaginar, es más suave y seductor...

Madame Tellier experimentó la primera sorpresa. La penumbra agradábale en ciertas ocasiones, como a la Clelia de «La Cartuja de Parma», y no se le ocultaban sus ventajas. En el principio creó Dios las tinieblas. Fué un período de preparación... Pero después... Tampoco esperaba que le hablaran con ese tono ni que Anacarsis se sentara tan lejos de ella.

—De no haberlo visto siempre tan acompañado, creería que a usted no le gustan las mujeres—atrevióse a decir madame Tellier.

—¿Es un reproche? A fuer de sincero no lo esperaba de usted—contestó Anacarsis serenamente como quien se apresta al ataque.—Hablando de penumbras y de formas languidecentes, ha asociado usted la idea de mujer...

—¡Ah no!... ¡perdón!... en ningún momento puedo renunciar a mi sexo—interrumpió ella con vivacidad.

—Y, sin embargo, cuántas veces ha demostrado o simulado usted ser una mujer, sin peligrosas tentaciones... Le diré ahora que es dable amar apasionadamente a las mujeres y tenerles horror. Buscarlas y huirlas...

—¡Oh!

—¿Ha leído usted «La Celestina»?—preguntó burlonamente Anacarsis.

—¡Por favor!... ¿Cómo voy a leer el español si me suena a japonés?—respondió ella cada vez más airada.

—No se alarme tanto... Monseiur Foulché-Delbosc, ha hecho una versión francesa... Pues en «La Celestina» es donde mejor se advierte la dualidad de sentimientos que la mujer nos inspira.

Sin preocuparse por el tiempo que en vano trascurría ni de la nerviosidad de madame Tellier por la esterilidad de la hora, Anacarsis se puso a enumerar las diatribas que contra la mujer pronuncia Sempronio en la tragedia de Calisto y Melibea. Pero con ser anticuada «La Celestina», más añejos son todavía los conceptos que vierte Sampronio. Ya en la Odisea, acaso presintiendo su trágco fin, reconoce Agamenón que nada en el mundo es más peligroso que la mujer. Eurípides decía una vulgaridad cuando expresaba lo fácil que es hallar una mala mujer y lo difícil que es dar con una buena. Luciano complacíase explicando el infortunio de Prometeo por haber hecho tan mala sabandija como la mujer. Y Plutarco participa de la misma opinión: «por buena que sea la mujer, al fin es mujer».

Mas ¿quiere decir esto que Agamenón y Eurípides, Luciano y Plutarco odiaron a la mujer hasta el extremo de privarse de ella?

—Si tan perversa y detestable es, lo lógico sería

evitarla y huir al desierto o vivir en estado de santidad—apuntó madame Tellier sarcásticamente.

—De fijo, nadie las amó tanto como ellos—prosiguió Anacarsis.

Ese horror es frenesí, amor puro, deseo que no se sacia. Amor sólo comparable al que sintieran por la sagrada carne de la mujer los padres de la Iglesia. «La mujer es puerta del diablo, descubridora del árbol vedado, desamparadora de la ley de Dios, persuasora del hombre, a quien el diablo no osó tentar», escribe Tertuliano en «De habitu mulieri». Cabeza del pecado, arma del diablo, expulsión del paraíso, corruptora de la ley — apostrofa, frenético, Orígenes. Pena que no se puede huir, mal necesario, tentación natural, calamidad deseada, detrimento deleitable, exclama Juan Crisóstomo, el más sincero de todos.

¿Se libertaron de ese mal necesario, de esa tentación natural los padres de la Iglesia? No, tuvieron a la mujer en la propia casa y cuanto más sufrían por su causa más se prendaban de ella.

Sin reparar en el estado de ánimo de madame Tellier, prosiguió Anacarsis aquella inopinada disquisición. La oscuridad hízose plena. Los objetos y el moblaje perdieron sus contornos. De la calle no llegaba el menor ruido. El silencio era sutil y aguzaba la mente. El péndulo que reposaba en la estufa de pronto dejó oir lenta, melancólicamente, siete campanadas. Entonces enmudeció él.

Madame Tellier, iracunda, levantóse sin poder dar un paso en la oscuridad.

—Haga luz, le suplico—dijo ella.

—En seguida...

Anacarsis encendió una lámpara que proyectó al punto taciturna luminosidad. Madame Tellier, sin aguardar más, avanzó con paso resuelto hacia el vestíbulo. Siguióla él, y al abrir la puerta inclinóse ceremoniosamente para darle paso:

—Madame...

—Usted está loco, amigo mío, archiloco—dijo ella.

Y salió sin extenderle la mano.

V

Seis meses más transcurrieron del mismo modo. Anacarsis, hastiado ya de la vida nula que llevaba, comprendió que en algo debía emplear el tiempo hasta entonces miserablemente perdido. ¿Y los planes de estudio que trajera? Pronto los echó en olvido.

Demasiado brusco resultóle el cambio de ambiente. Las amistades, harto frívolas, lo alejaron de las disciplinas de una vida intelectual eficiente. Montalbán, cuyo trato frecuentara más, aunque escritor y poeta, le combatía el ingénito amor que por los libros sentía.

—¡Déjate de libros, hombre!—le decía. Los mejores libros son los hombres y las mujeres que a diario conocemos...

—Los mejores y los peores...—replicaba Anacarsis.

Tenía que imponerse una obligación. Convencido de ello, determinó estudiar las diversas escuelas de pintura francesa a partir del siglo XVII. Tornó a los museos que no visitara más desde que a ellos fuera en compañía de Juana, su primer desengaño, y después de pasearse un par de horas por las salas del Louvre, salía a recorrer los vecinos muelles del Sena, desde el puente de Saints Péres hasta el puente Nuevo, en busca de libros peregrinos y de láminas antiguas.

En poco tiempo familiarizóse con la época que se propusiera estudiar. Nadie, ni los pintores de Montparnasse, hablaba mejor que él de Poussin, de Le Brun, de Le Suer, de Jouvenet, de Claude Lorrain, de Mignard... Los amigos del bullanguero «restaurant» lo escucharon, con sorpresa primero, luego con desdén. ¿Iban a permitir ellos que un simple mortal que no sabía tener los pinceles en la mano les indicara la manera empleada por Poussin en «Los pastores de Arcadia»?

—Para entender de pintura hay que ser pintor—opinó Bazail.

—Baudelaire no era pintor y sin embargo... —arriesgó tímidamente Anacarsis.

—No sabía nada... los escritores que se ocupan de arte son unos camellos—afirmó Ramos.

El amargo Villagrán echábale miradas fulmíneas cuando no estallaba en despropósitos.

—Usted se lee dos o tres libros y en seguida se instala en el Louvre—díjole una tarde Villagrán.

—De ser ello verdad, no sería un crimen—replicó Anacarsis calurosamente.—Pero lo que no alcanzo a comprender es el odio de los pintores para con los libros y la gente letrada. Fromentín, Carriere, Jacques-Emile Blanche, son moscas blancas...

Anacarsis no se dejó intimidar y llevó adelante sus estudios. Mas ¡ay!, a la vuelta de dos meses los pintores franceses del siglo XVII empezaron a fastidiarlo. Encontrólos fríos, sin emoción, artificiosos. Había mucha ciencia y conciencia en ellos, pero les faltaba calor y movimiento. ¡Qué rígidos y convencionales los retratos de Rigaud! ¡Qué duros e inverosímiles, bien que luminosos, los lienzos de Claude Lorrain! La admiración que sintiera por la obra maestra de Largilliére, «Retrato del artista, de su mujer e hija», se le desvaneció también. ¿De dónde provenía ese aire como de familia que los hermanaba a todos en la misma mediocridad? La influencia de Luis XIV, aunque Taine sustentara la tesis opuesta, avasalló y subalternizó la pintura de aquella época. Los artistas despojábanse del patrimonio de sus cualidades ingénitas y abdicaban en la más baja cortesanía. Esa renuncia de la personalidad se traduce, desde luego, en las obras. Falta en ellas lo que sobra en las producciones concebidas por espíritus ágiles e independientes: el realismo de la vida sencilla y múltiple, el amor que humaniza a los seres y la simpatía que los vincula a la naturaleza.

¿Sería inhallable lo que no encontrara en los pintores del siglo XVII?

—Seguiré adelante—aconsejóse.

En busca de la vida siguió el rumbo que conduce a la sociedad francesa del siglo XVIII. La libertad de costumbres—Tartufo diría la licencia—lo cautiva. Es el siglo de las mujeres, de las mujeres inteligentes y hermosas. Anacarsis penetra en la intimidad y se enamora de algunas... Pero reacciona presto y se defiende. Son muchas y demasiado apasionadas para enamorarse de todas... Sólo un ingenuo del linaje de Rousseau puede creer en la sinceridad de madame d'Houdedot.

Cuando conoció bien ese mundo, Anacarsis se puso en contacto con las obras de Watteau. Admiró la delicadeza de sus fiestas campestres y galantes y el refinamiento en el color. Pero, ¿y la vida? Watteau es sutil, exquisito muchas veces, mas las figuras de sus lienzos no conmueven ni apasionan. El mismo efecto le causaron «Les Baigneuses», de Boucher. Aunque inferior a Watteau en punto a color, hermana en el mismo defecto: la ausencia de modelo humano, el olvido de la naturaleza pródiga.

Fragonard da un paso hacia el realismo, que no pudo ser apreciado por la época que se deleitaba con las frivolidades de Boucher. No hay esfuerzo bien intencionado que se pierda, afortunadamente. Chardin propulsó la vuelta, no ya a los antiguos, sino a la vida, a la luz del día. ¿Y las cabezas ele-

gantes que pintara Greuze? Anacarsis prefería, sin embargo, la obra de los retratistas del siglo XVIII: el retrato de madame de Pompadour, por La Tour; el de María Leczynska, por Tocqué; el de madame Vigée Le Brun.

Mas nada cautivóle tanto como el retrato de madame Récamier por David. Sentábase enfrente de la tela y transcurrían momentos de intenso deleite. A las veces la figura se animaba, los ojos brillaban, los labios se humedecían. En el colmo de sus éxtasis parecióle notar vibraciones en el cuerpo, lánguidos estremecimientos... ¡Oh el tiempo pasado! Dejóse llevar por la imaginación todopoderosa y vivió horas de frenesí. ¿Era fría madame Récamier? Sí, fría con Benjamín Constant, pero en cambio, a Chateaubriand confióle el tesoro de sus ternuras...

A fuerza de contemplar el retrato de madame Récamier, Anacarsis echó de ver que germinaba en él un extraño y torturador sentimiento. ¿Qué era lo que lo angustiaba de esa manera? Ahondó en el alma con entereza y sinceridad. Comprendió finalmente, después de no pocos exámenes de conciencia que el tumulto de sus emociones en presencia de madame Récamier se traducía en una crisis de celos insólitos...

VI

Anacarsis pasábase largas temporadas sin recibir correspondencia de nadie. Las relaciones que mante-

nía con sus semejantes eran puramene verbales y de circunstancias. Cuando algún ex camarada de juegos y estudios infantiles se allegaba a París, buscábale de seguida, eso sí; se veían un par de veces —en Montmartre de rigor—y luego, sin mediar querella, cada cual se perdía según el rumbo de su propio destino, sin comunicarse, como antes, la menor noticia.

El anuncio que de una carta le hiciera la vieja criada le sorprendió:

—¿Quién me escribirá? — pensó.

—Es una carta de París, señor—dijo ella mientras hacía luz corriendo la cortina de la ventana.

La luz entró a raudales. Era mediodía, la hora en que Anacarsis despertaba desde que resolviera ponerle un correctivo a su noctambulismo.

Anacarsis leyó el pliego, por demás breve y expresivo. Comunicábale el Banco que la cuenta corriente a su nombre era de veinte mil francos. Afluyóle la sangre a la cabeza y le ardieron las mejillas. Por primera vez, acaso, la conciencia dejóse oir.

—En tres años he gastado ochenta mil francos—repetíase.—¿Y en qué?

La pregunta no era de fácil respuesta. ¿En qué? París lo sabía. Montmartre, los «cabarets» nocturnos, varias estadas en Niza y en Monte Carlo. Eso era todo. No había hecho otra cosa, fuera de lo que gastara en el moblaje de su departamento y de algunos préstamos a íntimos amigos sobre cuya devolución daba pruebas de cordura al no pensar jamás.

—Un francés es capaz de vivir la vida entera con la mitad de la suma que he malgastado—agregó.

Después de no poco cavilar, Anacarsis llegó a la conclusión de que lo más acertado sería el embarcarse de regreso a su tierra.

—Sí, hay que hacerlo, es prudente—empezó a repetirse visiblemente afligido.

Con ese propósito se levantó. Durante una hora, mientras se bañaba y vestía, pesó el pro y el contra, entablándose una lucha desesperada entre la idea de partir y el atractivo de quedarse.

Ya en la calle, la ciudad parecióle más bella que nunca. Gustaba de lo que antes le pasara inadvertido. ¡Oh, la majestuosa explanada del Campo de Marte y los muelles del Sena sombreados ahora por las frondas de mayo! Lamentó las noches perdidas en vano. Oprimiósele de angustia el pecho al medir cuán absurda había sido su existencia en el decurso de los tres años postreros... En cambio, los demás, los seres útiles y proficuos en beneméritas acciones, habían trabajado sin reposo durante el mismo lapso... Mortificado por el arrepentimiento llegó a envidiar las vidas humildes y ordenadas de quienes oscura, serenamente, saben que no es dable hallar la felicidad fuera de ellos mismos ni más allá de una estoica resignación...

En el restaurante, mientras almorzaba, otra idea abrióse camino en la mente de Anacarsis. ¿Si postergara el viaje por un año más? Para que ello fuera

posible tendría que mudarse del Campo de Marte a un barrio más modesto.

—¿Cómo viven los estudiantes pobres?—se preguntaba.

Apenas tienen para lo indispensable y ello no obstante, jamás se ausenta la risa de los labios y rara vez o nunca les falta compañera. Los gorriones son más pobres que los estudiantes, y, sin embargo, viven, cantan, aman, procrean...

Anacarsis se animó. Correspondía en primer término, buscar un departamento modesto y hacer en seguida algo más útil que el placentero estudio de las escuelas pictóricas.

—¿Para qué sirve la pintura cuando no se sabe vivir?—pensó al tiempo de beber la última taza de café.

VII

Como lo resolviera, Anacarsis instalóse en un quinto piso de la avenida del Observatorio. Para acomodarse en las tres piezas diminutas tuvo que desprenderse, no sin dolor, de algunos de sus muebles. A pesar de todo, la casita era agradable e íntima. Entre los libros, cuadros y «bibelots» allí acumulados, respirábase la calma bienhechora de la serenidad y el recogimiento.

Algo faltaba, empero, y así lo hizo notar el pintor Ramos, el más mujeriego del grupo amigo.

—Todo está muy bien, Anacarsis, pero aquí falta una mujer.

—No se ve, pero no falta, o mejor dicho, no faltan—contestó Anacarsis. Prefiero que pasen todas sin retener a ninguna. La que se queda más de un día suele convertirse, por desgracia, en una Manette Salomón.

El piso tenía un balcón sobre el que era dable colocar dos sillas a lo sumo. Bello era el espectáculo que se ofrecía a los ojos. La cúpula del Observatorio levantábase a mano derecha. Enfrente se abría el bulevar de Port-Royal. A la izquierda, con la fuente de Carpeaux y las columnas que forman el meridiano de París extendíase verdegueante la avenida del Observatorio hasta las frondas del Luxemburgo.

Cuando el buen tiempo lo permitía, placíale a Anacarsis sentarse en el balcón con su amado libro, la «Ética» de Spinoza. ¿Habíale nacido el gusto de la filosofía? ¿Desde cuándo? La frecuentación de monsieur Dubois, avivó, sin duda, la primera llama de curiosidad. El buen viejo le recibía los jueves por la tarde, pasadas las cuatro, en su modesta vivienda del bulevar du Port Royal. Y bebiendo café y fumando cigarrillos aromáticos, cambiábanse conceptos, algunos de los cuales jamás se borrarían de la mente de Anacarsis.

El día de la primera visita monsieur Dubois acogióle con el buen humor y la cordialidad en él características.

—Del monasterio de Port Royal lo único que queda es el nombre de mi bulevar—díjole al entrar.

Anacarsis miró la estancia pobre y colmada de viejos libros descompaginados la mayor parte de ellos. Después, al tiempo de sentarse, creyó oportuno decir:

—Aquí ha vivido usted su vida de filósofo... ¿cuántos años?

—Más de treinta años, hijo mío... Pero mi vida no ha sido de filósofo sino de estudioso y de enseñante de filosofía, lo cual no es lo mismo... Filósofo fué Platón, Aristóteles, Descartes, Spinoza... pero yo, ¡qué esperanzas! Sólo soy filósofo para las chicas de la «mére Valentine»...

Monsieur Dubois sirvió la primera taza de café, después de lo cual, entre sorbo y sorbo, arriesgó una pregunta:

—Pero ¿qué es lo que entiende usted por filósofo?

Anacarsis confesó su ignorancia. Creía él, a la manera del vulgo, que el filósofo es el que sabe vivir mejor... ¿Cómo? Aprendiendo las reglas, los principios y sistemas que la filosofía enseña.

Monsieur Dubois sonrió bondadosamente.

—¿Cuándo, en qué circunstancias aparece la voz filosofía?—volvió a preguntar monsieur Dubos. Refiere Herodoto que al hospedarse Solón en el palacio de Creso, el rey Sardo hablóle de este modo: «Ateniense, a quien de veras aprecio, y cuyo ilustre nombre tengo bien conocido por la fama de tu sabiduría y ciencia política y por lo mucho que has

visto y observado como «filósofo». Ver y observar sería, en consecuencia, el más preciado privilegio del filósofo. Tucidides amplía el concepto cuando le hace decir a Pericles: «Amamos lo bello con medida y filosofamos sin ociosidad».

En constante devenir, el vocablo va enriqueciéndose en significados. Con el amor a lo bello gánase el amor de la verdad, del bien pensar, y de su resultado lógico, del buen decir. El filósofo, en lo pretérito, buscaba la explicación de las cosas y el ejercicio de la virtud. Tenía una ciencia y una moral. Con la ciencia deseaba entrar en el mundo exterior. Gracias a la moral trazaba las normas que deben regular la conducta del hombre que vive en sociedad. Pero cuando se habla de moral, al punto hay que recordar las enseñanzas socráticas. El hombre no debe extasiarse con la mera contemplación del cielo estrellado. Bueno es el conocimiento del mundo; el conocimiento de sí mismo es mejor. Sócrates — decía Cicerón — hizo que la filosofía descendiera del cielo a la tierra y que penetrara en las ciudades y en las casas. Dejó, sin embargo, un principio de lógica destinado a sobrevivir a través de Platón y Aristóteles, y que inspiraría, mucho más tarde, el sistema cartesiano. La ciencia, según ese principio, tiene por objeto el elemento fijo y permanente que se encuentra en las cosas accidentales y particulares...

Monsieur Dubois guardó silencio. Pasóse lentamente la mano por la rugosa y despejada frente y luego hizo un gesto de simulado horror:

—Hemos llegado al portal, ¡cuidado! ¡cuidado! Muchos de los que lo franquean no encuentran el parque encantado con el cual soñaran... Antes al contrario, se pierden irremediablemente en un laberinto sin salida... Si tomáramos las cosas con previsión y medida sufriríamos menos, con efecto... Pero el hombre es un ser abyecto y de todo se apasiona... La pasión hacia las cosas abstractas puede ser tan fatal como el vicio del alcohol o la pasión de una mujer...

La noche inundó la estancia. Monsieur Dubois y Anacarsis ya no se veían.

—Ha oscurecido mucho — dijo Anacarsis.

—La noche viene siempre cuando termina el día... no se puede evitar — contestó monsieur Dubois. — Es una de esas verdades que por elementales no se tienen en cuenta... El hombre pasa por la vida como los mundos por el espacio infinito... Sólo una cosa es segura: la caída... Si algo sube es para caer... Si algo brilla es para apagarse...

El anciano y el joven se asomaron silenciosos al balcón. Había una paz venturosa en el barrio. Por el cielo corrían, indiferentes, las nubes.

VIII

No había transcurrido un mes sin que Anacarsis se perdiera en un dédalo de sistemas a cual de ellos más contradictorio. Adelgazó notoriamente. En mi-

tad de la noche despertaba sudoroso, y al punto se formulaba el mismo afligente interrogante:

—¿Cuál de ellos está en la razón? ¿Cuál es el sistema verdadero?

La respuesta no era sencilla, pues todos pretenden estar en lo cierto y no hay uno que no se complazca en negar al que le ha precedido.

Anacarsis apenas salía. Al llegar la noche daba una vuelta por el bulevar Saint Michel, y una hora después regresaba en compañía de Montalbán. El poeta se había enfermado repentinamente hasta el extremo de preocuparle la idea de morir.

—Hijo, ahora es cuando tienes que dar muestras de valor — le decía Anacarsis apretándole las manos cariñosamente.

—No hay valor que valga cuando nos vence la enfermedad y cuando no se deja de presentir la...

Montalbán se interrumpía y agregaba luego:

—Palabra fatídica, mala palabra... Ya es mucho pensar en ella... ¿Para qué pronunciarla, entonces?

Anacarsis replicaba:

—Tengo urgencia en demostrarte que la muerte no es un mal, antes al contrario, que es un bien...

Una vez sentados el uno en frente del otro, Anacarsis proseguía de esta guisa:

—Me dices que la idea de la muerte suele desvanecer tu natural contento. Debes reaccionar, buen amigo. La muerte es tan necesaria y tan dulce como el sueño Si aceptamos gozosos cuanto de la Naturaleza nos viene, ¿por qué no hemos de hacer lo pro-

pio con la muerte? Recuerda los versos del amado maestro:

...Yo la he visto. No es demacrada y mustia
Ni ase corva guadaña, ni tiene faz de angustia.
Es semejante a Diana, casta y virgen como ella,
En su rostro hay la gracia de la núbil doncella...

Perjudicial es la escuela de la tumba, se ha dicho, pues enseña la inmovilidad y el entorpecimiento. Los antiguos — los griegos más que otros — se portaron de manera ejemplar ante el impenetrable misterio. La belleza y la antorcha eran en Grecia los atributos del amor y de la muerte. En los bajosrelieves de los sarcófagos son comunes las bacanales. Mas nada reconforta tanto como la apología que de Sócrates hace Platón. La muerte del filósofo en plática serena con sus amigos es la más suave que desearse pueda...

—Desdichado, ¿acaso la cicuta sabe a miel? — interrumpió Montalbán.

—Ese es un detalle... aludo a los conceptos. Tan hondos son que ya no aguanto a la tentación de repetirlos.

Anacarsis se levantó y trajo un libro de la biblioteca. Mientras daba vuelta a las páginas decía con una suerte de automatismo:

—Ya verás, ya verás... Si esto lo aprendiéramos de niños no seríamos tan cobardes en llegados a hombres... Mira, aquí está. Dice Sócrates ante los

jueces: «Yo sé que no he frecuentado ni reconocido la muerte, ni a nadie vi tampoco que experimentara sus cualidades para instruirme. Los que la temen presuponen conocerla; en cuanto a mí, no sé ni lo que es ni cuál sea su obra en el otro mundo. Quizá sea la muerte cosa indiferente, quizá deseable. Si es un aniquilamiento de nuestro ser, todavía es mejor el entrar en una noche dilatada y apacible; nada sentimos tan dulce en la vida como un reposo y un sueño tranquilos y profundos, sin soñaciones. Nadie conoce la muerte ni sabe si es ella el mayor bien de los bienes para el hombre».

Montalbán dió muestras de interesarse algo más.

—Ahora recuerdo un pasaje del «Fedón» — atrevióse a decir el poeta. Se afirma en él que los cisnes, cuando advierten que van a morir, cantan más y mejor que nunca, tal es la alegría que experimentan al allegarse al dios que sirven. Los hombres, temerosos de la muerte, calumniarían a los cisnes, según Platón, diciendo de ellos que lloran la muerte cercana y que sólo cantan de tristeza...

—Justamente — interrumpió Anacarsis — yo también recuerdo el pasaje. Los cisnes consagrados a Apolo son adivinos y al prever la felicidad reservada en la otra vida, cantan ese día y se regocijan como nunca.

La obra de los filósofos antiguos es una constante plática que gira en torno a la muerte. En las «Cartas a Lucilio» habla Séneca con harta frecuencia del día postrero. Como sufriera un ataque de asma se

propuso demostrarle que está preparado a morir. «La muerte no es nueva para mí — dice, — pues ya he pasado por ello. ¿Cuándo ha sido eso? vais a preguntarme. — Antes de nacer. La muerte es el no ser, es decir, lo que precedió a nuestra existencia: ya sé lo que eso es. Después de mí será lo mismo que antes. Tampoco padeceremos al dejar la vida. ¿No sería un insensato el que dijera que una lámpara es más desgraciada cuando está apagada que cuando está encendida? A nosotros también se nos enciende y se nos apaga».

Anacarsis prosiguió alternando su charla sobre la muerte con la lectura de los autores que con más elocuencia persuasiva han combatido el pánico que inspira el más allá.

—Familiarízate con ellos. Cuando se lee a Epicuro, a Epitecto, a Séneca, a Marco Aurelio, a Montaigne o a Gracián, la muerte se nos presenta suave buenamente, a la manera de una amiga que viene a buscarnos para dar un paseo más largo que el acostumbrado...

Montalbán habíase sentado en un amplio sillón cuyo alto respaldo le permitía apoyar la cabeza hacia atrás.

Tenía aquella noche la tez enjuta y amarillosa; negros, apesadumbrados, inquietantes los ojos. De tiempo atrás no recurría ya a los afeites y perfumes que le dieran celebridad en el mundillo de gente viciosa que le placiera frecuentar.

En plena juventud, cuando menos lo sospechara,

subitáneamente tuvo conciencia de su caída. Sintió que algo indefinible y extraño se iba como adueñando de su ser. Hizo esfuerzos, vanos esfuerzos, para reaccionar. Todo estaba abolido en él.

Cuando Anacarsis guardó silencio, Montalbán le miró dolorosamente. Luego, al cabo de un rato, le dijo:

—Me has hecho bien... me has tranquilizado un poco...

En seguida se puso a mirar, en torno, los libros y cuadros que cubrían los muros y el péndulo antiguo que pronto daría las doce campanadas de la media noche.

—¡Qué impresionante efecto producen estos relojes en el silencio nocturno! El cuerpo se me estremece e inunda de frío sudor... En Londres me despertaban angustiado las músicas insomnes de los relojes de las iglesias medioevales... Y en Brujas los lúgubres «carillones» traíanme la visión de la muerte... Los relojes debieran enmudecer con las primeras sombras del crepúsculo para reanudar su marcha con los primeros resplandores del alba...

Montalbán volvió a mirar la estancia:

—Aunque se esté solo hay una cierta compañía en este ámbito. ¡Qué desoladas son las piezas de los hoteles que me han tocado en suerte!

Anacarsis comprendió:

—¿Quieres quedarte esta noche? Aquí hay un cómodo canapé que te serviría de cama.

—Sí, gracias — contestó en seguida Montalbán.

Antes de acostarse se asomaron ambos al balcón. Era una cálida noche de mediados de julio. En la esquina, en la terraza de la «Closserie des lilas» la gente bebía y se abanicaba. Del baile «Boullier», sito en el bulevar Saint Michel, salían estudiantes y «grisetas» tarareando polcas y canciones: «Bon soir, madame la Lune, bon soir!», o bien, «C'est la valse brune, le chevalier de la lune»...

—El contento de vivir de los demás me acongoja... entremos... — dijo Montalbán.

Anacarsis le siguió no sin alguna zozobra.

—Aquí está el canapé... y aquí tienes ropa por si llegas a sentir frío... Pero, sobre todo, no caviles más... Es la tuya una crisis nerviosa, que se te pasará con una vida ordenada y laboriosa...

Ya en su habitación, Anacarsis se volvió para hacerle menudas recomendaciones.

—Y si necesitas algo me llamas en seguida, ¿has oído? — dijo finalmente, apagando la lámpara.

—Sí, de necesitar algo te llamaría — respondió Montalbán.

IX

Anacarsis despertó media hora antes de que Josefina entrara con el desayuno y los diarios.

El silencio era absoluto en la casa. Por la celosía del balcón penetraban hebras de sol matutino y del exterior apenas llegaban leves rumores, el grito de

uno que otro vendedor ambulante o el paso de los tranvías por la bocacalle próxima.

—Montalbán ha dormido bien — pensó Anacarsis. Cuando se siente acompañado se le desvanecen sus temores infantiles...

Después de un instante, dijo en voz alta:

—¿Duermes, todavía, Montalbán?

Mas como nada oyera echóse sobre la espalda la «robe de chambre» que tenía a los pies de la cama y se levantó. En seguida dirigióse a la pieza contigua, pero no bien puso los pies en el marco de la puerta una ruda impresión le dejó estupefacto.

Montalbán yacía de espaldas en el canapé, inmóvil, abiertos y rígidos los ojos. No se había desnudado. La mano izquierda teníala crispada, como una garra, sobre el pecho, mientras el otro brazo caía exánime y tocaba el piso con la punta de los dedos.

Reaccionó Anacarsis súbitamente. Aproximóse con paso resuelto y en tanto le palpaba las manos heladas y el cuerpo yerto, no cesaba de llamarle con insistencia:

—¡Montalbán!... ¡Montalbán!... ¡Montalbán!...

Pensó que pudiera tratarse de un síncope pasajero para lo cual fué en busca de un frasco de sales y de agua de colonia. Una y otra cosa aplicóselas en la nariz. Repetidas veces le empapó la frente y la cabeza con agua de colonia, pero Montalbán permaneció en la misma rígida postura.

Ante la certidumbre de lo irreparable, Anacarsis resolvió vestirse para salir a la calle en busca de las

personas que debían intervenir en un caso semejante.

¿Quiénes serían esas personas? Comprendiendo cuán delicada era la situación que el azar venía a crearle, pensó en la urgencia de acudir a un médico.

Ya a medio vestir sintió que la doméstica abría la puerta. Fué entonces hacia ella y en pocas palabras comunicóle lo ocurrido.

—¡Un muerto en la casa! — limitóse a decir la vieja, compungida y azorada.

Cuando Anacarsis descendía la escalera, Josefina, sigilosa, le llamó:

—Señor... señor... aquí no más, enfrente, hay un médico... Verá usted la chapa, señor...

Un cuarto de hora después volvía con el médico. Era éste un hombre maduro, de aire grave y cincuentón. El sombrero de copa, algo raída la felpa, y la levita verdinegra, denunciaban la pobreza en que vivía. De estatura mediana, rubio, diminutos y vivaces los ojos, peinaba algunas canas en la barba recortada en punta. Bien podía pasar por lo que era, médico pobre y de pobres, aunque también era dable confundirle con un oficial de justicia o con un empleado de pompas fúnebres.

Anacarsis le condujo a la biblioteca en donde yacía Montalbán.

Josefina les siguió, temerosa y vacilante, no repuesta aún del susto que recibiera.

Inclinóse el facultativo y comenzó su auscultación.

Después de comprobar que el corazón y el pulso no funcionaban, desprendió las ropas y verificó un examen escrupuloso. Dejóse ver entonces un cuerpo miserable, esquelético, de pronunciadas venas azules. ¡Ah! no era bello ese despojo. Nadie podía recoger la emoción estética que Eckermann experimentara en presencia del magnífico aunque octogenario cuerpo de Goethe.

El médico dióse vuelta, y, con suma indiferencia, habló de este modo:

—No cabe la menor duda... la muerte se ha producido por un síncope cardíaco... Y es casi seguro que ese síncope se debe a intoxicaciones sistemáticas: alcohol, tabaco y, sobre todo, los «estupefacientes»...

Luego, inclinando la cabeza como para disculparse, agregó:

—Es el fin inevitable de estos desgraciados.

—¿Y ahora qué debo hacer, doctor? — preguntó Anacarsis, sin ocultar la inquietud que le atormentaba el espíritu.

—Le extenderé el certificado de defunción para que se lo presente al comisario de policía del barrio.

—¿Y no se podría evitar la presentación a la policía? — inquirió Anacarsis.

—No, señor, en este caso no se puede evitar — respondió el médico con imperio. Pero no tema usted nada... no le molestarán en lo más mínimo. Son numerosas las defunciones que, como ésta, se denuncian a diario en la policía.

Hizo una pausa. Encogióse nuevamente de hombros, y remachó el párrafo:

—Ya estamos habituados a esta desgracia; ¿qué quiere usted?

Durante el resto de la mañana hizo Anacarsis las diligencias necesarias para el enterratorio de Montalbán. Ambuló de aquí para allá. Estuvo en la policía, en el registro civil y en la empresa de pompas fúnebres. Una tras otra recorrió las casas de los amigos, y, finalmente, acompañado de Ramos y de Subirán, contrató una sepultura en el Pére Lachaise.

Poco después de mediodía regresó Anacarsis a la avenida del Observatorio. Josefina, no por achacosa había dejado de moverse, interviniendo en los preparativos y recibiendo a los visitantes y curiosos.

—Ya se ha hecho todo, señor — le dijo Josefina al abrirle la puerta.

Anacarsis dirigióse a la biblioteca, transformada ya en capilla ardiente. A fin de ganar espacio, algunos muebles fueron trasladados a otras habitaciones, con lo cual pudo levantarse el catafalco en el centro de la pieza. Montalbán descansaba en un cajón negro, entre cuatro cirios que ardían y un crucifijo de bronce en la cabecera. Tenía las manos juntas, en actitud de plegaria, y habíanle vestido de nuevo. Con la boca y los ojos cerrados adquirió el semblante un extraño aire de placidez.

Fija, hondamente le miró Anacarsis un buen rato,

sin ocultar la emoción que le embargaba. Después, volviéndose a Subirán y a Ramos, les habló así:

—Lo que pudo ser una vida útil y bella de qué manera ha concluído...

Por la noche acudieron los amigos del barrio, sin que faltaran, desde luego, los del restaurante «Au rendez vous des cochers». Toda vez que entraba alguno, al estrechar la mano de Anacarsis, inquiría invariablemente:

—Bueno y ¿cómo sucedió esto?

A lo cual Anacarsis respondía con un cierto automatismo:

—Pues, muy sencillo... Encontré anoche a Montalbán en el bulevar Saint Michel. El pobre iba caminando lentamente, a la aventura. Contóme al verme la depresión nerviosa en que se hallaba y el presentimiento de la muerte y el horror de morir...

El amargo Villagrán, que había envejecido de una manera increíble en los últimos tres años de lucha incesante con la miseria, escuchó el relato sin asomo de dolor ni de sorpresa. Sentóse en el comedor, entre Subirán y Ramos, frío, inexpresivo, guardando un mutismo trágico. Loizaga, en cambio, estaba sereno, sonriente, como convenía a su espíritu de hijo predilecto de la fortuna. Varios amigos circunstanciales de Montalbán acudieron, asimismo, y uno que otro compañero de juergas, de noches blancas, de atrocidades.

La vacilante Josefina, extenuada ya, tuvo que marcharse a las ocho de la noche. Anacarsis aceptó

entonces los ofrecimientos del conserje de la casa a quien llamaban ceremoniosamente monsieur Riviére, un «tipo entretenido», sesentón, jovial en extremo y buen bebedor bajo la capa.

Monsieur Riviére iba de aquí para allá, abriendo botellas de vinos y licores. Al punto llenaba las copas y las ofrecía cumplidamente a las visitas. Mas si alguno rehusaba el vino, insistía él en favor del coñac.

—«C'est du bon... fine champagne... ¡Oh, sí, ma foi!» — repetía con una vivacidad sospechosa.

Loizaga, que sólo aquella noche habíase enterado de lo ocurrido, ansioso de pormenores, formuló la inevitable pregunta:

—Bueno, ¿se puede saber cómo pasó esto?

Cuando Anacarsis se disponía a responder con su ya conocida manera, Villagrán, que no había pronunciado palabra desde que entrara, con áspero acento habló así:

—Hombre, esto ha pasado como no podía pasar de otro modo... Curioso habría sido que una vida como la de Montalbán terminara bien... El que juega con fuego las manos se quema y quien mal anda mal acaba...

Villagrán dió muestras, como en otras ocasiones de su espíritu refranero. Por lo general, hablaba de esa guisa, con sentencias vulgares, sanchopancescas, que sabía aplicar según los casos.

—Y el fin de Montalbán — prosiguió afilando cada vez más las palabras — será el de cuantos echen

a andar por ese camino de vicio y locura. ¿Cómo puede justificarse un tal crimen? ¿Se es más sano, más viril, más capaz de crear obras bellas y perdurables cuando el artista se entrega al alcohol o a las inmundas drogas de los paraísos artificiales? ¡Quiten de ahí... ilusos... criaturas!

Sonrió Loizaga ante la exasperación de ese otro vencido... que daba, no obstante, lecciones de fortaleza. Anacarsis permaneció mudo bajo el peso de las propias culpas. Pero Subirán y Ramos dijeron ambos a dos:

—¡Nosotros no tenemos nada que ver!

—Ustedes han hecho lo mismo y de vez en vez lo repiten — afirmó Villagrán. ¡Buscan embriaguez en donde sólo se encuentra decrepitud y dolor! Pero ¿qué más embriaguez que la juventud? ¿Hay algún éxtasis comparable a la primavera de los años mozos, a la alegría de sentir que corre por las venas un fuego sagrado? Tarde ¡ay!, demasiado tarde, cuando lo pierden todo aprecian el encanto de la salud y el valor del dinero... Estoy cierto que Montalbán en sus postreros momentos de dolencia y desaliento, añoraba los días normales, las horas felices, los propósitos nobles, los consejos del padre, las solicitaciones de la pobre madre muerta de pena... ¡Ah! sí, y debió de comprender que todo eso valía más que París, ciudad de gloria y de crimen, de luz y de sombra, de consagración y miseria...

Villagrán siguió hablando sin que nadie le con-

tradijera. ¿Para qué? También él era un vencido, no ya del vicio, sino de la estrechez económica. Cada día abríanse más sus heridas. Y el odio hacia la ciudad y las personas afortunadas le demudaba el semblante.

Monsieur Riviére, a la una de la madrugada, apenas podía tenerse en pie. Decía despropósitos y miraba las botellas con una ternura que le hacía fundir en lágrimas.

—Basta, monsieur Riviére... es suficiente — le dijo Anacarsis.

—No... no... una más... una más... — respondía, obstinado, el conserje.

Después de no pocos esfuerzos, monsieur Riviére logró llenar una copa de coñac; levantóla luego con mano trémula y dirigiéndose al grupo de amigos les soltó este voto intempestivo:

—¡ Monsieur Montalbán est mort! ¡ Vive monsieur Montalbán!

X

Anacarsis, Subirán y Ramos pasaron la noche conversando y dormitando a ratos. De cuando en vez asomábase alguno de ellos a la biblioteca con el fin de vigilar la llama de los cirios. A las ocho llegó Josefina, media hora antes de la habitual, y preparó el desayuno.

Poco después hicieron su aparición los empleados de la empresa fúnebre y dieron comienzo a la ta-

rea de soldar y tornillar el ataúd. Entraron, también, varios vecinos: una señora anciana que vivía en el mismo piso y unas mujeres humildes que habitaban en las bohardillas.

Traía la señora su libro de oraciones y un rosario de gruesas cuentas.

—¿Se nos permitirá rezar un rosario por el alma del difunto?—preguntó dulcemente la buena mujer.

Anacarsis inclinó afirmativamente la cabeza. Luego, hablando consigo mismo se dijo: «¿Qué bien ni qué mal puede causarle un rosario al pobre Moltalbán?»

Arrodillóse la anciana y las demás tras ella. Josefina, espontáneamente, se sumó al grupo. Durante un buen rato la casa se llenó con el rumor monótono y melancólico de las voces que repetían una y más vecse el consabido «Padre» y «Ave María». Subían y bajaban de tono, cobraban y perdían aliento. ¿Pedían algo con tanta unción? Una oración sin ruego llega hasta la mitad del cielo... Sin duda, algo imploraban, clemencia para el mozo repentinamente muerto sin la confesión de sus pecados. No se les ocultaba a las humildes mujeres, que otros habían pecado tanto o más que él, y, sin embargo, un arrepentimiento oportuno les abría el camino de gracia. Los grandes santos, en muchos casos, ¿no fueron pecadores empedernidos?

Concluído el rosario, el ataúd fué descendido con no pocos esfuerzos a causa de la escalera estrecha y resbaladiza. Al pasar por cada piso, entreabríanse

las puertas de los departamentos y asomaban las curiosas caras de los vecinos.

Abajo, en el zaguán cubierto de negras colgaduras, le depositaron breves instantes en un pequeño catafalco. La puerta de calle estaba, asimismo, revestida de paños funerarios. Algunos transeuntes paráronse en la acera de enfrente hasta formar un grupo numeroso. En los balcones atisbaba el resto de la vecindad.

—¿Están todos? — inquirió un empleado con aires de maestro de ceremonias. Y como se le respondiera afirmativamente limítose a decir:

—Bueno, entonces nos pondremos en camino...

Una vez colocado el cuerpo en el modesto vehículo fúnebre, rompieron la marcha los dos guías, especie de embajadores de la muerte, de siniestra prestancia, bien que indiferentes al ajeno dolor.

A la zaga, descubiertos, caminaba la pequeña comitiva de amigos: Anacarsis, Subirán, Ramos, Loizaga, Villagrán. Sumáronse algunas personas más: monsieur Ravardel, el propietario del restaurant «Au rendez - vous des cocher'; monsieur Riviére, que realizó el milagro de levantarse a tiempo, y varias mujeres de modesto indumento, modelos las más, parroquianas de «cabaret» las otras.

Aunque nublada, la mañana era calurosa, irrespirable. Largo tiempo transitaron sin cambiar palabras, sumidos en un silencio respetuoso. Los pasantes se descubrían. Recorrieron el bulevar Saint Michel hasta la plaza del Chatelet. Luego se per-

dieron por innúmeras calles y callejas sucias y mal olientes, que jamás conocieran, hasta desembocar en la plaza de la República. Desde ese punto ya no les faltaba mucho. Cansados, secándose el sudor con los pañuelos, blanco de polvo el calzado, tomaron por la mal afamada y larga calle de La Roquette hasta la puerta principal del Pére Lachaise.

Franqueado el portal, emprendieron una verdadera peregrinación a través de la inmensa necrópolis. En la más lejana extremidad, cerca de un muro verdegueante, aguardaba la fosa recién abierta. Los amigos sacaron el ataud del vehículo y lo depositaron en la tierra. Lo demás se hizo de manera presta y sencilla. Sintióse el ruido de las sogas al pasar por las manijas de la caja. En seguida, como quienes manejan algo sin peso ni valor, cuatro hombres lo dejaron caer en la zanja. Uno de los sepultureros ofreció una pala. Anacarsis tomóla en sus manos y arrojó la tierra, sonando con estrépido al caer sobre el ataud. Se asomaron los otros y miraron, silenciosos, el hueco. Después la tierra siguió cayendo sin cesar, apagando todo ruido, hasta colmar la fosa. Plantaron, finalmente, una cruz con el nombre de Montalbán y la fecha del deceso, precario recuerdo, hasta que Loizaga terminara el busto que prometiera la noche anterior.

El grupo minúsculo emprendió el regreso, a pie, por las avenidas del vasto cementerio. Anacarsis, bien que fatigado su sistema nervioso por las emo-

ciones y la falta de sueño, quiso ver algo al pasar. Nunca había estado en el Pére Lachaise. Y, sin embargo, gracias a referencias y lecturas, sabía que allí reposaba más de un muerto ilustre. A diestra y a siniestra púsose a mirar las tumbas bajo el amplio follaje de árboles centenarios y llorosos. Leyó innúmeras inscripciones, sin descubrir nada. ¡Cuántos nombres ignorados, sin valor ni resonancia universal! Con todo, éste, aquél, el de más allá, pasaron por la vida, ocuparon un lugar, aunque ínfimo, en el medio en que les tocara actuar..., tuvieron voz y aliento, les palpitó el corazón, les vibró el cerebro... amaron, soñaron, lucharon, odiaron, acaso, en los entreveros del mundo... Y todo ¿para qué?

Ya empezaba a desesperar cuando descubrió un nombre: Honoré de Balzac. Se detuvo, dejando que sus compañeros siguieran a la busca de otras tumbas ilustres. Con sólo pensar que bajo esa piedra yacían los restos del creador de la «Comedia Humana», sintió Anacarsis una emoción repentina, incontenible, que le humedeció los ojos. «Pobre grande hombre—pensó—nada le falta, ni la compañía de madame Hanska, la bella y fría polonesa, ni la hija de madame Hanska...»

Mas no era el momento propicio para las evocaciones. A pocos pasos de allí, Subirán le llamó a voces.

—Aquí está la tumba de Delacroix—pregonaba Subirán.

—Y aquí la de Michelet—replicaba Ramos.

Con la sola enunciación de los nombres el alma de Anacarsis se fecundaba de sensaciones. ¡Qué extraordinaria manera, a impulsos de la imaginación todopoderosa, de animar cuerpos sin vida, de reconstruir épocas pretéritas! Y en eso consiste la gloria. Del hombre representativo se va lo único perecedero, la materia vana y pútrida; pero quedan los frutos inmateriales y nobles, la inteligencia, el espíritu, la esperanza, el esfuerzo concretado en obras inmortales.

De una en otra sepultura llegaron a la capilla enclavada en la colina del Pére Lechaise. Presentóseles entonces un cuadro evocador. Sumergidos en la contemplación, sin pronunciar palabra, dejaron errar los ojos en la lejanía. Era el panorama de París en su vasta extensión el que tenían delante. El cielo habíase limpiado de nubes. Brillaba el sol. En la atmósfera trasparente se destacaban las torres, los arcos, las cúpulas, los edificios monumentales. Casi en línea recta, de la montaña de Santa Genovesa, emergía el Panteón; un poco más a la derecha la dorada cúpula de los Inválidos. Allá las torres de Nuestra Señora. Acullá el macizo armazón de Eiffel. Y por doquier los símbolos de la ciudad, los antiguos y los modernos, envejecidos unos, brillando los otros bajo los rayos del sol.

Villagrán, cuya fina silueta y macilento semblante se parecía como nunca a una figura del Greco, destacóse del grupo y extendiendo los brazos hacia la

ciudad se puso a discurrir como pudiera hacerlo un alucinado:

—¡París!, cuanto más bello más digno de odio eres... Te engalanas y hermoseas para seducir mejor... pero acechas como la serpiente. De los cuatro puntos cardinales arriban en tropel, sedientos de gracia, de ilusión colmados, a la conquista de gloria y placer, o a olvidarlo todo, el tedio de la vida y el pánico de la muerte... Y tú los acoges mansa, cariñosamente. Pero después mudas de semblante. La mujer delicada enseña el furor destructor de las Gorgonas: en cada beso que da inocula la muerte... ¡Oh! ciudad detestable, hermana de Roma, y, como Roma, acreedora de los apóstrofes de San Pablo. Aquí germina la indignidad y los peores males hallan tierra propicia y lluvia benéfica. El amor, la bondad, el desinterés, al punto se marchitan como plantas exóticas. El corazón del hombre desborda de envidia y el de la mujer de astucia...

Los amigos de Villagrán se alarmaron sobremanera. En vano trataron de calmarle. Elevó la voz todavía más y a los gritos acudieron personas extrañas:

—¿Qué tiene ese hombre?

—¿Qué le pasa a ese hombre?

Como aparecieran dos guardias, ante los atributos de la autoridad y la fuerza, Villagrarán perdió el último resto de razón:

—¡Quitad de ahí, malhechores!—gritó desafora-

damente. El hambre y la ruindad pueden hacer un loco o un apóstol... Yo soy el apóstol San Pablo y vengo a deciros lo que sois: murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, inventores de males, insensatos, almas vacías de misericordia... ¡Atrás! ¡Atrás!

Prodújose entonces un remolino. Entre la multitud y los guardias asieron fuertemente a Villagrán y le llevaron.

—¿A dónde le llevan?—preguntó Anacarsis.

—No cabe lugar a duda... al manicomio—contestó Loizaga.

XI

Transcurrió un año. En ese período de tiempo Anacarsis llevó adelante sus estudios. Después de haber paseado a través de todos los sistemas se confesó tan desorientado como el primer día. ¿Qué hacer? Monsieur Dubois, con el propósito de libertar a su joven amigo del desaliento que le abatía, le habló de este modo:

—El error, todo el error consiste en buscar en la filosofía una ciencia exacta como las matemáticas... Todavía falta mucho, mi buen amigo, para que ello sea posible... Si todavía no estamos de acuerdo sobre su verdadero significado, ¿cómo hemos de pretender postulados absolutos? La filosofía era para Platón el principio de la armonía en la vida y en el pensamiento... y gracias al pensamiento el alma

participa de lo divino, según la máxima socrática... ¡Cuántas definiciones vienen después! Kant pretende que la filosofía tiene por objeto la crítica de la razón pero luego llega monsieur Jouffroy y suelta aquella su impertinencia: la filosofía no ha logrado fijar el objeto que persigue... Comte irá mucho más lejos, y la negará de plano. Basta de ilusiones, dijo. La filosofía metafísica es una ocupación de ociosos. ¿Qué es lo que ha hecho la metafísica durante siglos? No ha logrado establecer soluciones definitivas capaces de ser universalmente aceptadas con el carácter de verdades elementales, de axiomas intergiversables. En cambio, mientras se debatía ella en la impotencia, ¡cuán largo es el camino recorrido por las ciencias gracias a la experiencia y al método!

—Los modernos niegan a los antiguos, y, sin embargo...—atrevióse a decir Anacarsis.

—Así es, los modernos se complacen en negar a los antiguos—afirmó monsieur Dubois. Y si fuéramos a ver, todo lo que somos, lo poco que somos, se lo debemos a los antiguos... Si no se desea vivir como un ciego, hay que volver la cara a los orígenes de la civilización. El río no puede ignorar la fuente de donde nace. De esto a negar el progreso de las ciencias hay una gran distancia, pero no en vano Taine, al estudiar la teoría de la inducción en Stuart Mill, tuvo que desandar lo andado para investigar de nuevo en Aristóteles...

Monsieur Dubois hizo una pausa. En ese momento silbó el calentador del agua.

—Ya está—dijo el anciano—ahora tomaremos una taza de te...

Mientras lo servía en pequeñas tazas, Anacarsis, en voz baja, le fué contando las desilusiones que cosechara en sus lecturas.

—¿De quién puede afirmarse que es un autor profundamente original?—preguntó Anacarsis.

—Ah! eso sí que es difícil, o por mejor decir, nada es más relativo que la originalidad—respondió monsieur Dubois. Los casos abundan, pero el más significativo es sin duda el de Descartes. Justamente un español, Gómez Pereira, preconizó el automatismo animal mucho antes que Descartes en sus «Meditaciones Metafísicas». El famoso «pienso, luego existo», también se le atribuye a Gómez Pereira quien dijera en un silogismo: «lo que conozco es, yo conozco, luego soy». Pero en defensa de Descartes los franceses tenemos la costumbre de decir que bien pudo ignorar lo que otros escribieran, por la sencilla razón de que leía muy poco... Sin embargo, y ello sea dicho entre nos, yo no creo que Descartes plagiara a Gómez Pereira... es esa una pedantería de los españoles. Creo, por el contrario, que Descartes y Gómez Pereira, ambos a dos, se complacían en saquearle a San Agustín ideas fundamentales. Con efecto, San Agustín aconsejó la duda como medio de alcanzar la verdad y en algunos casos agudiza el análisis como pudieran hacerlo Locke

o Th. Reid. El hombre que duda, vive—dice San Agustín: *si dubitat vivit;* si duda recuerda las razones de su duda: *si dubitat unde dubitat meminit;* si duda, sabe que duda; si duda, aspira a la certidumbre; si duda, piensa; si duda, sabe que no sabe; si duda, considera que no debe dar su consentimiento al azar... Si esta no es la duda metódica cartesiana, que baje Dios y lo diga...

Monsieur Dubois terminó su te.

—He hablado demasiado, ¿verdad? — preguntó después, alarmado.

Anacarsis le tranquilizó. A eso había ido él, a escucharle, pues acaso fuera aquella tarde la última en que platicaran largamente.

—Si es así, salgamos, el día es primoroso y también afuera se puede conversar.

En la calle, a paso lento, se dirigieron hacia la avenida del Observatorio. Doblaron luego a la derecha y entraron en el jardín del Luxemburgo. La atmósfera era un tanto cálida y excitaba la mente. Jugaban los niños en el estanque y en los caminos, reían jubilosos en el «Guignol» o cantaban en las rondas bajo la mirada vigilante de las madres. Cerca de la terraza de las Reinas de Francia se sentaron. La tranquilidad de la hora inspiraba pensamientos apacibles.

—Un espíritu ponderado afirma poco—empezó diciendo monsieur Dubois. Sólo los necios ignoran que para cada afirmación rotunda hay una negativa en el mismo grado. La especulación sobre lo abs-

tracto, he ahí el peligro y lo que a toda costa se debe evitar... Nada es estable, todo es transitorio y mudable... Ya lo dije otra vez: el hombre pasa por la vida como los mundos por el espacio infinito... ¿Cómo se ha de pretender entonces que las ideas tengan el valor de postulados intergiversables? Una cosa es segura: la caída! Si algo sube, es para caer... si algo brilla, es para apagarse... Vivamos, mi buen amigo, de la mejor manera posible, procurémonos el placer y esforcémonos para que no venga, en lo posible, acompañado de dolor.

Monsieur Dubois dió una palmadita en el hombro de Anacarsis y después, con el acento más tierno y los ojos húmedos de emoción, díjole en voz baja:

—Desde mañana, a cualquier precio, no deje de buscar una cosa...

—¿Qué?—preguntó Anacarsis.

—La serenidad intelectual y moral...

XII

Al día siguiente Anacarsis se levantó temprano. Para hacer algo determinó catalogar los libros de su pequeña biblioteca. No fué muy lejos en su tarea, sin embargo. A poco de iniciada, una reflexión le dejó suspenso.

Con ese acopio de lecturas, ¿sería él superior a los demás hombres? Los libros procurábanle placeres hondos y delicados, mas cuando se interrogaba a sí mismo sobre su condición y porvenir, pronto se

le nublaba la visión optimista de la vida. No, no era él superior a los demás. En los veinticinco años de vida nada había hecho, el menor esfuerzo que acreditara su capacidad para luchar por la existencia. Cuando mañana se gastara el último centavo, ¿en qué actividad podría ganar, no ya todo sino una ínfima parte de lo que heredara de sus padres?

Anacarsis comenzó a preocuparse seriamente. Con la crítica de la razón pura de Kant o con los principios positivistas de Comte no tenía él las seguridades que tiene un jornalero con su salario. Hizo entonces un doble balance del tiempo transcurrido y de los fondos que aun le quedaban. El resultado fué deplorable.

—He perdido lamentablemente mi tiempo y mi dinero... se confesó a sí mismo.

Luego rectificó el concepto:

—El tiempo no se ha perdido, el dinero sí...

En esos cinco años de ocio, de fiebre, de locura, Anacarsis había aprendido a vivir a costa de su pequeña fortuna. ¡Cuántos errores tuvo que cometer para apreciar lo que vale la cordura! Y en lo sucesivo, experimentado y sereno, la fortuna sería para él un vago sueño inasequible...

Recién a las cinco Anacarsis salió. Era una tarde de fines de julio, pesada, irrespirable. Echó a andar con paso lento, sin rumbo preconcebido. En las terrazas de los cafés notábase un algo inusitado, una nerviosidad que se traducía en gestos y discusiones acaloradas. Pero Anacarsis estaba demasiado poseído

por una idea fija para reparar en el estado de ánimo de los demás.

—Tengo que marcharme, sin flaquezas ni dilaciones, díjose con acento resuelto.

Y en seguida entregóse a un largo soliloquio. ¿Sería prudente quedarse más tiempo? No, todavía tenía medios para retirarse dignamente: diez mil francos en el Banco y la suma que por los muebles le darían en el «Hotel de Ventas». Había que partir. De no hacerlo le aguardaban días penosos. Pensó en el fin de Montalbán. Desgarrósele el alma recordando la locura de Villagrán. ¡Y cuántos vagaban hambrientos por haberles faltado el valor necesario de huir a tiempo! ¿Qué es lo que tenía París, en suma, para que tantos hombres se perdieran en el vicio y en las más horrendas privaciones antes de abandonarlo? ¿Qué clase de sirena era esa que arrullaba con su canto y estrangulaba luego a cuantos desfallecían en sus magníficos brazos?

—Hay que partir, hay que partir cuanto antes—repetíase Anacarsis.

De regreso a la avenida del Observatorio, como a eso de las siete de la tarde, el barrio llenóse de murmullos primero, de gritos después. Los vendedores de periódicos voceaban:

—«¡L,Intransigeant»!

—¡«La Presse»!

—¡«L'Information»! con la declaración de guerra por Alemania!

Anacarsis quedó como clavado en el suelo. La

estupefacción le oprimió el pecho. ¡El filósofo q
meditara en el destino del hombre nunca había p
sado en la eventualidad de una guerra internacion
Durante largos meses tuvo en las manos la «Críti
de la razón pura», desdeñando, en cambio, por pa
fletario, el estudio que sobre la paz escribiera
maestro de Koenisberg. ¿Qué es lo que iban a ha
los pueblos? Al día siguiente abandonarían el reci
venturoso de los hogares, la paz fecunda de los ca
pos... ¿Para qué? Para morir en los campos
batalla por la necedad de cuatro cancilleres y
el interés de una clase de banqueros e industriale

Entretanto, la noche extendió su manto de so
bra sobre la ciudad vibrante e insomne. El refl
tor de la torre Eiffel esparcía ondas de luz bajo
cielo estrellado. Por las aceras de los grandes bu
vares transitaba, afiebrada, la multitud. Sin co
cerse, la gente formaba grupos y se hablaba.
diferentes e ignorándose hasta ayer, buscábanse al
ra unos a otros, sellando la solidaridad del peligr
¿Qué suerte les aguardaba? ¡Cuántos de entre aq
llos pasearían por la vez última bajo el cielo
París!

A las diez se organizaron las primeras manif
taciones en la plaza de la Opera. Hombres, mu
res y niños, enlazados de los brazos, agitados p
los gritos y el calor, echaban a andar al son de
Marsellesa, bajo el tremolar de banderas tricolor
De los balcones y terrazas de los cafés partían apla

sos, ovaciones frenéticas. Una sugestión de delirio se comunicaba de pecho a pecho.

—¡A Berlín! ¡A Berlín!—pregonaban los coros de manifestantes.

—¡A Berlín! ¡A Berlín!—respondían con igual ardor cuantos presenciaban el desfile, como si de aquella manera se propusieran inocularles en el espíritu la certidumbre de la victoria.

Anacarsis también los vió pasar, mas no pudo mirarles sin una profunda, dolorosa simpatía. «Van a morir miserablemente», se dijo después con el corazón atribulado. La visión siniestra de la tragedia inminente le hizo reaccionar. Gracias a ello buscó en la lejanía un horizonte más amplio. Por vez primera pensó cariñosamente en su tierra de América, añoró los días de la infancia, la casa paterna, la escuela. ¿Fué aquel momento el más venturoso de su vida?

Siempre es bello lo que se pierde, más bello acaso de lo que fuera en realidad. Lo que pasa y se aleja llévase consigo algo, muy íntimo, de nosotros mismos. ¡Desdichado el que no sepa vivir el momento presente de una manera ponderada y noble!, pensó Anacarsis. Día llegará en que lo comprenda, mas ¡ay! demasiado tarde.

Y mirando a la multitud que desfilaba delirante, tornó a pensar:

¡Cuántos de estos infelices van a morir mañana sin haber empezado a vivir!

A media noche, de retirada ya, Anacarsis encon-

tró en la plaza de la Opera a Subirán y a Ramos. En el semblante pesaroso de ambos dibujábase la inquietud.

—¿Qué piensas hacer?—preguntó Subirán.

—Marcharme mañana mismo, respondió Anacarsis.

—¿A dónde?—inquirió Ramos.

—A mi tierra, contestó llanamente Anacarsis. De esta suerte pongo fin a la primera etapa de mi viaje.

—Estás loco, te morirás de hastío en aquel país... —dijo Subirán lleno de estupor.

Anacarsis le miró un instante, para decir después:

—No importa... buscaré las armas que me permitan hacerle frente al terrible enemigo. El hastío viene siempre... Es condición de la vida... Procuraré, cuando llegue, que no me encuentre solo ni extático en la contemplación de los astros...

El
Viaje de
Anacarsis
apareció en "La
Prensa", del 27 de
Enero al 11 de Fe-
brero de 1924; Rodolfo
Franco dibujó la carátula
y el exlibris y fué da-
do a la estampa en
los talleres gráficos
de Porter Hnos.
el 1.º de Abril
del mismo
año.

ALGUNOS JUICIOS SOBRE RICARDO SAENZ HAYES

La expresión un tanto adusta de su rostro y la parquedad de sus afectuosidades, no significan en manera alguna que no sea capaz de amistad, de cariño y de ternura. Franqueándose, descubre un buen corazón, abierto a toda emoción noble y a todo sentimiento delicado, capaz de impulsos y entusiasmos generosos, los cuales no se manifiestan en él, eso sí, por arranques inmoderados, pues la corrección impecable que es una de las características de su idiosincrasia, velan a estas emociones con la paciencia de una indiferencia imperturbable, dejando que se exteriorice de una manera serena y digna.

Alvaro Melián Lafinur.

DE STENDHAL A GOURMONT

Estoy fraternalmente orgulloso por este título y si bien no he podido apreciar toda la soltura y sutileza de vuestro pensamiento, he tratado de comprender lo fundamental, las grandes líneas de su estudio que es notable en punto a crítica e intuición. He gustado el paralelo que usted hace entre Nietzsche y Remy. Usted ha comprendido el pensamiento de mi hermano mejor que la mayor parte de los franceses—aun de los que le aman—, pues la simpatía deforma un poco las ideas...

Jean de Gourmont.

Sáenz Hayes estudia los autores a través de sus obras. Unas y otros se vinculan íntima y estrechamente hasta hacerse inseparables. Investiga el origen de sus personajes y les sigue a través de su desarrollo, de los ambientes en que actuaron, de su educación, de sus afectos familiares, de sus costumbres... Por ese camino llega a las obras. De ahí que sus estudios sean retratos completos, psicológicos y físicos de los autores... "De Stendhal a Gourmont" es un libro destinado a ser muy leído entre nosotros, por la orientación de los juicios, por el método crítico seguido y por la serenidad y pureza del estilo con que está escrito.

"La Prensa".

Conoce usted circunstanciadamente la literatura francesa. Y con ingenio delicado y sutil va usted trazando la biografía intelectual de grandes y admirables ingenios. Las páginas dedicadas a France, por ejemplo, son un modelo de crítica serena y comprensiva.

Azorín.

El señor Ricardo Sáenz Hayes es un escritor de espíritu ágil, nutrido de excelentes fuentes de cultura antigua y moderna. Ha cultivado diversos géneros, pero la crítica ha absorbido hasta hoy la mayor parte de sus actividades. Ejercitándola con inteligencia, con agudeza y con medida, ha desenvuelto brillantemente cualidades que le son propias: comprensión de las ideas, equilibrio y amplitud de juicio... Ni cae en la pedantería dogmática y maciza de ciertas historias crítico-literarias, ni se diluye en crónica superficial. Va costeando la alta crítica (y así algunas veces sus capítulos pueden ser considerados verdaderos ensayos), sin perder el paso suelto del paseante que describe los paisajes y los horizontes de su ruta, no sin detenerse por momentos a trazar cuadros de vasta perspectiva.

La Nación.

El libro del Sr. Sáenz Hayes tiene un gran valor. Ha sido escrito con inteligente simpatía, con serenidad, con el evidente deseo de ilustrar a la parte del público que por una u otra razón no ha llegado directamente al conocimiento de los autores que analiza... El artículo sobre los hermanos Goncourt es quizá de los mejores del libro, en su querida brevedad... El estudio sobre Zola es también de lo bueno del volumen... Renan y Hugo aparecen bien traídos... El trabajo sobre Rimbaud es muy bueno a pesar de su brevedad... Con todo, la obra que analizamos es de verdadero valor documentario. Está escrita con cierta nobleza, en castellano sobrio y elegante. Su autor ya justamente conocido por sus interesantes correspondencias de "La Prensa", se revela un crítico mesurado, inteligente, sutil, tranquilo y erudito. Su obra será leída con placer y provecho. En estos malos tiempos en que la literatura es casi una carrera de comercio, el Sr. Sáenz Hayes navega por las aguas del Mediterráneo, rumbo a las grandes glorias de Francia, sin otra intención que la de solazarse al contacto admirativo de las mismas.

Luis María Jordán, en "La Razón".

Cierro, largamente leído, el claro y bien meditado libro de Ricardo Sáenz Hayes, "De Stendhal a Gourmont", en que su espíritu le abre, página a página, para perfume y decoro de la obra, la flor de la tolerancia. Libro de reposado examen y de mucho juicio, en que tan excelentes condiciones de simpatía didáctica muestra el autor, que en adelante no podremos sino imaginarlo enseñando, con serena convicción, en la intimidad casi familiar de un aula de gaya doctrina.

Arturo Capdevila, en "La Prensa".

El autor ha recogido en este volumen una quincena de artículos que publicó en "La Prensa" como resultado literario de un reciente viaje por Europa. Todos esos artículos son interesantes, aun para quienes estén bien enterados de los asuntos que en ellos se trata, porque el señor Sáenz Hayes no se ha limitado a meras recopilaciones de noticias y de referencias, procedimiento muy socorrido de que suelen echar mano ciertos cronistas no bastante escrupulosos.

El señor Sáenz Hayes tiene temperamento crítico, ha leído los autores de que escribe y escribe con distinción, en estilo claro y preciso. La literatura francesa fué siempre y sigue siendo la más difundida entre nosotros, de suerte que este libro ofrece ese doble interés a un público siempre deseoso de completar o ampliar sus conocimientos respecto de escritores que ama o admira, como son todos aquellos de quienes se trata en este valioso libro.

Caras y Caretas.

Sáenz Hayes conoce de verdad los escritores de que trata... Con los estudios críticos de Barrenechea y de alguno más tal vez, éstos del señor Sáenz Hayes son los más serios que se han hecho en nuestro país y en esta época sobre escritores franceses.

Julio Noé, en "Nosotros".

SOBRE LAS CORRESPONDENCIAS DE EUROPA.—

El Sr. Sáenz Hayes, como corresponsal de este diario, ha recorrido Italia de un extremo a otro, "desde los Alpes hasta las tierras meridionales de Calabria y Sicilia"... Espíritu amplio y observador, ha viajado estudiando hombres y cosas, como también los problemas y los acontecimientos políticos y económicos que se produjeron durante su permanencia en el viejo mundo.

También Sáenz Hayes, literato sobre todo, ha podido escribir brillantes páginas sobre el movimiento intelectual de los países que visitó. De París, especialmente, nos ha escrito sobre el estado actual de la literatura francesa, sobre sus obras y sobre sus autores, sin dejar de interesarse por la literatura clásica moderna...

La Prensa.

He seguido con mucho interés sus correspondencias desde Francia e Italia. Y le felicito porque ha resultado usted un excelente corresponsal. Hay en sus trabajos información, intensidad de pensamiento, estilo y amenidad. Me conoce usted suficientemente para saber que jamás digo cosas que no siento. Muy bien y muy bien.

Francisco Grandmontagne.

Si nuestra vieja e invariable amistad no bastase, su brillantísima figuración de usted en "La Prensa", se encargaría de recordármelo casi a diario. Leo con vivísima simpatía sus colaboraciones, comprobando día a día la creciente madurez de su talento. Y como Dios ha querido librarme de esa lacra moral que es la envidia, entre las gentes de pluma, me regocijo de corazón por sus éxitos, que soy el primero en proclamar y divulgar aquí.

Juan Pablo Echagüe.

Durante los tres años que el Sr. Sáenz Hayes ha permanecido en el viejo mundo, ha mandado, periódicamente, interesantísimas colaboraciones a su diario sobre los más diversos temas: desde los angustiosos problemas económicos de la post-guerra hasta la aguda nota de arte y el bien meditado ensayo literario o filosófico. Para realizar una obra tan compleja, el señor Sáenz Hayes reune especiales condiciones, pues a las disciplinas relativas a los asuntos de Estado a que dedicara su actuación política-truncada en un bello arranque de independencia y de lealtad espiritual poco antes de emprender su viaje — auna raras cualidades de escritor. Autor de tres libros de original enjundia, ha ejercido también la crítica de arte en diversas publicaciones y especialmente en "La Prensa"... Radicado en París la mayor parte de su ausencia, ha seguido desde su estudioso retiro de la rue Hégésippe Moreau — que animaran, años ha, sus primeros ensueños y entusiasmos de escritor — las evoluciones políticas, sociales y artísticas de Europa...

La Razón.

Talleres Gráficos
PORTER Hnos.
E. Ríos 1588-85
Buenos Aires